LENA VALENTI



Yes, MISTRESS

Colección FEMISTOCRAZY

EDITORIAL VANIR

YES, MISTRESS



LENA VALENTI

YES, MISTRESS

EDITORIAL VANIR

Primera edición: enero 2026

Título: Yes, Mistress
Diseño de la colección: Editorial Vanir
Corrección morfosintáctica y estilística: Editorial Vanir
De la imagen de la cubierta y la contracubierta:
Shutterstock
Del diseño de la cubierta: Lena Valenti, 2026
Del texto: Lena Valenti, 2026
De esta edición: Editorial Vanir, 2026

ISBN: 979-13-87544-35-5
Depósito legal: B 1825-2026

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra
por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias
y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras
mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Sé Ama de ti misma y dominarás tu mundo.

Lena Valenti

Capítulo 1

La noche caía sobre Barcelona con ese brillo húmedo que provocaba que las luces parezcan más cercanas de lo que realmente están.

Teo Dávila observaba el reflejo de los neones del Femistocrazy sobre el parabrisas de su coche policial —un K de la Nacional—, estacionado frente al local.

Llevaba cuatro noches ahí, vigilando, esperando y midiendo cada movimiento.

No vestía de uniforme ni tenía placas a la vista, solo llevaba una chaqueta de cuero corta, una camiseta larga blanca debajo, los tejanos y su cara limpia, pero con barba de tres días y una expresión neutra que adoptan los hombres que prefieren pasar desapercibidos y van de paisano. Iba de incógnito, pero con todos sus sentidos activados.

El Femistocrazy no era un local cualquiera. Su fachada discreta y elegante, contrastaba con el flujo constante de coches caros y hombres trajeados que entraban y salían con la cabeza gacha, y recién duchados, como si acabasen de tener la mejor experiencia de sus vidas y también la más agotadora.

Las chicas de ese local debían ser unas auténticas máquinas haciendo lo que fuera que hiciesen.

En aquel club de élite, exclusivo y misterioso, nadie sabía demasiado sobre lo que ocurría dentro, porque para poder acceder a él debías rellenar un formulario, pasar un test y grabar un vídeo en el que aceptabas lo que te iban a hacer. Es decir: todo estaba muy controlado y era evidente que no todos tenían acceso. Normal, por otra parte, porque el precio era muy caro. Sin embargo, los rumores hablaban de dominación femenina, de "experiencias terapéuticas privadas", de poder… y placer.

El tipo de lugar que se mantenía intocable porque la gente que lo frecuentaba tenía suficiente dinero para comprar el silencio. Y lo compraban muy bien.

Pero Teo no estaba allí por placer.

Iba siguiendo los pasos de El Mulato. Un tipo alto, de hombros anchos, piel morena y sonrisa torcida.

Su verdadero nombre ni siquiera importaba: en el departamento lo conocían así desde hacía un tiempo.

Hacía unos días, una mujer se había presentado en comisaría diciendo que aquel hombre que él estaba siguiendo, con esas características, le había ofrecido droga adulterada que la mantuvo en el hospital un día y que cree que abusaron de ella. La descripción que le había dado la mujer encajaba demasiado bien con su objetivo como para ignorarla. Y era la segunda denuncia que tenían en poco tiempo de ese tipo.

Una denuncia podía ser casualidad.

Dos, no.

Teo apretó la mandíbula mientras tomaba nota mental de la hora: 23:47.

Según sus investigaciones, El Mulato solía salir sobre esa hora, pero iba alternando las noches.

Las noches anteriores, Teo lo había visto salir con ella, con esa mujer: Xenia.

Así la había oído llamarla él cuando ambos pasaron cerca de su coche.

El nombre se le había quedado grabado en la memoria, como una marca.

Era curiosa la forma en que una sola mujer podía alterar la atención de un agente acostumbrado a la observación y al seguimiento.

Teo se había fijado en ella la primera noche. No por provocación —Xenia no parecía de esas—, sino por algo distinto. Tenía una elegancia contenida, y una calma que descolocaba.

Vestía siempre de negro: pantalón negro ajustado, camisa satinada y botas altas. Nada ostentoso, pero todo en ella parecía medido.

Su cabello liso caía sobre los hombros y el flequillo le rozaba las pestañas.

Era pálida, de ojos enormes, color gris metálico.

Y en la comisura de su ojo izquierdo tenía un lunar que hacía que su rostro resultara inolvidable.

Cada vez que salía del local, caminaba junto al Mulato sin mirar a nadie y subía al Ferrari rojo de él con paso tranquilo, como si no tuviera prisa ni miedo, como una mujer pequeña al lado de una bestia. Y, era una contradicción que Teo no lograba digerir.

¿Qué hacía ella con él? ¿Era su pareja? ¿Su cómplice? ¿Una víctima? Se reía demasiado para serlo. De hecho, hasta le había parecido que coqueteaban.

Teo se frotó la frente y exhaló despacio. La lluvia empezaba a salpicar el parabrisas y el reflejo del letrero del Femistocrazy temblaba en el cristal, como una tentación.

Esa noche El Mulato no estaba, y por eso Teo iba a entrar allí para tener un contacto directo con Xenia y empezar a sacar información, consideraba que ya había esperado suficiente.

El plan era sencillo: infiltrarse como cliente, preguntar lo justo sin levantar sospechas y tantear el terreno. En un principio, no parecía una tarea complicada; sin embargo, el Femistocrazy imponía protocolos de seguridad draconianos que incluían análisis de sangre y una entrevista personal con una psicóloga para evaluar el perfil del aspirante. Tardamos más de dos semanas solo en ser aceptados como candidatos a miembros del club.

Si podía acercarse a Xenia para estudiarla y hacerle un perfil, mejor, porque si lograba que confiara en él, quizás descubriría qué relación tenía con El Mulato.

Teo había escuchado rumores de que el local ofrecía "experiencias sensoriales personalizadas".

¿Placer? Sí.

¿Dinero? Mucho.

¿Legalidad? Lo ponía en duda porque esas podían ser palabras y *slogans* que camuflaran una prostitución en cubierta.

Y lo que más inquietaba a Teo era ver mujeres de distintas nacionalidades, que probablemente no tendrían documentación

comprobada.

¿Todas estaban allí por voluntad propia? ¿Hacían lo que hacían porque sí? ¿Seguro?

Tomó aire, se miró al espejo retrovisor y se obligó a recuperar su máscara más profesional, encabezada por esa mirada fría y concentrada que aprendió a usar cuando el mundo se volvía demasiado humano.

—Vamos allá —murmuró, saliendo del coche.

La puerta del Femistocrazy lo esperaba al otro lado de la acera, con una imponente fachada en medio de aquella calle céntrica de la ciudad. Había un hombre trajeado frente a ella, que era un miembro de seguridad, sin duda.

Teo se ajustó la chaqueta, cruzó la calle y, mientras su sombra se alargaba bajo la luz de un neón rosado, pensó que aquella sería una noche más de trabajo.

Aunque tuviera más curiosidad de la debida por su investigada.

Cuando cruzó el umbral del Femistocrazy, supo que había entrado en un mundo al que no pertenecía.

No hacía falta más que un vistazo para entender que aquel era un lugar de alto standing, donde todo —desde una mirada hasta un silencio— tenía un precio.

El vestíbulo era sobrio, casi minimalista de líneas limpias, mármol gris y un ligero aroma a sándalo.

Detrás del mostrador, había un letrero metálico con el nombre del local se alzaba como una sentencia: FEMISTOCRAZY.

Las letras brillaban con una luz que parecía hecha para recordar a quien entraba, que allí, las reglas eran otras.

El silencio reinante estaba apenas roto por un hilo musical casi imperceptible.

Bruce Springsteen sonaba de fondo, melancólico, con *I'm on Fire,* y el eco de su voz parecía envolverlo todo con una sensualidad calculada.

Teo siguió el protocolo sin titubear.

Le hicieron grabar un breve vídeo leyendo un texto de consentimiento: aceptaba voluntariamente cualquier experiencia que tuviera lugar dentro del local.

"Todo lo que ocurra aquí —decía el texto— será fruto del deseo, no de la obligación."

Teo repitió las palabras con tono neutro, miró a la cámara y firmó el contrato electrónico.

Una formalidad más en su infiltración que, sin embargo, lo hizo sentir como si estuviera firmando algo más grande y peligroso.

Había pagado por la primera sesión y, por supuesto, había elegido a Xenia.

El catálogo digital del Femistocrazy mostraba perfiles de mujeres con descripciones precisas: "tiernas, dominantes, abiertas, eléctricas, oscuras."

Había de todo: miradas suaves o crueles, cuerpos atléticos o etéreos y personalidades diseñadas para complacer cualquier fantasía.

Pero Teo no había necesitado leer más de una ficha porque tenía claro a quién quería: Xenia.

Dulce y dominante. Mimosa pero exigente. Acepta límites y desafíos, pero no permite entregas que no sean honestas. Puede hacerte llorar, si se lo pides.

Divertido, había pensado Teo. Y, sin querer admitirlo, también provocador.

Aquella descripción lo había desarmado un poco más de lo que le habría gustado.

Detrás del mostrador, una recepcionista hablaba por teléfono, girando el auricular entre los dedos mientras reía con familiaridad.

—Sí… no te preocupes, pesada. Tú disfruta de tus días con Lebrón. Relájate, que nosotras cuidamos de todo. Te dejo, que tengo un cliente…

Colgó y, al levantar la vista, se encontró con Teo.

Lo miró unos segundos, evaluándolo. Sus ojos se detuvieron en su rostro cuadrado, en el mentón cubierto de barba y en los rizos oscuros y cortos que ocupaban la parte superior de su cabeza.

Sonrió con cierto aire divertido, como si no esperara ver a alguien como él en ese lugar. Era un hombre con cara aniñada y pícara.

—Buenas noches, mi nombre es Teo Dávila —saludó, con una voz grave que pareció llenar el silencio del vestíbulo.

La mujer parpadeó, sorprendida por el tono tan grave, masculino y seco.

—Buenas noches. ¿Tienes cita o sesión hoy? —preguntó, profesional, pero con un dejo de curiosidad.

Teo echó un vistazo rápido por encima del hombro. El guardia de seguridad junto a la puerta, que era una mole vestido de negro, lo observaba sin pestañear.

Volvió la mirada a la recepcionista.

—Tengo un… primer encuentro con Xenia.

Ella arqueó las cejas, y una media sonrisa se dibujó en su boca. Tecleó algo en el ordenador iMac, sin apartar la vista de la pantalla.

—Bien. —Pausa breve—. Ya puedes pasar. Es en la planta primera, puerta tres. Ella te está esperando.

Teo asintió.

—Gracias.

Las puertas automáticas se abrieron con un leve zumbido.

Un pasillo alfombrado lo recibió con una fragancia tenue, mezcla de incienso y perfume caro. Estaba frente a una amplia sala y había una balconada en la planta superior con puertas numeradas.

Mientras avanzaba hacia el ascensor, sintió un pulso irregular en el pecho mientras que el sonido metálico de las puertas cerrándose tras él marcó el punto de no retorno.

Xenia había llegado con el tiempo justo para prepararse.

Esa misma tarde había hecho el último examen del grado en Criminología, que era la defensa de su Trabajo Final: una

investigación sobre la psicología de la sumisión y los mecanismos de poder en relaciones asimétricas. Y era un tema que no había escogido por casualidad.

Durante meses había pasado más tiempo en bibliotecas que en cualquier otro lugar, devorando manuales de derecho penal, victimología y psicología forense.

Habían sido años duros, compaginando los estudios con su trabajo como *Mistress.*

Pero aquella defensa final, frente a tres profesores que la miraban con una mezcla de desconcierto y respeto, había sido el cierre perfecto de toda una etapa de estudio y autodescubrimiento.

Había hablado con seguridad y sin rubor:

"—La sumisión —dijo— es una forma de comunicación extrema. Una rendición consciente, pactada, que no indica abuso ni debilidad, sino una decisión de confianza absoluta en la que ceder las riendas es abrazar la libertad de ser quien uno es."

Después de su larga y elaborada exposición, hubo un largo silencio. Y tras eso, hubo un asentimiento tácito entre todos, porque, incluso se veían sorprendidos con sus conclusiones.

La nota llegaría en unos días, pero en su interior, Xenia ya se sentía licenciada.

Había sobrevivido al sistema y a sí misma.

Ahora, de vuelta en su mazmorra del club, se sentía tranquila con la calma que precedía al ritual de cada noche.

Después de tanto esfuerzo y días de clavar los codos, estaba lista para ayudar a otra persona más a desahogar sus necesidades.

Y también, aunque no lo dijera en voz alta, las suyas.

Porque Xenia se conocía.

Sabía lo que le gustaba, lo que necesitaba, y cuál era su naturaleza.

El control en el sexo y en la intimidad no era un disfraz: era su lenguaje. El único en el que podía ser completamente honesta. Se miró en el espejo un segundo.

Sus ojos grises, enormes y rasgados, brillaban bajo la luz suave.

Solo llevaba rímel y un poco de cacao en los labios.

Nada más.

El primer encuentro con un nuevo sumiso debía ser así: a cara descubierta, sin máscara ni artificios. Porque si ella iba a verlo a él, él iba a mirarla, y Xenia quería que la viera de verdad como el acto honesto y descarnado que era aceptar una naturaleza y el trato que necesitaba.

Peinó su flequillo largo y liso con los dedos y comprobó que la camiseta negra de manga corta y el pantalón de pitillo estaban bien ajustados. Esa sería su ropa de trabajo. No se ponía sexy, porque allí se trataba de hacer un trabajo y de escuchar lo que no le decía el sumiso, no de seducirlo.

Se movió ligeramente y los tacones repiquetearon sobre el suelo pulido como un metrónomo personal.

Se preguntó cómo sería el nuevo cliente, porque le gustaba analizarlos incluso antes de conocerlos. Era parte de su naturaleza curiosa y casi científica.

Después de todo, estudiaba mentes antes de tocar cuerpos.

¿Por qué vendría él?

¿Necesitaría una doma real o solo el alivio momentáneo del control cedido?

¿Vendría por deseo, por curiosidad… o por miedo?

Cada uno tenía un motivo y Xenia disfrutaba descubriéndolos uno a uno.

Con esas preguntas suspendidas en su mente, giró lentamente hacia la puerta, colocó las manos cruzadas detrás de la espalda, en posición relajada y paciente y respiró hondo. Estaba lista.

El sonido del ascensor subiendo y las puertas abrirse fue la señal de que su nuevo cliente acababa de llegar.

Teo tenía muy claro lo que iba a hacer. Antes de permitir una inspección oficial, exponer a todo el local y dar pie a una investigación abierta, necesitaba motivos reales.

Motivos que trascendieran una denuncia anónima, que apuntaran directamente a El Mulato, o a lo que pudiera moverse bajo las capas elegantes del Femistocrazy.

Y para eso, primero, iba a sonsacar a Xenia.

Sabía qué papel debía interpretar, había repasado mentalmente sus líneas, su respiración, incluso la dirección de su mirada.

Pero nada —ni la preparación, ni la distancia profesional, ni la intención calculada— lo preparó para lo que sintió al verla tan de cerca y sin que hubiera un cristal entre ellos.

Las puertas de la mazmorra se abrieron con un sensor silencioso. Era todo muy inmersivo. Y ahí estaba ella, de frente sin maquillaje, ni máscara ni tampoco artificio.

La belleza que había observado desde la calle era real, pero de cerca era otra cosa: más suave y más peligrosa al mismo tiempo.

Tenía facciones delicadas, y esos ojos parecían mirar de dentro hacia afuera, como los ojos de una leona que no retrocedían.

Un hormigueo extraño se ubicó en la parte baja del estómago como una sensación eléctrica e incómoda. La clase de sensación que él sabía reconocer como advertencia.

—¿Puedo pasar? —preguntó, sosteniendo la mochila sobre el hombro. Lo habían instruido a traer ropa de recambio y una toalla.

Xenia descruzó las manos con la calma de quien controla la situación desde antes de que empiece.

—Pasa, Teo. Deja la mochila en aquella silla de la esquina y acércate.

La voz de ella era suave, pero no había nada dulce en la forma en que pronunciaba su nombre. Era una invitación disfrazada de prueba.

Teo obedeció.

No por sumisión, sino por estrategia.

Pero en el trayecto hacia la silla, mientras dejaba la mochila, se descubrió mirándola de reojo como se mira algo que te afecta.

Xenia lo notó y sonrió discretamente.

Un sumiso no mira así, pensó ella.

Un sumiso mira al suelo, cede terreno y ofrece vulnerabilidad sin pedir permiso.

Teo se situó a unos dos metros frente a ella.

Era un hombre alto, de hombros fuertes, con esa mezcla entre duro y joven que no encajaba con ningún rol evidente.

Tenía el pelo rizado por arriba, rasurado por los lados, los ojos grandes de color caramelo y de pestañas largas. Era una cara atractiva, más inocente de lo que su postura intentaba transmitir.

Y no dejaba de mirarla.

Las mejillas se le habían encendido, por la tensión del momento.

Qué mono…, pensó ella, sin mover un músculo que la delatara.

Xenia se cruzó de brazos y empezó a recorrerlo con la mirada, lentamente, sin prisa, evaluándolo sin coquetería.

Teo, por su parte, apretaba el pulgar de su mano derecha entre los dedos, en un gesto repetitivo, casi imperceptible que indicaba ansiedad y necesidad de control forzado.

Pero lo que Xenia sabía que realmente no encajaba con un sumiso era otra cosa: su postura. Tenía los pies ligeramente separados, como quien está preparado para reaccionar; la espalda recta, pero no abierta para recibir, sino para observar; y la mandíbula tensa, acompañada de una mirada que no era de entrega.

Xenia lo vio tan claro como si alguien se lo hubiera dicho en voz alta: ese hombre no había ido allí a ceder, venía a entender. Y nadie que viene a entender viene a entregarse.

Eso era lo que no encajaba y que hacía que él no fuera sumiso.

Al menos, no todavía.

Capítulo 2

Xenia no perdió el tiempo.

Dio un paso hacia él, tranquila, y empezó a rodearlo. Caminaba despacio, en círculos, observando cada detalle de su cuerpo y su postura. Dejaba que sus tacones sonasen con un clic seco sobre el suelo, marcando el ritmo de la inspección.

Teo la siguió con la mirada. No giraba el cuerpo, pero sus ojos la perseguían con precaución, como si no se fiara de tenerla a la espalda y ella lo notó enseguida.

Desconfía, pensó.

Me ha elegido como su Mistress y no se fía de mí. Qué curioso.

Siguió caminando a su alrededor.

Él estaba demasiado recto, con los brazos tensos a los lados, sin saber si mantenerlos cruzados o relajados.

Tenía los hombros duros y la espalda rígida, y no bajaba la cabeza, como se esperaba en una primera sesión. Es decir, que el gesto era más de vigilancia que de entrega.

—¿Por qué me miras? —preguntó ella de pronto.

Su voz sonó tranquila, pero con autoridad.

Teo dio un pequeño respingo. Se le tensó el cuello y se quedó tieso, como si lo hubieran pillado haciendo algo que no debía.

Xenia lo estudió.

No esperaba mis órdenes, pensó. *No se mueve como un sumiso. No obedece por reflejo. Está analizando.*

Pasó junto a él, casi rozándole el brazo, y notó cómo contenía el aire.

Seguía apretando el pulgar contra los dedos de la mano derecha en un intento de no perder el control.

Se detuvo frente a él.

—Teo… —lo llamó con calma—. ¿Es tu primera vez?

Él levantó la vista un poco.

—¿En el Femistocrazy? Sí.

—¿Y en una doma?

La palabra lo sorprendió. No lo demostró, pero sus cejas se movieron apenas y sus ojos se abrieron un poco más de la cuenta.

—No —respondió rápido.

Mentía.

Y lo hacía mal.

Xenia lo supo por cómo retuvo el aire, por ese parpadeo lento y la tensión en la mandíbula. Vamos, era una mentira de manual.

—Entiendo… —dijo ella, sin apartar los ojos de los suyos.

Él se sonrojó un poco, pero no apartó la mirada.

Eso tampoco lo hacía un sumiso.

Un verdadero sumiso bajaba la vista o esperaba instrucciones, pero él la sostenía, firme, midiendo sus reacciones.

Analiza, pensó Xenia. *No se deja llevar, observa. No viene a entregar nada, viene a averiguar algo.*

Y, sin embargo, había algo atractivo en su forma de fingir. Era alto, con una complexión fuerte y ese pelito rizado le daba un aire juvenil.

La dureza de su cuerpo y la torpeza de sus gestos le resultaban casi entrañables.

Bebé…, pensó sin querer.

—Muy bien —dijo al fin, con una sonrisa leve.

Si él iba a mentir y no jugaba limpio, ella haría lo mismo.

Sabía perfectamente que estaba rompiendo las reglas básicas de una sesión:

no se improvisaba con un cliente nuevo, no se omitía la charla previa y no se jugaba sin confianza.

Pero había algo en ese hombre que le despertaba más curiosidad que precaución.

Así que decidió hacer justo lo contrario a lo que debía y saltarse todos los protocolos.

Iba a poner a prueba su mentira y, de paso, se divertiría un poco.

Xenia enderezó los hombros y lo miró con calma.

—Perfecto —dijo, con un tono que no dejaba lugar a réplica—. Vamos a empezar.

No añadió nada más.

Solo dejó que el silencio se alargara lo suficiente para que él empezara a preguntarse quién, exactamente, estaba investigando a quién.

Xenia no dio indicaciones al principio solo lo observaba. Había algo en ese silencio que empezaba a resultar incómodo incluso para Teo, acostumbrado a interrogatorios y a salas de espera que podían durar horas.

Pero esta vez el ambiente tenía algo diferente.

Sería el olor, el orden, la luz cálida o el eco amortiguado de sus propios pasos.

O, tal vez era ella, allí, de pie frente a él, tranquila, con el cabello cayendo sobre los hombros y esa mirada tan directa que parecía atravesar cualquier capa de seguridad.

Teo intentó mantener el papel, recordar lo que debía hacer: observar, medir, provocar conversación y sonsacar información, pero cuanto más la miraba, más difícil se le hacía mantener la compostura.

Ella tenía algo que no tenía que ver solo con la belleza. Era la forma en que sostenía la mirada sin pestañear y esa serenidad que emitía de quien no teme los silencios.

Su voz sonó baja y firme, con esa cadencia que podía desarmar a cualquiera.

—Quiero que te quedes donde estás. —Dijo, sin levantar el tono—. No te muevas —Teo asintió, casi por instinto—. Las manos… —añadió ella, acercándose un poco—. Déjalas quietas, a los lados. No te las lleves a los bolsillos.

Él obedeció.

Sintió el aire moverse cuando ella pasó frente a él, a escasos centímetros.

Notó el leve roce del perfume: madera, sándalo y algo dulce, como miel.

Era un olor limpio y sin artificios y eso lo descolocó aún más.

Xenia se movía despacio, observando cada reacción y cada mínima rigidez.

Él quiso decir algo —romper la tensión con una frase cualquiera —, pero ella levantó una mano sin mirarlo, indicándole que callara.

El gesto fue tan natural que se sintió obedecer sin pensarlo.

"Joder", pensó, intentando recomponerse.

No era normal que alguien lo descolocara así.

Había tratado con todo tipo de personas —traficantes, soplones, incluso psicópatas— y siempre mantenía el control. Pero esa mujer tenía otra clase de autoridad que no imponía miedo, imponía presencia.

—¿Siempre estás tan tenso? —preguntó ella de pronto, en tono neutro.

—No —respondió rápido.

Xenia ladeó la cabeza.

—¿Seguro?

Teo se obligó a sonreír.

—Solo… intento hacerlo bien.

—¿"Hacerlo bien"? —repitió ella, acercándose un poco más—. ¿Qué es hacerlo bien para ti?

La pregunta lo tomó por sorpresa.

Había esperado órdenes, no un diálogo y entonces se quedó pensando.

—Supongo que… seguir las indicaciones.

—No. —Lo interrumpió suavemente—. Eso es obedecer, no hacerlo bien —Teo la miró porque ella no sonreía, lo decía en serio —. Hacerlo bien —continuó— es entender lo que se te pide sin que te lo digan. Y tú, Teo, todavía estás intentando descubrir de qué va esto.

Él tragó saliva.

La forma en que decía su nombre, sin ser dulce, le recorría la espalda como un latigazo de electricidad.

Xenia volvió a dar una vuelta a su alrededor y él notó cómo ella se detenía justo detrás, muy cerca.

Podía sentir su respiración suave cerca del cuello y se le erizó la piel involuntariamente.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó ella, con tono casi confidencial.

Teo mantuvo la calma.

Tenía preparada su historia: un cliente nuevo, curioso, con una vida monótona y que buscaba experimentar control y entrega. Esa era su tapadera.

Pero su mente estaba demasiado ocupada procesando la cercanía, la voz y su perfume.

—Por curiosidad —contestó, sin pensar demasiado.

Xenia dio un paso al lado y volvió al frente.

Lo miró a los ojos, evaluándolo.

—¿Por curiosidad? Si dices que has tenido otras experiencias, esa curiosidad ya debería estar satisfecha, ¿no crees?

—Curiosidad por este lugar nuevo y por vivir la experiencia aquí —repitió, como si probara la palabra.

—¿Qué ha pasado con el otro lugar al que ibas o con tu antigua Mistress? ¿Era fija? ¿Tenéis un compromiso o solo has tenido domas libres con Dóminas distintas?

A Teo todo aquello le sonaba a ruso. Pero debía encontrar una respuesta rápida.

—Solo intento encontrar a la persona adecuada y el lugar adecuado para mí.

—Ya… ¿y crees que eso te va a bastar?

—Supongo que sí. —Se encogió de hombros.

Esa respuesta no le gustó nada a Xenia. Era poco respetuosa.

—No creo que te baste. —Su tono era firme, casi impersonal—. Porque aquí la curiosidad no sirve de mucho.

Teo la observó.

Le habría gustado responder algo con ironía y recuperar el control de la conversación, pero no lo hizo, porque en ese momento se dio cuenta de algo:

ella estaba dirigiendo cada segundo de ese intercambio y él la estaba siguiendo.

No lo notaba como manipulación. Era… magnetismo.

Su mente de policía analizaba la escena, pero su cuerpo reaccionaba de otra forma.

Xenia, mientras tanto, seguía tomando nota mental de cada detalle en esos ojos que se negaban a bajar.

Era guapo, sí. Demasiado guapo.

Pero lo que más la intrigaba era su forma de mentir: segura como quien está acostumbrado a hacerlo.

—Vamos a hacer algo —dijo ella al fin—. Algo sencillo.

Teo asintió, serio.

—Levanta la mano derecha.

Él obedeció.

—Ahora, la izquierda.

También.

—Bien. Cruza los brazos detrás de la espalda.

Teo dudó un segundo.

Ella levantó una ceja, apenas, y él lo obedeció.

—¿Te incomoda? —preguntó.

—No.

—Mentira. —Sonó casi divertida, pero no sonrió.

Teo apretó la mandíbula.

—No estoy acostumbrado.

—¿Y a qué estás acostumbrado? ¿Qué te hacían antes, si no es mucha… curiosidad?

Él tragó saliva.

—Cosas…

A Xenia por poco se le escapa la risa. O era muy torpe, o realmente ella le ponía muy nervioso. Y, sobre todo, estaba mintiéndole a la cara.

—Ya. A eso has venido, ¿no? —Lo dijo sin tono de burla, pero con una seguridad que lo dejó sin réplica—. A que te hagan… — deslizó una uña perfecta de color rojo por su pecho. Y se le erizaron los pezones a través de la camiseta— cosas.

Él bajó la vista, solo un instante.

Xenia lo vio y, curiosamente, sintió que había ganado algo: ese hombre tenía una coraza enorme, pero si bajaba la mirada una sola vez, podía llegar más lejos de lo que imaginaba.

—Bien —dijo ella, sin más. Caminó hacia una pequeña mesa lateral, tomó una copa de agua y bebió un sorbo. Ni siquiera lo miró

—. Puedes relajarte un poco. No estamos en el ejército.

Teo soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo. Ella no lo miraba, pero sabía que lo había notado y le resultaba imposible no observarla.

El modo en que movía las manos, cómo se colocaba el pelo detrás de la delicada oreja con piercings, la calma con la que hablaba… Cada gesto parecía calculado, pero natural al mismo tiempo.

Ahora entendía por qué esa mujer era tan cara en lo que hacía, porque no se trataba del físico, ni la voz, ni siquiera la experiencia… Su poder radicaba en el control absoluto de cada segundo.

Sabía crear tensión sin tocar, dirigir sin mandar y hacer que todo pareciera sencillo mientras no lo era en absoluto, y lo más inquietante era que Teo, que se había preparado para manipularla, empezaba a sentirse manipulado, no por engaño sino por pura atracción.

Cuando ella volvió a acercarse, él ni siquiera disimuló su fascinación. Los ojos la siguieron por el impulso simple de verla moverse, de escucharla y de entender qué tenía que no tenían las demás.

Xenia lo notó, claro, pero no lo delató, solo inclinó un poco la cabeza y dijo, con un tono que sonó casi amable:

—Vamos a ver si esas cosas que dices que te hicieron, son las mismas que te puedo hacer yo, Teo —Y luego, tras un breve silencio, añadió—: quítate la camiseta y siéntate en esa silla.

Teo ni siquiera la había visto antes.

Hasta ese momento, su atención había estado completamente centrada en ella, pero cuando miró alrededor, entendió dónde estaba.

La sala no era simplemente una habitación.

Era un espacio pensado para probar límites en el que había una cruz, una mesa alta con objetos que prefería no analizar demasiado, una especie de potro, y un gran espacio vacío en el centro.

No había cuadros, ni ventanas, ni distracciones.

Solo lo esencial. Y ella, obvio.

Teo tragó saliva y le obedeció sin decir nada, quitándose la chaqueta y después la camiseta, tal como ella había indicado con un gesto mecánico.

No estaba acostumbrado a obedecer, y mucho menos a hacerlo frente a una desconocida, pero Xenia tenía algo que anulaba la resistencia.

Ella se acercó con la calma de quien sabe exactamente lo que provoca y solo usó su voz, el tono pausado y la seguridad en sus movimientos para añadir:

—Bien —se situó detrás—. Vamos a ver qué clase de hombre eres, Teo.

Él notó su respiración muy cerca, y su cuerpo reaccionó antes que su mente.

Intentó concentrarse, mantener la fachada, pero se dio cuenta de que estaba demasiado consciente de ella y de la calma y cercanía con la que lo observaba como si leyera un expediente.

Xenia empezó con preguntas ligeras, casi de broma.

Nada comprometedor ni nada que un cliente nuevo no pudiera responder.

Pero las formulaba con un tono entre juguetón y analítico que hacía imposible ignorarlas.

—¿Qué tipo de experiencias buscas, Teo? ¿Control o rendición? ¿Te cuesta confiar?

Cada pregunta era una trampa disfrazada de curiosidad y él lo sabía, pero no podía evitar seguirle el ritmo.

—Supongo que… rendirme un poco —respondió, improvisando.

—"Un poco" —repitió ella, sonriendo—. No suena muy convincente.

Él sonrió también, intentando relajarse.

—Bueno, no suelo hacerlo mucho.

—Ya lo veo. —Xenia se inclinó hacia delante, observándolo con más atención—. Eres de los que creen que tienen el control incluso cuando no lo tienen.

La frase lo desarmó por su exactitud, porque era una definición demasiado precisa.

Él quiso replicar, pero no encontró palabras.

Solo pudo sostenerle la mirada.

—¿Qué pasa, Teo? —preguntó ella con voz suave—. ¿Te incomoda que te lean tan rápido?

—Me sorprende. —Su tono sonó más sincero de lo que esperaba.

Xenia sonrió.

El silencio se alargó unos segundos.

Había algo lúdico en la situación: se trataba de dos personas que fingían estar en un juego erótico, pero en realidad estaban jugando a ver quién leía mejor al otro.

Ella lo observó un poco más, con ese aire profesional que la protegía de todo lo demás y notó detalles que ya se habían vuelto familiares: cómo apretaba los dedos cuando intentaba mantener la calma, cómo miraba siempre directo a los ojos y cómo su respiración se aceleraba en cuanto ella hablaba más cerca.

No es un cliente cualquiera, pensó. *Está aquí por algo más. Pero aún no sé por qué.*

Sin embargo, no lo iba a presionar todavía y prefirió cambiar de tono.

—Teo, ¿qué te imaginas al estar aquí? —preguntó con un deje divertido—. ¿Qué piensas que va a pasar?

Él levantó una ceja, intentando mantener la compostura.

—Supongo que lo de siempre… una especie de entrenamiento.

—¿Entrenamiento? —repitió ella.

—Sí. Algo… físico.

—Oh, no. —Xenia sonrió abiertamente, sin suavidad—. Aquí lo físico es lo menos importante.

Lo dijo con tal seguridad que Teo tuvo la impresión de que ella acababa de borrar cualquier intento suyo de dirigir la conversación. Y, sin saber cómo, acabó confesando algo que no debía:

—Eres buena en lo que haces.

—Lo sé —respondió ella, sin arrogancia, solo constatando un hecho. Y luego añadió, con una mirada que lo descolocó por completo—: Y tú, Teo… no estás acostumbrado a que alguien te lo demuestre.

Teo no dijo nada, porque era verdad.

Ella lo supo.

Él también.

El silencio que siguió fue más cargado y honesto. Por primera vez desde que entró, Teo dejó de pensar en el caso, en El Mulato, en su papel y solo pensó en ella y en lo hipnótica que resultaba su calma.

Y en ese momento entendió por qué esa mujer era tan especial y valía lo que valía. Porque no era solo una profesional: era una especialista en vulnerabilidades.

Sabía ver lo que cada persona ocultaba y, en su caso, acababa de encontrar una rendija por la que poder entrar y descubrir la verdad.

Xenia no dijo nada más, dio un paso atrás, lo observó y sonrió con serenidad.

Teo estaba excitado. Estaba duro detrás del pantalón, y sabía que Xenia lo notaba, porque sonreía y lo miraba.

Ella se le acercó y pensó que iba a ponerle al límite rápido. Sin más, se colocó detrás de él, con movimientos seguros y empezó a torturarlo y a hacer todo tipo de preguntas atrevidas.

Primero le arañó los pezones con las uñas y Teo se quedó tieso, apretando los dientes. Después ella le mordió el lóbulo de la oreja mientras le preguntaba:

—¿Qué te gusta que te hagan, Teo? ¿Cuál es tu grado de dolor?

Y Teo sabía que tenía un alto grado de dolor, pero no en ese nivel.

—Grado… alto. Me encanta…

Xenia le mordió el otro lóbulo de la oreja con fuerza y Teo soltó un gemido y dio un saltito en la silla.

—¿En qué piensas cuando te hacen esto?

Teo no podía ni pensar porque sentía sus pezones irritados y duros por las atenciones de sus uñas y estaba muy excitado.

¿Cómo podía ser? ¿Solo por ese juego se sentía así?

—Me imagino… en una fiesta…

Xenia le sujetó el pezón con fuerza y esperó a escuchar la mentira que le iba a decir.

—¿Una fiesta?

—Sí… Me pregunto si… ¿se te puede contratar para hacer esto en el exterior o solo puede ser aquí?

Xenia pensó que aquello se ponía interesante. ¿Qué tipo de interés era ese? Ahora quería descubrirlo, mientras seguía retorciéndole el pezón.

—¿En qué fiesta estás pensando?

Y Teo sintió que estaba ganando, que la iba a pillar y dijo:

—En una fiesta multitudinaria, con mucha gente, y en la que pudieras traer a amigas como Blanca, Nieves y Rosa…

Capítulo 3

Cuando Teo pronunció los nombres, Xenia sintió algo muy distinto a la excitación del juego, algo rápido y casi imperceptible, como un clic en la cabeza.

Blanca. Nieves. Rosa.

Tres nombres anodinos para cualquiera, pero no para alguien que había pasado los últimos años estudiando lenguajes codificados en entornos criminales. Eran demasiado específicos y usados en informes y escuchas de casos reales, porque se trataba de palabras comunes convertidas en claves.

Así que, no movió un músculo, pero por dentro se encendió una alarma.

"Una fiesta con Blanca, Nieves y Rosa", había dicho.

Y en el contexto en el que lo había dicho no era una ocurrencia, era una prueba.

Se inclinó hacia él, lo tomó del mentón con una mano firme y lo obligó a mirarla. Sus dedos le marcaron la piel a propósito y la sonrisa que acompañó el gesto era tranquila, pero sus ojos no.

—¿Y esas quiénes son, guapo? —preguntó, con voz baja—. Porque aquí no hay ninguna chica que se llame así.

Teo se mordió el interior de la mejilla para no sonreír. Entre la tensión y la adrenalina, pensó que quizás estaba nerviosa o quizás él se había delatado.

—¿Estás segura? —replicó, controlando su tono.

Los ojos grises de Xenia, cálidos hasta hacía un segundo, se congelaron y se tornaron fríos y calculadores. De repente parecía otra persona.

—¿Estás cuestionando lo que digo? —preguntó.

Su voz se había vuelto cortante, y antes de que él respondiera, lo soltó de golpe.

El gesto fue seco y lo suficientemente molesto como para disimular la rabia que empezaba a crecer por dentro.

Tienes que jugar como él y averiguar de qué va, se dijo a sí misma. No podía dejar que el juego se le fuera de las manos con alguien que, claramente, no era un cliente corriente.

Giró sobre sus talones y se alejó unos pasos, fingiendo calma.

Abrió el cajón de la mesa lateral con demasiada fuerza y el ruido metálico resonó en toda la sala.

Teo la siguió con la mirada, todavía excitado por la tensión, creyendo que la había puesto nerviosa.

Sonrió apenas, convencido de que la estrategia estaba funcionando.

—Solo estoy ofreciéndote más posibilidades de negocio —dijo con tono provocador—. Seguro que vosotras sabéis cómo pasároslo bien.

Xenia cerró los ojos un instante.

Respiró y su pulso se aceleró.

¿Posibilidades de negocio? ¿Qué comentario de mierda era ese? Sonaba demasiado a frase ensayada.

Agarró lo primero que vio en el cajón: unos alicates metálicos, de los que usaba en sesiones técnicas.

No era su intención usarlos, pero necesitaba una excusa, algo que mantuviera su papel mientras averiguaba qué tramaba ese tipo. Y además quería intimidarlo un poco.

Cuando giró hacia él, el gesto de su rostro había cambiado por completo.

Ya no era la mujer calmada y profesional de hacía unos minutos sino una versión más oscura y más dura, que él aún no había visto.

Teo parpadeó, desconcertado porque no esperaba esa reacción.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó, notando cómo se le tensaban los músculos.

Xenia avanzó con paso firme, alzando los alicates sin disimulo.

—Oh, vamos —dijo—. No será la primera vez que ves unos así, ¿verdad?

Él intentó sonreír, pero la voz le salió más tensa de lo que quería.

—Sí, en mi caja de herramientas.

Por dentro, Xenia casi se rio.

La respuesta era buena, rápida, pero no encajaba, porque un hombre que estaba ahí para tener una experiencia no hablaba con ese tono defensivo.

"Está mintiendo todo el rato", pensó. Y mal.

Se detuvo a medio paso, con los alicates aún en la mano, sin levantarlos, solo los mantuvo visibles. Esa era una herramienta de presión usada para punzar cualquier punto sensible del cuerpo de un sumiso, si lo deseaba.

Y era una forma de presión literal y simbólica.

—¿Sabes qué me suena raro de todo esto, Teo? —preguntó con una calma forzada—. Que alguien nuevo, en su primera sesión, primero no me muestre respeto, y después empiece a soltar nombres de otras mujeres… tan específicos. Estás riéndote de tu dómina en su cara.

Él se encogió de hombros, intentando no mostrar nerviosismo.

—Era una broma.

—No lo creo. —Su tono era casi académico, como el de una profesora corrigiendo a un alumno—. Blanca, Nieves, Rosa… ¿te suenan a mujeres, o a otra cosa?

—No sé a qué te refieres. Explícamelo —la instó.

—Claro que sabes. —le advirtió señalándolo con los alicates—. Esos nombres son marcas, Teo. Palabras clave. A veces significan tipos de mercancía, otras veces… tipos de mujeres. "Blanca" para la cocaína. "Nieves" para la heroína. "Rosa" para el Tussi.

La expresión de Teo cambió, antes de que pudiera controlarla.

Xenia lo notó y lo disfrutó en silencio, porque él no lo esperaba, o tal vez sí.

—Ah… ¿entonces tienes de todo eso? —preguntó él, intentando retomar la iniciativa.

Ella se inclinó sobre él, muy cerca, hasta que sus rostros quedaron casi a la misma altura y dirigió los alicates a uno de sus pezones, bajando su voz tanto que apenas fue un murmullo.

—No, cielo —susurró—. En cambio, tú sí sabes mucho de eso y no sé a qué estás jugando. Lo que sé, es que no quieres lo que yo puedo ofrecerte —presionó un pezón suavemente con los alicates, desafiándolo.

El silencio que siguió fue denso y la respiración de ambos se mezcló por un instante hasta que el pulso de Teo se aceleró.

Él no respondió, porque quería ver hasta dónde llegaba ella, pero entonces, ella dejó de insistir, como si hubiese perdido el interés.

—Eso será todo por hoy. —La voz de Xenia sonó cortante, sin rastro de duda—. Y para siempre. Largo —ordenó disgustada.

Se levantó de encima de él con una agilidad violenta, como quien aparta algo que le incomoda. Se enderezó, dejó los alicates sobre la mesa con un golpe seco y dándole la espalda se volvió a su tono neutro, profesional.

Teo se quedó sentado, inmóvil, sin entender bien qué acababa de pasar.

—¿Me estás echando? —preguntó, incrédulo.

—Sí. Largo. —Ni siquiera lo miró. Le daba la espalda mientras guardaba los utensilios con movimientos bruscos.

—¿Por qué me echas? He pagado mucho para estar contigo.

—Te vas a largar —replicó ella, girándose al fin para encararlo —, porque aquí no permitimos faltas de respeto. No sé qué esperabas, pero aquí no hay de lo que pides —Su voz fue subiendo de tono—. Esto es un lugar de dominación femenina. No sé qué te has pensado.

Teo arqueó una ceja, intentando recomponerse.

Ella, con su pelo liso cayéndole sobre el rostro y los ojos reluciendo de rabia e inteligencia, era un espectáculo, pero el golpe de autoridad lo dejó sin palabras durante unos segundos.

—¿Y cómo sabías qué es lo que estaba pidiendo? Parece que sabes mucho del tema —dijo finalmente.

Xenia avanzó un paso, lo bastante cerca como para dejar claro que no lo temía.

—Porque conozco el argot de los traficantes y de los consumidores —contestó con dureza—. Y también el de los puteros,

como tú. Si quieres consumir, y si quieres contratar chicas para tus fiestas, hay otros lugares, y no es este —Se giró hacia la puerta, con gesto impaciente—. Y ahora lárgate. Voy a llamar a Polo para que te acompañe.

Teo se puso de pie de golpe, atravesado por la acusación más de lo que esperaba.

Claro que él conocía ese argot: lo había aprendido de los informes, de las escuchas y de los mismos tipos a los que investigaba.

Ella lo había interpretado como si fuera parte de ese mundo, un consumidor, porque era justo lo que había pretendido ser ante ella. Pero Xenia lo había dejado cortado con su actitud.

—No me puedes echar —dijo, bajando el tono, intentando recuperar algo de control.

Xenia se cruzó de brazos, desafiante.

—Claro que sí. Has entrado aquí fingiendo ser un sumiso que no eres, aunque estés cachondo y duro dentro del pantalón —él se sonrojó—. Me has engañado. No me gustan los mentirosos, y no te mereces nada de lo que pueda hacerte.

Teo la observó, con esa mezcla de fastidio y fascinación que ella lograba provocarle.

—Nieves, Blanca y Rosa no tendrían por qué ser lo que tú crees —se defendió intentando reconducir el enfrentamiento.

Xenia soltó una pequeña risa irónica, sin humor.

—Por favor… es como decir Flora, Fauna y Primavera —respondió, con voz baja y venenosa—. Las hadas madrinas de las noches que tíos como tú frecuentáis. Coca, heroína y Tussi. Y no lo sé porque consuma o entienda demasiado de eso… Lo sé porque soy muy lista —La puerta se abrió con un sonido automático—. Polo, por favor, acompaña a este señor a la salida.

—Sí, señorita —dijo uno de los guardias de seguridad, acercándose con paso firme.

—Polo. —La voz de Teo cambió. Se volvió más grave y autoritaria. Incluso peligrosa—. Mejor te quedas ahí.

El guardia se detuvo, sorprendido.

Xenia levantó la mirada, curiosa. Ese tono no era el de un cliente ofendido. Era otra cosa.

Teo clavó los ojos en ella.

—A lo mejor debería haberte preguntado directamente por El Mulato.

El nombre la detuvo y el gesto de su rostro cambió.

—¿Por quién? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Sabes de quién hablo.

—La verdad es que no. —Su voz sonó seca, pero su mente trabajaba a toda velocidad.

—Yo creo que sí. —Teo no se movió. No subió el tono ni amenazó y eso fue suficiente para inquietarla.

Xenia rodó los ojos con visible fastidio.

—Polo, por favor… este señor no está bien. Sácalo de aquí.

—Polo —repitió Teo, sin mirarlo—, no hagas tonterías. Deja las manos donde están.

El guardia había empezado a llevarse la mano al cinturón, pero se detuvo.

Teo levantó las suyas, en aparente calma.

—Ya me voy. —Cogió su camiseta del respaldo y se la puso, cubriendo el torso marcado por las señales del contacto de sus uñas y de sus dedos. Su voz volvió al tono neutro del profesional—. De todos modos, ya tengo lo que necesito.

Xenia no respondió. Lo observó en silencio, tratando de entender si lo que había pasado era un simple desencuentro… o algo más. Él la miró con una expresión entre desafío y respeto.

—No sé de qué va esto —dijo ella finalmente, intentando recuperar la compostura—, pero deberías ubicarte, bebé —Le sonrió con un gesto cínico, y su mirada se deslizó un instante hasta sus rizos, como si lo estuviera memorizando. Le habría encantado darle una lección real y disfrutar de quebrar esa calma que fingía.

—Yo no soy el que está perdido —replicó él, ajustándose la camiseta.

Y sin decir nada más, recogió la mochila y la chaqueta y se dio la vuelta, perdonándole la vida a Polo, aunque este lo escoltó a distancia.

Xenia se quedó sola, inmóvil, mirando hacia la puerta que acababa de cerrarse. Su respiración seguía acelerada y el corazón le golpeaba en el pecho. Estaba desconcertada.

"¿El Mulato?"

El nombre resonó en su cabeza una y otra vez. ¿Qué Mulato?

¿Se refería a Darren? Era el único mulato que conocía. ¿Qué problema tenía Darren? ¿Se había metido en un lío?

Y mientras la luz del pasillo se filtraba por la rendija de la puerta, Xenia comprendió que aquel hombre no era un cliente más. Igual quería rendirle cuentas a Darren por un encargo mal hecho o algo… pero lo de la droga no tenía sentido.

¿Qué demonios había pasado ahí?

Aquella era una de las dos noches en las que Darren, el protector de Xenia, no iba a buscarla al Femistocrazy.

Siempre lo hacía. Era un ritual, casi una costumbre sagrada.

A las once y cuarenta y cinco, el enorme mulato aparecía por la puerta trasera del local con su sonrisa fácil, su chaqueta de cuero y el aire de quien podía partir en dos a cualquiera que osara tocarla.

No lo hacía por celos, sino por encargo. Toni, su hermano, había sido claro: "Si no estoy yo, la llevas tú. No la dejes sola."

Darren aceptaba esas órdenes con gusto. Era un tipo corpulento, de rastas largas y piel brillante, pero con el corazón más noble que podía caber en un cuerpo así.

Además, era el sumiso fiel de Sally, otra de las dominantes del club, y eso le daba cierto aire tranquilo, de gigante domesticado, pero solo por voluntad propia.

Aquel jueves, sin embargo, no había podido ir a recogerla porque se había quedado en el taller para la partida de póker de los jueves con Toni y los demás.

Por eso, esa noche, Xenia salió sola del club.

El aire de Barcelona olía a humedad y gasolina, y las luces del Eixample se reflejaban en el capó de su coche: un New Beetle

descapotable, rojo y brillante, con líneas aerodinámicas y llantas cromadas.

Un regalo de Toni, que había transformado el coche hasta dejarlo irreconocible, coqueto y veloz, como ella.

Apretó el acelerador y no fue a su casa —una moderna vivienda adosada en la zona alta, con fachada blanca y balcones estrechos—, sino directamente a la de su hermano, justo al lado.

Ambas casas estaban separadas por un muro híbrido de cemento blanco y madera.

Al llegar, el garaje del hermano estaba abierto y lleno de luz, desde la entrada ya se oía música y el murmullo de varias voces masculinas.

El ambiente olía a cerveza, goma quemada y cartas nuevas.

Xenia aparcó el coche con un giro brusco, cerró la puerta y caminó directo hacia dentro, con paso decidido y el gesto tenso.

Cuando cruzó el umbral del taller convertido en salón improvisado, el grupo levantó la vista de la mesa.

Toni, sentado en el centro, tenía una mano de cartas sostenida con precisión entre los dedos.

Su expresión era la de siempre: calma y un poco arrogante.

Tenía los mismos ojos grises que ella, aunque más endurecidos por los años y el sol del taller.

Tenía los brazos tatuados hasta el codo, y descansaban sobre una mesa llena de fichas de colores, vasos vacíos y humo de cigarrillo.

—Darren. —La voz de Xenia cortó el aire, directa y sin saludo.

Toni levantó la mirada de las cartas y arqueó una ceja.

—Estamos jugando, Xenia. O te sientas y juegas, o no interrumpas así. —Su tono era condescendiente, pero cariñoso, el de siempre cuando ella irrumpía sin previo aviso.

Darren se giró en su asiento, sonriendo.

—Aquí estoy, peluchito —Le guiñó un ojo, todavía con una ficha entre los dedos.

Xenia no perdió tiempo.

—Hoy ha pasado algo muy raro —empezó, y el tono de su voz bastó para que los demás callaran poco a poco—. Ha venido un tipo

nuevo que quería mis servicios. Y cuando ha estado conmigo… ha empezado a insinuar cosas sobre si podía hacer una fiesta privada con más chicas como Blanca, Nieves y Rosa.

Toni dejó la mano sobre la mesa, sin moverse. El único sonido fue el leve crujir de una ficha que Darren giraba entre los dedos.

—¿Y esas quiénes son? —preguntó Toni, sin perder la calma, pero con un brillo nuevo en la mirada.

—Es el nombre que se les da a unas drogas determinadas —explicó Darren, dejando la ficha en la mesa—. "Blanca" es cocaína, "Nieves" heroína y "Rosa" suele ser Tussi o pastillas rosas. —Luego sonrió, pero la sonrisa no le alcanzó a los ojos—. ¿Quieres que vaya a buscarle y le rompa las piernas, peluchito? —usó el apodo cariñoso que le decía desde que la conocía, cuando aún era la hermana pequeña del jefe y no la dominatrix que todos respetaban.

Xenia negó con la cabeza.

—No. —Su voz sonó seca—. Porque justamente después, cuando lo he echado…

—¿Lo has echado? —la interrumpió Toni, silbando mientras dejaba las cartas sobre la mesa. El resto de los hombres se removieron un poco, incómodos porque el tono de Toni era el de quien reconoce que su hermana puede ser un torbellino cuando quiere—. Pues sí que ha tenido que molestarte —añadió con media sonrisa.

Xenia puso los ojos en blanco.

—Cuando lo he echado —repitió—, me ha preguntado que si sé quién es el mulato. Y yo, al único mulato que conozco, es a ti, Darren. —Lo miró con seriedad—. Así que tengo la sensación de que ese tipo tiene algo contigo.

Darren, que hasta entonces se había tomado la situación con calma, reposó sus cartas en la mesa y se enderezó un poco.

—¿Algo conmigo? —repitió.

—Sí. ¿Tienes algún ajuste de cuentas pendiente con alguien?

El taller se quedó en silencio.

Toni la observaba con gesto pensativo, mientras Darren seguía con los ojos entrecerrados.

Fuera, el ruido lejano de algún coche en la calle rompía el silencio cada pocos segundos, pero dentro todo se había detenido.

Por primera vez en mucho tiempo, Xenia sintió que algo no estaba bien.

Y por la forma en que su hermano y Darren se miraron, supo que ellos también lo habían notado.

No hacía falta hablar: ambos tenían el mismo gesto de desconcierto.

No entendían qué estaba pasando ni por qué ese desconocido había ido directamente a por Xenia.

Con la calma que lo caracterizaba, Darren se levantó de la mesa.

Era un hombre enorme, de manos grandes y cálidas, y cuando las apoyó sobre los pequeños hombros de Xenia lo hizo con una delicadeza casi fraternal.

—Ha debido ser una confusión —dijo en voz baja—. Soy mulato, pero dudo mucho que sea el mulato que ese tipo buscaba —La miró con gesto tranquilo—. ¿Qué pinta tenía el tipo?

Xenia se cruzó de brazos y pensó un momento antes de responder.

La imagen de Teo le vino a la cabeza con una claridad incómoda: la mirada seria, la piel clara, el cabello rizado solo en la parte superior, el corte perfecto en los laterales y el lunar discreto en el pómulo derecho.

Demasiado fácil de recordar.

—Era muy alto, como tú —dijo al fin—. Fuerte. Piel blanquita. La cabeza llena de rizos por arriba, pero los lados rapados. Y tiene unos ojos castaños grandes, y un lunar en el pómulo derecho.

Darren levantó las cejas, divertido.

—Vaya… una descripción muy detallada.

—Porque me ha descolocado —replicó ella enseguida, consciente del tono burlón—. Ha venido a una sesión conmigo a pedirme droga y una fiesta privada. Créeme, lo he tenido que mirar mucho para entender qué quería exactamente.

Darren asintió con una sonrisa de medio lado, aunque el gesto se le fue borrando.

—Yo no soy el mulato que busca —aclaró—. Pero sí hemos oído ese apodo antes.

Xenia lo miró con interés inmediato.

—¿Ah, sí?

Toni, se incorporó ligeramente hacia delante.

Sus ojos, del mismo tono metálico que los de su hermana, se volvieron atentos.

—Sí —confirmó, rascándose la barbilla—. En una fiesta de coches hace unos meses, alguien mencionó ese nombre. El Mulato. Decían que era un camello, uno de esos que se mueven por los eventos de *tuning* y carreras. No lo tenemos identificado ni sabemos quién es, pero el apodo circula.

Xenia se quedó pensativa.

—¿Crees que ese tipo de la mazmorra estaba buscándolo para conseguir mercancía?

—Podría ser —respondió Toni, sin soltar la ficha que giraba entre los dedos—. No sería raro. En el ambiente de la noche y los coches siempre hay alguien queriendo comprar, vender o pasarse de listo.

Xenia suspiró y se llevó las manos a la cara, agotada.

—Lo único que me encaja es que haya venido a por mí porque me ha visto salir del Femistocrazy con Darren. A lo mejor, por una información mal dada, se cree que El Mulato eres tú. Yo qué sé. —Se pasó las manos por el pelo, claramente nerviosa—. Me ha puesto de los nervios.

Toni la observó con un deje de preocupación, aunque intentaba restarle importancia.

—No te preocupes, peque —dijo con tono firme pero afectuoso —. Nosotros no estamos metidos en nada.

Ella lo señaló con el dedo, luego a Darren.

—Más os vale. Sabéis que no quiero líos. Ni con drogas ni con nada de eso. Somos antidrogas, siempre lo hemos sido.

—Sí, tranquila. Esto debe de ser un malentendido.

Darren y él se cruzaron una mirada silenciosa.

No era la primera vez que lo hacían; se entendían sin palabras.

Algo en esa mirada decía que la conversación no iba a acabar ahí, pero que Xenia no debía enterarse todavía.

— Estaremos atentos —dijo Toni al fin, adoptando un tono conciliador—.

Y mientras tanto, Darren te irá a buscar todas las noches al Femistocrazy, hasta que esto se aclare. ¿De acuerdo?

Xenia asintió, dejando caer los hombros. El cansancio empezaba a pesarle en la espalda y permitió que Darren la atrajera hacia sí y la envolviera en un abrazo enorme.

Le gustaban los abrazos de Darren.

Le daban una sensación de calma que pocas cosas conseguían últimamente.

El gigante le acarició la cabeza con una mano.

—No te preocupes. Si ese tipo vuelve a aparecer, lo tendré vigilado y le explicaré yo mismo que soy mulato, pero no el que él quiere.

Ella asintió de nuevo, pero sin demasiada convicción porque, aunque el abrazo era cálido, el recuerdo de Teo seguía ahí, quemándole en la mente.

No solo por lo que había dicho, sino por cómo la había mirado.

Una mezcla de deseo y algo más que era un juicio hacia ella muy equivocado.

Y estaba convencida de que no iba a parar hasta conseguir lo que quería.

Capítulo 4

La visita con Xenia lo había dejado intranquilo no solo por cómo había terminado, sino por todo lo que ella había demostrado saber.

No era habitual que alguien ajeno al mundo policial reconociera tan rápido nombres en clave usados en el tráfico de drogas. Eso, sumado al hecho de que salía habitualmente con El Mulato, encendió todas las alarmas en la cabeza de Teo Dávila.

Pasó gran parte de la noche revisando las denuncias y los informes del departamento de drogas.

La sustancia que las denunciantes decían haber consumido no era cocaína pura ni MDMA tradicional, sino una mezcla adulterada, de color rosado, con efectos secundarios violentos.

Era una variante de Tussi mal sintetizada.

Además, las denuncias hablaban de que, claramente, el hombre que abusó de ellas y las drogó, era mulato, con las características de ese tipo y que, además, llevaba ropa como de mecánico con las siglas Tunecar.

Era muy evidente. Por eso habían localizado a su objetivo con tanta facilidad.

Y lo único que Teo podía hacer ahora era hacerle el seguimiento y revisar los lugares que habituaba El Mulato. Y el Femistocrazy y Xenia era uno de ellos.

Teo no tardó en preparar el informe.

A las ocho de la mañana del día siguiente, con el respaldo de la Unidad Central de Estupefacientes, había solicitado al juez de guardia una orden de registro para dos lugares: el Femistocrazy y el taller Tunecar Performance Garage.

El primer registro se haría de forma discreta, en horas de menor afluencia.

El segundo sería inmediato y a primera hora, en el Tunecar, para evitar movimientos o desaparición de pruebas.

A las diez en punto, tres vehículos policiales sin distintivos —un K, una furgoneta de intervención y un turismo camuflado— se detuvieron frente al taller.

El equipo de Teo estaba compuesto por seis agentes, todos de paisano, con chalecos antibalas bajo las chaquetas y acreditaciones visibles en los cinturones.

Teo bajó el primero. Llevaba una sudadera gris oscura, unos pantalones tejanos y un calzado deportivo negro.

El aire olía a aceite caliente y a metal.

El taller era una nave industrial amplia, en una zona de polígonos cerca de la capital.

Por fuera, no había nada sospechoso: el logo era discreto, las puertas eran metálicas, y había dos coches deportivos en reparación con la música sonando desde el interior.

—Entramos tranquilos, pero firmes —indicó Teo mientras revisaba el documento de autorización judicial—. No queremos escándalos ni estampidas.

El grupo asintió en silencio.

Y él se dispuso a golpear la puerta con fuerza.

—¡Policía Nacional! ¡Tenemos orden de registro!

La reacción dentro fue inmediata: se escuchó el sonido de herramientas cayendo al suelo, alguien apagó la música y las conversaciones se interrumpieron.

Uno de los mecánicos abrió, confundido, y el equipo irrumpió con movimientos rápidos pero controlados.

En cuestión de segundos, los agentes estaban dentro.

Dos se dirigieron al área de trabajo, otros dos a la zona de almacén, y Teo avanzó hacia la oficina acristalada del fondo.

Desde allí se veía una mesa de metal, planos de motores, papeles, y detrás del escritorio… para su sorpresa y su estupefacción, se encontró a Xenia.

Allí estaba ella. ¿Qué hacía allí?

La sorpresa fue mutua.

Ella estaba de pie, con el móvil en la mano, junto a un hombre que Teo reconoció de inmediato por las fotos que había encontrado en internet: Toni Vidal, propietario del taller y hermano de Xenia. Eran parecidos, pero cada uno en su género.

Toni había tenido antecedentes por receptación de piezas de coche falsificadas años atrás, aunque nunca había sido condenado. Y Darren Rosario tenía una denuncia por posesión de drogas. Todo parecía encajar.

Xenia levantó la vista acerada, y por un segundo, la expresión de su rostro lo dijo todo.

Primero había incredulidad, y luego indignación.

Él, por su parte, mantuvo el gesto profesional, aunque sintió el mismo nudo extraño de la noche anterior.

—Señor Vidal —dijo Teo al entrar, mostrando su placa—. Inspector Dávila, Grupo de Estupefacientes. Tenemos una orden judicial para registrar estas instalaciones.

Toni levantó las manos despacio, sin perder la compostura.

—¿Qué demonios pasa aquí?

—Una investigación en curso —respondió Teo—. Solo colaboren y esto irá rápido.

Xenia dio un paso adelante.

—¿Estás de broma? —le dijo directamente, sin molestarse en disimular el tono—. ¿Tú eres policía? —lo miró de arriba abajo con desprecio.

Teo no respondió. Se limitó a sostenerle la mirada, profesional, sin apartarla. Esa mujer tenía un estilo y un carácter que le gustaban mucho. Era endemoniadamente *sexy*, joder.

Ella respiró hondo, intentando contenerse.

Detrás de él, uno de los agentes ya tomaba fotografías del lugar mientras otro precintaba los armarios metálicos con cinta amarilla.

Dos más revisaban las taquillas del personal, con guantes y bolsas de pruebas.

—No entiendo nada. Quiero saber bajo qué motivo estáis aquí —insistió Toni, con voz grave.

Teo le entregó una copia del mandamiento judicial.

—Posible distribución y almacenamiento de sustancias estupefacientes. Los informes nos indican que podrían estar usando este taller como punto de paso o de fabricación.

Toni se rio por lo bajo, incrédulo.

—¿Informes? ¿Qué informes? —replicó Xenia incrédula.

—¿Fabricación? ¿Aquí? —repuso Toni—. Lo único que fabricamos son coches. ¿Qué estupidez es esta?

—Eso lo sabremos en breve —replicó Teo, sin alterarse. Señaló a uno de los agentes—: revisad el almacén del fondo y tomad muestras de los productos químicos que pueda haber.

—Sí, el Tres en Uno —espetó Toni.

Xenia, mientras tanto, no apartaba los ojos de él. Había pasado de la sorpresa a la furia contenida.

El tipo que la había provocado, el que había fingido ser un cliente, estaba allí, registrando el negocio de su hermano ¡y con una orden judicial en la mano!

—Eres tan mal poli como sumiso —dijo entre dientes—. Y eres un mentiroso —le soltó sin poder evitarlo.

Teo no contestó, solo anotó algo en su libreta mientras la tensión se alzaba entre ellos.

Los mecánicos, detenidos a un lado, miraban sin entender nada y Darren, que acababa de entrar desde la zona de pintura con un trapo en la mano, se quedó quieto al ver las placas y los chalecos hasta que su mirada se cruzó con la de Teo.

Silencio.

Xenia se dio cuenta en ese instante de que las piezas encajaban, pero en una forma que no le gustaba nada.

El hombre que había intentado sonsacarla no era un cliente torpe.

Era un policía.

Y acababa de irrumpir en su vida real y miraba a Darren como si quisiera llevárselo al calabozo. Como si fuera un delincuente. Incluso a ella también la miraba así.

Teo reconoció a Darren en cuanto lo vio salir del fondo del taller.

El mismo rostro, la misma complexión imponente, las trenzas gruesas cayendo sobre los hombros, pero con ese aire relajado que no encajaba con alguien bajo sospecha.

Aun así, su instinto policial lo obligó a actuar con celeridad.

—Darren Rosario —dijo con voz firme, mostrándole la placa—. Quedas detenido como sospechoso en una investigación por abuso sexual y tráfico de drogas.

Xenia abrió los ojos de par en par.

—¡Eso es imposible! ¡Te estás equivocando! —le gritó, avanzando un paso hacia Teo.

—¡¿Pero qué dices?! —replicó Toni muy enfadado.

Darren levantó las manos con calma, intentando tranquilizarla.

—Tranquila, peluchito —le dijo, usando el mismo tono protector de siempre—. Todo esto es un malentendido.

Teo observó la escena con cuidado.

A su alrededor, los agentes ya estaban registrando los casilleros y sacando bolsas de plástico numeradas.

Había movimiento, protocolos, ruido de cámaras y órdenes cortas, pero en el centro de todo, solo existía esa tensión entre los cuatro.

Darren giró la cabeza hacia Xenia, sin perder su serenidad.

—Entiendo que este tipo —dijo, señalando a Teo con un leve gesto del mentón— es el mismo que entró en el Femistocrazy intentando enredarte para ver si confirmabas el uso de drogas y las fiestas privadas, ¿no?

Xenia le sostuvo la mirada con rabia contenida.

—El mismo —contestó con frialdad, mirando a Teo como si pudiera atravesarlo.

Darren se encogió de hombros.

—Bueno, no pasa nada. No van a encontrar nada contra mí.

Teo respiró despacio, sin dejar de observarlo.

—La denuncia es clara —dijo con tono profesional—. Un hombre de raza negra, con trenzas, que trabajaba en un taller llamado *Tunecar*. La víctima declara que la drogó y abusó de ella después de proporcionarle una sustancia adulterada en una fiesta privada. Vas a entrar en una rueda de reconocimiento.

Toni intervino con voz tensa.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo, inspector?

—Completamente.

Toni apretó los labios, conteniéndose, y finalmente Teo le colocó las manos a Darren a la espalda, en un gesto simbólico.

—No hace falta que me esposes —dijo Darren, tranquilo—. Te acompaño sin problemas. No tengo nada que esconder y mi conciencia está muy tranquila.

La calma con la que lo decía desconcertó incluso a Teo, porque ese hombre, acusado de un delito grave, ni se alteraba ni intentaba justificar nada y transmitía una actitud que era casi de resignación tranquila, y eso lo descolocó.

No era la reacción de un culpable, pero tampoco la de un inocente ingenuo.

Xenia, en cambio, era un volcán contenido. Se mantenía rígida, con los brazos cruzados, la mandíbula tensa y la mirada hacia Teo que transmitía puro odio.

—Se va a hacer un registro en el Femistocrazy —añadió él, sin apartarle los ojos.

El rostro de Xenia perdió color.

—¿Me estás jodiendo? —murmuró, llevándose una mano a la frente—. Vas a ponerme en un problema, imbécil. El Femistocrazy es un lugar de bien, muy respetado, y con eso vas a hacer que Diana, la jefa, se enfade conmigo.

Teo le sostuvo la mirada y respondió con calma.

—No me falte al respeto, señorita —dijo, con una media sonrisa apenas perceptible—. Aquí no estamos en una de sus mazmorras.

El comentario la golpeó directo y le devolvió una mirada cargada de desprecio, pero también de desafío, observándolo de arriba abajo y evaluándolo con frialdad.

—Sabía que no eras un *sum* —soltó, con una sonrisa apenas insinuada.

Teo se tensó, pero su curiosidad se encendió.

—Claro que no. Para eso hay que tener muy poca dignidad.

Darren se echó a reír, como si Teo no supiera de lo que hablaba. Xenia, en cambio, alzó la barbilla, sin apartar la vista de él.

—Al contrario —replicó, con voz firme—. Hay que ser muy valiente para reconocer que la dignidad no se pierde por aceptar lo que te gusta. Tú eres un niño asustado que ni siquiera sabes lo que le gusta. Y por lo visto —añadió, dando un paso hacia él—, tampoco eres muy bueno en tu trabajo.

El golpe se sintió como un puñetazo. Teo la miró, intentando mantener la compostura, pero algo en sus palabras le removió en lo más profundo, algo que no supo nombrar.

¿Que no sabía lo que le gustaba?

¿Que era un niño asustado?

Ridículo.

Él sabía perfectamente quién era.

Sabía lo que hacía.

Sabía lo que quería.

O al menos, eso pensaba hasta que conoció a Xenia.

El silencio que siguió fue muy incómodo.

Darren, esposado sin resistencia, observaba la escena con una mezcla de preocupación y comprensión, como si entendiera algo que los otros dos no podían comprender.

Toni, en cambio, se mantenía alerta, evaluando los movimientos de los agentes que empezaban a tomar muestras en el taller.

—Nos lo llevamos —ordenó Teo finalmente.

Mientras el equipo escoltaba a Darren hacia el exterior, Xenia y Teo se quedaron frente a frente, a pocos metros, en el centro de la oficina.

Él con la placa aún visible en el cinturón y ella con la respiración entrecortada.

Ninguno habló.

Toni se apartó un momento de la conversación para seguir a los agentes que registraban la zona del taller, visiblemente irritado, vigilando que no rompieran nada ni tocaran piezas de alto valor.

El ruido metálico de las herramientas y el murmullo de los policías se mezclaban con el zumbido del aire comprimido que aún quedaba encendido en la línea de montaje.

Xenia respiraba con fuerza, con los brazos cruzados y sin disimular la rabia que aún le hervía por dentro.

Él trataba de mantener la calma profesional, aunque cada palabra de ella parecía seguir resonándole en la cabeza.

Entonces, el sonido del móvil de Teo rompió el momento.

Sacó el dispositivo del bolsillo interior de la chaqueta, vio el identificador de llamada y se giró ligeramente para responder.

—Dávila —contestó con tono seco.

Al otro lado, la voz del subinspector de guardia sonaba tensa, casi acelerada.

Teo escuchó en silencio, caminando unos pasos hacia un lado de la oficina mientras tomaba notas mentales y la expresión de su rostro cambió lentamente.

Primero sorpresa, luego preocupación, y finalmente, una mezcla de concentración y fastidio. Cuando colgó, Xenia seguía observándolo con atención.

Había algo en la forma en que él se había puesto serio que a ella le erizó la piel.

—¿Qué ha pasado? Parecen malas noticias para ti… —dijo con voz afilada.

Teo guardó el móvil y la miró de frente.

—Otra denuncia —dijo con voz baja, pero firme—. Esta vez, la víctima está en la comisaría. Está herida y alterada. Dice que fue drogada y agredida sexualmente por un hombre con las características de Darren.

Xenia frunció el ceño, desconcertada.

—¿Qué?

—Afirma, como las anteriores, que el tipo llevaba una camiseta con el logo de *Tunecar* —continuó Teo—, como las que llevan aquí —entendió—. Según su testimonio, él la invitó a una fiesta privada y luego la violó. Los hechos, según el parte médico, ocurrieron hace apenas unas doce horas en la noche de jueves —El silencio cayó como una losa y el aire dentro de la oficina pareció volverse más pesado. Teo siguió explicando, con el tono neutral que usaba en los informes—. La encontró un vecino. La chica estaba desorientada, con signos de haber consumido una sustancia similar a la de la

denuncia anterior y la ha acompañado a comisaría. Ya están preparando la rueda de reconocimiento. Darren será trasladado directamente allí para que la víctima confirme si es él.

Xenia lo escuchaba sin parpadear, con el rostro cada vez más serio.

Cuando él terminó, ella negó con la cabeza, despacio al principio, y luego con más fuerza.

—No —dijo rotundamente, cruzándose de brazos—. Eso no puede ser. Ayer tenían noche de póker en casa de mi hermano, y yo estuve con ellos después de llegar del trabajo.

Teo levantó una ceja, sin alterar el tono.

—Tal vez estás inventando rápido una coartada para él.

Xenia dio un paso hacia él, y habló con la voz firme y clara.

—Yo nunca defendería la inocencia de un hombre así, a no ser que supiera al cien por cien que es inocente. Y lo sé. Estuve allí. Lo vi. No salió de la casa en toda la noche.

El inspector la observó con serenidad, como si no se dejase arrastrar por la emoción.

—Eso lo dirá la investigación.

—Nunca defendería a un abusador.

—Lo que hacéis en el Femistocrazy ni siquiera sé si es legal. También se podría decir que abusáis…

El comentario fue muy ofensivo y Xenia tenía el rostro encendido.

—¿Cómo has dicho?

—Lo que oyes —insistió Teo, cruzándose de brazos—. Lo de dominar y esas cosas… eso también puede interpretarse como abuso, ¿no?

La reacción de Xenia fue inmediata, avanzó un paso y lo señaló directamente con el dedo.

—Entonces, si es abuso, revisa tus gustos no vaya a ser que estés enfermo. Porque te pusiste duro con lo poco que te hice.

Teo se quedó inmóvil.

—Basta —intervino con voz firme. Miró a Xenia directamente, no iba a permitir distracciones—. Voy a comisaría. Tengo un sospechoso que interrogar.

Ella le devolvió la mirada sin pestañear, furiosa, pero no solo por la acusación. Había algo más, como una sensación de traición e impotencia, de no poder controlar un juego que, por primera vez, no se jugaba con sus reglas.

Teo guardó el móvil, giró sobre sus talones y caminó hacia la salida del taller.

Los agentes seguían con el registro, los flashes de las cámaras iluminaban brevemente los rincones de la nave, y el olor a aceite y a metal lo acompañó hasta la puerta.

Mientras salía, Xenia lo observó desde el interior con su respiración aún rápida y su mandíbula tensa.

Sabía que él estaba equivocado, pero también sabía que su mirada la había hecho dudar por un segundo.

Y Teo, mientras subía al coche policial, no dejaba de pensar en lo que ella le había dicho:

"Tú eres un niño asustado que ni siquiera sabes lo que te gusta."

No entendía por qué esas palabras seguían clavadas en su cabeza.

Y no quería analizarlas porque había un caso que atender y era mucho más importante que ponerse cachondo por la dominación de una mujer.

Capítulo 5

El cristal unidireccional de la sala de reconocimiento separaba al sospechoso de la pequeña habitación en la que Teo Dávila observaba junto a la víctima y una agente de la Unidad de Atención a la Mujer.

El silencio era espeso, apenas roto por el zumbido tenue de los fluorescentes y el sonido distante de teléfonos en la comisaría.

En el otro lado del cristal, apareció Darren Rosario. Se había quedado de pie, siguiendo las normas del procedimiento.

No hablaba. Solo esperaba, quieto, con las manos a la vista y la mirada perdida en el reflejo.

La mujer que había denunciado la agresión respiraba con dificultad, cubierta por una manta térmica. Tendría poco más de treinta años, la piel cetrina, el rostro demacrado y sus pupilas aún estaban dilatadas por los efectos de la sustancia que le habían administrado y de la terrible experiencia que acababa de vivir hacía unas horas.

Su cabello estaba enmarañado y poseía una mirada vacía, entre miedo y desconcierto.

Teo se agachó un poco para ponerse a su altura, procurando no invadir su espacio y le habló con voz baja y modulada.

—Señorita, no tiene que preocuparse —le dijo—. Nadie puede verla ni escucharla. Solo necesito que mire con calma y me diga si ese hombre fue quien la agredió.

Su respiración temblaba mientras apretaba el borde de la manta con las manos.

Teo le dio indicaciones a Darren a través del micrófono y este se giró ligeramente, siguiendo la orden del agente en la sala contigua.

La mujer lo observó con la mirada temblorosa pero firme.

—Tómese su tiempo —susurró Teo—. No hay prisa.

Ella frunció el ceño, concentrándose durante unos segundos en los que el silencio fue absoluto.

Y luego, lentamente, movió la cabeza.

—No es él —dijo, con voz quebrada—. No es este hombre.

Teo parpadeó, sorprendido.

—¿Está usted segura? —preguntó con cuidado, intentando que no se sintiera presionada.

Ella volvió a negar.

—No. No es él. Este hombre es mulato y lleva trenzas, pero su cara… su cuerpo… son distintos. El que me drogó y me agredió no parecía siquiera humano. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Tenía algo en la mirada que lo hacía diabólico… como si disfrutara haciéndome daño.

Teo sintió cómo algo se le hundía en el estómago.

Su cuerpo permanecía quieto y profesional, pero por dentro notó el golpe seco de la certeza. Se habían equivocado.

Darren no era El Mulato.

Cerró los ojos un instante, respirando hondo mientras las piezas empezaban a recolocarse con una rapidez incómoda.

El taller, Xenia, su hermano, el Femistocrazy… todo ese entramado que había creído peligroso se desmoronaba frente a sus ojos.

Y en su cabeza apareció de nuevo la imagen de Xenia con los ojos grises, la voz firme y la rabia contenida cuando lo acusó de estar cometiendo un error.

«Te estás equivocando.»

Sí.

Parece ser que ella tenía razón.

Tragó saliva y se incorporó, dirigiéndose de nuevo a la víctima para ofrecerle un vaso de agua. Entonces, habló con tono profesional, aunque su voz sonaba más cálida de lo habitual.

—Gracias por su colaboración —dijo—. Entiendo que ha sido difícil. Vamos a seguir investigando, y le aseguro que encontraremos a quien le hizo esto.

La mujer asintió débilmente, sin mirarlo.

La agente de acompañamiento la ayudó a levantarse y la condujo fuera de la sala con gesto protector.

Teo se quedó unos segundos mirando el reflejo oscuro del cristal, observando a Darren al otro lado, aún inmóvil, con expresión serena.

El inspector sabía que tendría que soltarlo y que después tendría que enfrentarse a Xenia. Así que, suspiró, sacó su móvil del bolsillo y marcó un número directo.

El tono sonó dos veces antes de que alguien contestara.

—Dávila al habla —dijo con voz firme—. Abortad el registro del Femistocrazy. Repito: que detengan el operativo. La investigación se ha caído.

Colgó y se apoyó unos segundos contra el marco de la puerta.

Su mente repasaba los hechos: dos mujeres drogadas, una sustancia adulterada que las dejaba sin poder de reacción y un agresor que las invitaba a "fiestas privadas" en las que eran agredidas.

Darren era inocente, pero el verdadero culpable seguía libre.

Teo caminó despacio hacia la sala de espera, repasando mentalmente cada paso del procedimiento que los había llevado hasta allí.

El eco de sus propias botas en el suelo cerámico le resultaba molesto, casi acusador.

Había ordenado la liberación inmediata de Darren Rosario hacía apenas media hora.

El informe del reconocimiento era claro: la víctima no lo había identificado. No había pruebas ni motivos para mantenerlo detenido y, aunque Teo lo sabía, la sensación de haber cometido un error de novato lo acompañaba como una sombra.

Al abrir la puerta del vestíbulo principal, los vio.

Darren estaba sentado en una de las bancadas metálicas, con las manos entrelazadas y la espalda recta, sin perder esa calma que parecía venirle de serie.

A su lado, Toni Vidal, de pie, estaba con los brazos cruzados y el gesto contenido, mirando a los agentes que iban y venían por el pasillo.

Y junto a él, apoyada contra la pared, estaba Xenia.

Ella vestía ropa sencilla, un pantalón oscuro y una camiseta gris, pero aun así imponía presencia con las manos ocultas en los bolsillos del pantalón, el pelo suelto y una expresión impenetrable.

Cuando Teo se acercó, no se movió ni un centímetro.

Solo lo siguió con los ojos, como si evaluara cada uno de sus pasos con una mirada fría e inquisitiva, parecida a la mirada de una profesora observando a un alumno que había suspendido estrepitosamente.

Teo se detuvo frente a ellos, ajustándose la chaqueta y respirando hondo antes de hablar.

—Señor Rosario, señor Vidal… —comenzó con tono formal—. Quiero disculparme por lo ocurrido. La identificación inicial fue errónea, y la víctima ha confirmado que usted, Darren, no era el agresor. La otra víctima, que no ha querido venir por estar con mucha ansiedad, ha recibido unas fotografías suyas y también ha dicho lo mismo.

Toni no respondió de inmediato.

Miró a su amigo, luego a su hermana, y finalmente asintió una vez.

—Aceptamos sus disculpas, inspector —dijo con voz neutra y sin rastro de ironía—. Aunque no voy a negar que la situación ha sido una auténtica faena.

Darren, por su parte, esbozó una sonrisa leve, sin sarcasmo.

—No pasa nada, inspector —respondió tranquilo—. No soy el primero al que detienen por error, ni seré el último. Pero espero que encuentren pronto al hijo de puta que lo hizo, porque esa chica no se merece haber pasado por eso.

Teo asintió, agradeciendo el tono conciliador.

Sin embargo, su mirada se dirigió, inevitablemente, a Xenia.

Ella seguía callada e inmóvil.

No había rastro de burla en su expresión, ni de hostilidad abierta, solo tenía esa serenidad tensa que dice más que cualquier reproche.

Durante unos segundos, él intentó sostenerle la mirada, buscando en sus ojos alguna señal de comprensión, pero lo único que encontró fue distancia.

Después, ella desvió la vista hacia un punto indeterminado del suelo y Teo entendió que con esa mujer no se podía ir pisando uvas.

Ni con mentiras, ni con medias verdades.

No perdonaba fácilmente, y menos si la habían hecho quedar como una sospechosa.

Para romper el silencio, Darren intervino con voz grave.

—Si te sirve de algo, inspector, nosotros sí hemos oído hablar de ese tal Mulato en la noche.

Teo alzó la cabeza con interés.

—¿Dónde?

—En los eventos de exposición de coches y en las reuniones nocturnas de tuneadores. Así que, ese hombre sí existe. Pero no soy yo —aclaró, levantando ambas manos—. Por lo que se comenta, pasa mierda en esas fiestas. Pero no sabemos más.

Teo entrecerró los ojos, atento.

—¿Hacéis algún evento nocturno próximamente?

Toni fue quien respondió.

—Casualmente, mañana por la noche tenemos la *Noche sin límites* en Montjuïc. Reunimos coches, patrocinadores y personas del mundillo. Se mueve bastante gente allí.

El inspector lo observó en silencio durante un instante. El rostro de Toni no reflejaba nerviosismo, pero su postura sí era cautelosa.

Teo dio un paso adelante.

—¿Me mantendrás informado? Me gustaría asistir —dijo con voz grave.

Xenia se enderezó, visiblemente incómoda.

—No tienes por qué ayudarle, Toni —intervino, mirando a su hermano con los ojos entornados.

Toni soltó una risa breve, de medio lado.

—No pasa nada, peque —dijo usando su apodo de siempre, con un tono que desactivó la tensión durante un segundo—. Siempre es bueno tener a los policías de nuestro lado. Nunca se sabe cuándo vamos a necesitar un favor.

Teo aprovechó el gesto para intervenir.

—Puede que me necesitéis antes de lo que creéis —dijo, mirando a los tres—. Las dos mujeres que han denunciado mencionan vuestro taller y describen a Darren como El Mulato. Dicen que siempre actúa con algo del Tunecar encima. No es una casualidad. Tal vez tengáis enemigos y aún no lo sepáis.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Toni y Darren intercambiaron una mirada rápida. El primero tensó la mandíbula, el segundo bajó un instante la vista antes de volver a alzarla con gesto pensativo.

Xenia captó el intercambio y se preocupó de inmediato. Su voz sonó más suave, pero cargada de inquietud.

—¿Tenéis enemigos? —preguntó mirando a los dos hombres.

Teo percibió la pregunta y su interés se agudizó.

—Sí —añadió él, con calma—. ¿Hay alguien que haya tenido algún problema con vosotros, alguien a quien le hayáis cerrado una puerta o que haya quedado resentido para que os esté metiendo en esto?

Toni se tomó unos segundos antes de contestar. Luego, pasó un brazo por encima de los hombros de su hermana, en un gesto de aparente naturalidad, pero también de protección.

—Déjanos pensarlo —dijo al fin—. Si se nos ocurre quién puede estar haciéndonos esto, te lo diremos, inspector —miró a Darren y este asintió—. Mientras tanto, nos vamos a casa. Ha sido un día largo para todos.

Xenia lo miró de reojo mientras pasaba junto a él rodeada de su hermano y de su mejor amigo. Sus ojos se cruzaron apenas un instante, lo justo para que Teo notara que la rabia seguía allí, pero también algo distinto, tal vez era una chispa de curiosidad contenida.

Después giró el rostro, apartándolo de él con elegancia, y siguió caminando junto a ellos hacia la salida.

El sonido de sus pasos se fue perdiendo por el pasillo, hasta que el silencio volvió a ocuparlo todo.

Teo se quedó quieto, observando por la cristalera el momento en que los tres subieron al todoterreno negro de Toni, un vehículo de lujo impecablemente cuidado.

El motor rugió con suavidad y el coche se alejó del aparcamiento con dirección a la Diagonal.

El inspector suspiró, porque sabía que había metido la pata hasta el fondo, pero no podía permitirse quedarse en el error.

Había dos mujeres agredidas, una droga adulterada circulando por la ciudad y un tipo que seguía libre y moviéndose entre fiestas privadas y coches tuneados.

Mientras salía del edificio, se quedó mirando el reflejo del neón sobre el capó de su coche oficial y el aire nocturno le enfrió la cara.

Tenía un caso gordo entre manos y también algo que le gustaría arreglar con Xenia, aunque no había profundizado en el motivo por el que quería hacerlo.

Sábado noche

La habitación de Xenia era un reflejo perfecto de ella: era equilibrio entre el caos de una artista y la precisión de una mujer que sabía lo que valía.

Las paredes eran de un tono crema cálido, que se tornaba dorado cuando la luz del atardecer se colaba por las cortinas de lino blanco. En una esquina había un tocador que sostenía un ejército de perfumes, sombras de ojos, peines y horquillas que parecían ordenarse en su propio desorden. El espejo tenía luces redondas alrededor, como de camerino, y reflejaba el brillo húmedo de su *gloss* recién aplicado.

Sobre la cama, de sábanas gris humo y cojines de distintos tamaños y colores —algunos con textura de terciopelo y otros con

estampados geométricos—, descansaba su chaqueta corta de cuero.

Unos pendientes de aro brillaban sobre la mesilla, al lado de un libro abierto boca abajo.

Y la habitación olía a jazmín y a laca, una mezcla dulce y eléctrica que deja el ritual de prepararse para una noche importante.

Junto a la ventana, una planta colgante caía en cascada sobre un escritorio lleno de notas, agendas y un portátil MacBook Pro abierto con pestañas del Femistocrazy todavía activas.

Estaba orgullosa de sus logros y de haber podido comprar esa casa con su esfuerzo, con su trabajo en el Tunecar ayudando a su hermano con la administración, y también con sus pinitos como dómina. Se lo había ganado.

En realidad, la tarde del sábado se le había escapado entre pensamientos que no quería tener, moviéndose por su piso como una gata enjaulada, fingiendo estar ocupada: lavó una taza que ya estaba limpia, revisó los mensajes del Femistocrazy y los contestó con frialdad, intentando no pensar demasiado. Pero cada vez que levantaba la mirada, ahí estaba él, como una proyección que no se disolvía: Teo Dávila, con esa mirada serena, castaña oscura y obstinada, con su voz grave y esa maldita compostura que la irritaba tanto como la atraía.

Lo odiaba.

O eso se repetía, una y otra vez, como si la palabra pudiera actuar de exorcismo.

Había estado a punto de poner en riesgo su trabajo, su reputación, su lealtad hacia Diana y hacia el club. Casi había mandado a registrar el Femistocrazy, y si eso hubiera ocurrido, su carrera habría quedado hecha trizas.

Y, sin embargo, cuando recordaba su expresión de arrepentimiento, cuando pensaba en cómo la había mirado la última vez —sin palabras, pero con un peso tan real como una disculpa—, algo en su interior se revolvía.

Teo no era como los hombres que ella conocía.

No tenía esa mirada suplicante de los que pagan por rendirse ni el aire arrogante de los que creen que pueden comprar la

dominación. Había en él una autoridad natural y también peligrosa, que no cedía el control por placer: lo medía, y eso la intrigaba.

Se miró al espejo y respiró hondo cuando el reflejo le devolvió a una mujer que sabía que quería mostrar poder y distancia.

Eligió una falda negra ajustada que delineaba su figura sin robarle elegancia, y un top negro corto que dejaba ver el brillo sutil de su abdomen. Se enfundó unas botas altas, de tacón firme, que resonaron en el suelo como una declaración de intenciones.

El medio recogido le daba un aire más salvaje, dejando que su flequillo cayera sobre sus cejas con esa precisión que parece casual, pero que lleva su tiempo y su pulso. Se echó un poco de perfume en el cuello, una fragancia de vainilla y cuero suave, y se observó con una media sonrisa, lista para una guerra, aunque la batalla fuera interna.

El reloj marcaba las diez cuando bajó al garaje y se dirigió hacia su porche donde tenía aparcado su New Beetle, rojo y brillante, que la esperaba deseoso de ronronear.

La noche en Montjuïc la recibiría con un cielo despejado y el aire húmedo del mar que llegaba hasta las colinas.

Y no podía negar la sensación inquieta que la recorría, que solo se tiene cuando te preparas para ver a alguien que te saca de quicio… pero también te acelera el pulso.

Arrancó el coche y se dio cuenta de que, desde lejos, podía oír ya la música y los bajos profundos que vibraban con la vida de la fiesta del Tunecar, legendarias por su mezcla de lujo, locura y desenfreno.

Aparcó cerca, mostró su acreditación —ser la hermana de Toni Vidal tenía sus privilegios— y entró. Las luces se movían bañando los muros de piedra con colores imposibles.

Dentro, la gente se balanceaba entre copas, risas y miradas que buscaban o prometían algo. Xenia caminó con seguridad, aunque por dentro el ritmo de su corazón marcaba otro compás.

Sabía que, si Teo quería hacer bien su trabajo, estaría allí.

Y aunque su mente seguía repitiendo que lo detestaba, su cuerpo parecía no estar de acuerdo.

Quizá, pensó mientras se abría paso entre la multitud, esa noche descubriría si lo suyo era solo curiosidad o un capricho que se quería dar y que aceptaba como una provocación del destino.

Capítulo 6

El aire en Montjuïc olía a gasolina y a perfume caro. Las fuentes de la Fuente Mágica, danzaban a lo lejos, iluminadas con colores imposibles entre los que predominaban los rosas, azules y violetas líquidos, que se reflejaban en los cristales de los coches aparcados a lo largo de la explanada.

El rugido de motores subía y bajaba con la música entre graves y acelerones, risas estridentes y copas que tintineaban bajo la luna de Barcelona.

Los coches estaban dispuestos como joyas sobre un tapiz urbano. Había Ferraris, Lamborghinis, Mustangs y todoterrenos relucientes con los capós abiertos, exhibiendo motores como trofeos. Los flashes de los móviles se encendían y apagaban mezclándose con el humo de los cigarrillos y el aroma del catering que pasaba entre los vehículos, bandejas de lujo con ostras, brochetas y copas de champán servidas por camareros vestidos de negro.

En medio de ese desfile de lujo, Teo Dávila se había hecho su propio espacio.

Su coche, un Range Rover Sport SVR negro mate, dominaba la escena con la misma sobriedad que él. Era un coche que imponía sin necesidad de alardes: potente y tan preciso como su dueño.

Teo estaba sentado en el capó, con una pierna doblada y el vaso de bebida apoyado en la mano.

Desde ahí, observaba sin bailar ni hablar. Solo miraba mientras los motores rugían, las risas subían y las luces giraban. Él no caía en distracciones, solo analizaba cada detalle buscando algo entre el ruido.

Él reconocía perfectamente, como un depredador entre presas, a los que fingían estatus, a los que lo tenían de verdad, a los que iban solo a lucirse, y a los que se escondían detrás de la música y el exceso.

Y entonces la vio.

Entre el tumulto de luces y cuerpos, Xenia Vidal apareció como si el resto del mundo hubiera perdido el enfoque.

Su falda negra se pegaba a su cuerpo con cada movimiento, su piel brillaba bajo los reflejos de las fuentes, y su risa le atravesó los oídos como una melodía conocida.

Se sentó sobre el capó de un majestuoso Ferrari, y su color rojo reflejaba las luces de la noche. A su lado, Darren Rosario, relajado, le susurraba algo al oído que la hizo reír con naturalidad, y Teo sintió cómo la curiosidad se le enroscaba en el pecho.

¿Estaban juntos?

No lo sabía. No quería saberlo. Pero no podía dejar de mirar.

La forma en que ella escuchaba, atenta, divertida, con ese brillo de inteligencia detrás de la coquetería, lo desconcertaba, porque no era una mujer fácil de leer, y eso, para un hombre como él, era más peligroso que cualquier sustancia que pudiera circular esa noche.

Un rugido de motor estalló en el centro de la plaza y un coche dio un trompo perfecto, dejando tras de sí una nube de humo blanco que hizo que todos gritaran y aplaudieran.

El olor a caucho quemado llenó el ambiente y las luces estroboscópicas tiñeron las caras de todos de rojo y azul.

Teo parpadeó una vez, apartando la vista de Xenia, para recordar por qué estaba allí y no debía ser por ella.

Estaba allí para comprobar si esa droga adulterada seguía circulando y encontrar a quien no debía estar allí. Dudaba que El Mulato volviera a dejarse ver, no después de lo que los Vidal habían descubierto, sería muy tonto si asistiera a una de sus fiestas, pero la intuición que nunca le fallaba, le decía que algo iba a pasar esa noche.

Y justo cuando volvía a centrarse sintió la mirada de Xenia sobre él.

Lo había visto.

Sus ojos se cruzaron entre luces y humo. Ella parpadeó solo una vez, como una pantera que reconoce a otro cazador, y después giró la cabeza, indiferente.

Pero Teo no necesitaba más para tomar eso como una invitación.

Dos de sus hombres —Camacho y Ribes— estaban entre la multitud, mimetizados con los demás asistentes, vigilando discretamente posibles movimientos sospechosos. Él, desde su posición en el capó del Range Rover, tenía una visión perfecta del conjunto: quién hablaba con quién, quién se movía con nerviosismo y quién bebía demasiado rápido, pero no podía evitar que su mirada, una y otra vez, regresara a ella.

A Xenia Vidal.

Su cuerpo, su gesto contenido y esa forma de controlar el espacio con una elegancia natural, lo mantenían en una tensión absurda. Quería acercarse, aunque sabía que no era el momento, porque estaba bien donde estaba.

O, al menos, eso se decía a sí mismo.

Mientras tanto, Xenia lo tenía controlado por el rabillo del ojo.

Ni un movimiento pasaba desapercibido, y menos el de Teo, sentado en aquel coche que parecía una extensión de su carácter.

Ella no iba a darle el gusto de acercarse. Pero, si su instinto no le fallaba, que era pocas veces, Teo se sentía atraído por ella, y no solo por su cuerpo o su presencia, sino por lo que había ocurrido entre ellos en la mazmorra.

Ese recuerdo vibraba en el aire entre ambos, aunque ninguno lo mencionara.

Pero ella lo sabía porque era mujer, y porque era una dominante: observadora, sensible y capaz de leer gestos y deseos con solo una mirada. Era dulce, sí, pero si la decepcionaban, podía ser cruel. Muy cruel.

La música cambió.

Los primeros acordes de *Måneskin I wanna be your slave*, empezaron a retumbar en los altavoces, provocando un pequeño estallido entre la multitud, entre gritos, aplausos y motores que rugían al compás.

Xenia sonrió sin pensar, dejando que el ritmo la moviera un poco sobre el capó del Ferrari. Darren, con esa alegría desinteresada que siempre lo acompañaba, se inclinó y le dijo algo al oído antes de marcharse a por un mojito de fresa.

Y entonces recibió un golpecito en el hombro, suave y algo tímido.

Xenia giró el rostro y se encontró con un hombre joven, moreno, de mandíbula afilada, vestido con ropa casual y una sonrisa ensayada.

—Hola, guapa —dijo él, inclinándose apenas.

Ella lo miró de arriba abajo, sin disimular.

—Perdona, ¿te conozco?

—Ahora sí —contestó él, con un gesto satisfecho—. Necesitaba acercarme y decirte que no he podido quitarte los ojos de encima.

Xenia arqueó una ceja.

A lo lejos, Teo lo vio todo. Su postura se tensó apenas, sin que nadie más lo notara, pero sus ojos no se apartaron.

—Muy bien —dijo ella, seca—. Ya me lo has dicho.

El chico rio, sin captar la incomodidad.

—También quería contarte algo. Hay una fiesta privada más tarde, en una casa de la montaña. Gente con dinero, contactos… Las chicas como tú están muy bien recibidas. Te pagan por asistir. — Sacó del bolsillo una tarjeta fucsia y se la tendió, como si fuera una oferta exclusiva.

Xenia la miró sin tocarla, y después la aceptó mientras sentía la repulsión subiéndole por dentro.

—¿Así que me ofrecen dinero, eh? —preguntó con una sonrisa fina.

—Cuando acabe esto, cógete un taxi o tu precioso coche y sube. Entregas la tarjeta al llegar y ya está —dijo él, seguro, convencido de tenerla interesada.

Ella ladeó la cabeza, fingiendo curiosidad.

—¿Así de fácil?

El tipo sonrió con autosuficiencia.

—A las chicas bonitas como tú hay que ponerles las cosas fáciles.

Y se fue, dejando el olor barato de su colonia flotando en el aire.

Xenia suspiró, con asco y fastidio.

—Menudo friki pedante… —murmuró.

Y fue justo entonces cuando Teo apareció a su lado sin decir palabra, solo con esa expresión seria y esa presencia firme que imponía sin esfuerzo.

Las luces se reflejaban en sus ojos, y el sonido de los motores llenaba el silencio entre ambos.

Teo se acercó a Xenia sin apartar la vista del tipo que acababa de marcharse, con su rostro concentrado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con su voz grave, apenas elevando el tono sobre el estruendo—. ¿Qué es esa tarjeta?

Xenia la levantó entre los dedos, mostrando el fucsia chillón reflejando las luces de las fuentes.

—Una invitación muy exclusiva —dijo con ironía—. Una de esas fiestas privadas donde las chicas «como yo» son bienvenidas… y pagadas.

—Gracias —respondió Teo seco, arrebatándosela sin dudar. Se la guardó en el bolsillo del pantalón y habló por el pinganillo con tono inmediato y profesional—: Camacho, Ribes. A las tres, seguid al tipo de la sudadera negra, pelo repeinado y perilla. Es alto y está entre el Porsche y el Ferrari verde con un logo de Hulk. Ya sé que es una horterada.

El tono no admitía réplica.

Xenia arqueó una ceja, cruzándose de brazos.

—Perdona, esa tarjeta es mía.

—Ahora no. —Teo la miró de reojo—. Ahora es mía. Además, no vas a ir.

La manera en que lo dijo, con esa orden directa, la descolocó por un instante. Luego, la indignación le encendió los ojos grises.

—¿Perdón? ¿Quién eres tú para decirme lo que puedo y no puedo hacer?

Teo la observó fijamente. Su mandíbula se tensó, y un tic marcó su frustración.

—Claro… —soltó con un tono cargado—. Seguro que solo obedeces las órdenes de Darren.

Xenia lo miró unos segundos, boquiabierta, y luego soltó una carcajada limpia y llena de sorna.

—¿Darren? ¿Has bebido o algo? Yo no obedezco órdenes de nadie, cielo.

Teo parpadeó, confuso por su reacción.

—¿No estáis juntos?

Ella bajó del capó con un movimiento fluido y se acercó a él.

—Mal sumiso, mal policía y peor observador. Estás perdido… —chasqueó la lengua, burlona—. Lo tienes todo, bebé.

La provocación flotó entre ellos como una chispa, pero Teo no retrocedió y la sujetó suavemente de la muñeca, dando un paso hacia adelante, tan cerca que el sonido de la música pareció apagarse.

—Ya… —murmuró, inclinándose hasta que su voz se volvió un roce contra el aire—. A lo mejor es que me tienes que enseñar tú a encontrarme.

Sus dedos rozaron su muñeca, sujetándola con suavidad, sin fuerza, pero con una intención que ella percibió de inmediato. Xenia lo miró fijamente, desafiante, aunque una sombra de sorpresa cruzó su mirada.

—Pues… —dijo despacio, sin apartar los ojos de los suyos—. Si quieres conocerte, ya sabes lo que tienes que hacer y dónde encontrarme. Pero para eso se necesita valor, y creo que tú no lo tienes.

Con un movimiento suave, liberó su muñeca y añadió, con una sonrisa ladeada:

—Y de nada.

Teo la miró, sin entender al principio.

Ella alzó la barbilla.

—Si no fuera por mí, ese imbécil no se habría acercado y tú no tendrías tu pista.

Antes de que Teo pudiera responder, su pinganillo crepitó.

—¿Qué hacemos, jefe? Lo tenemos. ¿Lo seguimos o lo interceptamos? —la voz de Camacho sonaba clara entre la música.

Teo, sin apartar la mirada de Xenia, contestó con firmeza:

—Interceptadlo y cogedle el móvil. Que no contacte con nadie.

—Sí, jefe. Estamos detrás de la barra, en la primera carpa blanca.

—Ahora voy.

Xenia frunció el ceño.

—¿Qué vais a hacer?

Teo se giró con el brillo de las luces coloreando su perfil.

—Mi trabajo —respondió, y echó a andar.

Pero ella no se quedó quieta.

El sonido de sus botas resonó tras él mientras lo seguía entre la multitud.

—No vengas —le ordenó Teo.

—Eres propenso a hacer las cosas mal. Y este es un evento muy conocido de mi hermano. Solo quiero asegurarme de que no vais a hacer nada indebido.

Porque fuera lo que fuese lo que Teo planeaba, no iba a permitir que pusiera en riesgo la reputación del evento del Tunecar.

Detrás de la carpa blanca, el ruido parecía amortiguarse, como si la noche contuviera el aliento.

Allí, entre las sombras y el reflejo difuso de las luces de Montjuïc, Teo Dávila había llevado al tipo de la sudadera negra, con Camacho y Ribes flanqueándolo.

Y con Xenia pisándoles los talones aunque manteniéndose a unos metros prudenciales de distancia.

El chico —Lorenzo, según su carnet de estudiante— se removía inquieto, intentando disimular el miedo que se le notaba hasta en la respiración.

—¿Qué pasa? No he hecho nada —farfulló, levantando las manos.

Teo no se molestó en responderle al principio. Lo observó con esa calma peligrosa que suele preceder a la tormenta.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —preguntó finalmente.

—Nada, tío. Solo estoy mirando coches.

Teo soltó una risa seca.

—Mentira.

Y sin previo aviso, Camacho le dio una colleja seca que resonó en la noche. Lorenzo se encogió, sorprendido, mientras Teo lo cogía por la pechera y sacaba la placa de su cinturón, mostrándola a la luz.

—Policía. Y te acabas de meter en un buen lío —Después, sacó del bolsillo la tarjeta fucsia y la sostuvo frente a sus ojos—. ¿La reconoces? Porque te vi dándole una igual a una chica hace cinco minutos.

El chico tragó saliva.

—Yo… yo solo reparto eso. No hago nada malo, lo juro.

Teo acercó el rostro, sin apartar la vista de él.

—Estás repartiendo esto entre las chicas para que vayan a una fiesta privada. Y les dices que les van a pagar por asistir. ¿Por qué? ¿Qué hacen ahí?

Lorenzo levantó las manos, temblando.

—No, no… yo solo hago lo que me dicen. Solo reparto las tarjetas y ficho a las pibas, ¡nada más!

—¿Para quién trabajas? —la voz de Teo bajó un tono, grave, cortante.

El chico sudaba.

—Un tipo… estaba buscando ojeadores cerca de mi universidad. Nos paga comisiones por cada chica que vaya con nuestras tarjetas.

—¿Qué universidad? ¿Qué tipo?

—No sé cómo se llama. Nos paga por PayPal, cien pavos por adelantado. ¡No sé más, tío! Devolvedme el teléfono, por favor.

Teo negó una vez, despacio.

—No, me lo quedo. —Su voz sonó baja y sin margen para protesta—. Quiero ver esos movimientos de PayPal.

El chico intentó hablar, pero Teo no le dio tiempo.

—Lo que haces con las chicas no está bien. No tienes ni idea del tipo de casa o del agujero en el que las metes invitándolas tan a

la ligera —le dijo, clavándole los ojos con frialdad.

El muchacho bajó la cabeza, derrotado.

—Dime la universidad —incidió Teo.

—En la del Mar.

—¿Algo más que deba saber? ¿Sabes si hacen esto en más lugares? Y quiero que seas sincero o te vas a meter en un buen lío.

Lorenzo negó con la cabeza, nervioso.

—Solo sé que a un colega de otra uni le pagan por vender «comida» en estos eventos. Contactan con ellos en un bar llamado El Quijote, está por la UOC.

Teo sintió un latigazo de interés.

—¿Comida? ¿Te refieres a drogas?

El chico asintió, resignado.

—Sí… —dijo intimidado.

—¿Qué tipo de droga?

—Es… algo parecido al polvo rosa. Un tipo de Tussi.

Teo inspiró hondo. Por fin, un hilo. Estaba más cerca.

Entonces, lo soltó, con un gesto seco.

—Nos quedamos con tu móvil. Y más te vale no decirle a nadie que te hemos parado, ¿me oyes? Porque si te oigo nombrar una palabra de esto, te busco y te imputo por colaboración en una red de trata. ¿Entendido?

—Sí, sí… —Lorenzo asintió rápido, asustado.

Teo lo soltó, y el chico salió tambaleándose, escoltado por Camacho y Ribes, que lo acompañaron hasta la salida.

Durante todo ese tiempo, Xenia no había dicho nada. Solo había observado fascinada la dureza en la voz de Teo, su control absoluto y la forma en que imponía autoridad sin levantar la voz.

Su mandíbula tensa, la mirada implacable, el modo en que se movía hablaban de él como un hombre decidido, frío y profesional.

No se lo había imaginado así, y no podía evitar que algo —una mezcla de admiración, curiosidad y deseo— le brillara en los ojos mientras lo miraba.

Cuando Teo se giró, la encontró observándolo.

—Ha sido discreto, ¿no crees? —dijo Teo, rompiendo el silencio. Su voz sonaba más tranquila ahora, pero sus ojos seguían oscuros y

cargados.

Camacho y Ribes se alejaban, llevándose al chico y advirtiéndole que se mantuviera callado.

Detrás de ella, Darren acababa de llegar, con dos copas en la mano y una expresión entre intrigada y alerta.

Xenia tomó la copa que Darren le ofrecía y no dijo nada, solo bebió, sin apartar la vista de Teo.

Después, se giró.

Y se fue.

Teo la siguió con la mirada hasta que su silueta desapareció entre las luces y el humo, y Darren, a su lado, lo observó con una media sonrisa.

—¿Está todo controlado, inspector? —preguntó, midiendo sus palabras.

Teo asintió, distraído.

—Lo de aquí, sí. Ya nos hacemos cargo nosotros.

Pero mientras lo decía, no podía dejar de pensar en esa mujer que parecía leerle el alma sin pedir permiso.

En cómo, en medio de una operación bajo control, era ella la que lo hacía sentir fuera de control.

Y eso, para Teo Dávila, era mucho decir.

Capítulo 7

Era domingo, y el cielo de Barcelona amanecía perezoso, con esa luz blanquecina que se filtra entre los edificios, también necesitando un café.

Pero Teo Dávila no tenía la cabeza en el día ni en el trabajo, porque la tenía en Xenia.

Desde la noche anterior, su imagen le venía a la mente una y otra vez, como una canción imposible de apagar. Su sola presencia había bastado para que la investigación diera un paso crucial. Pero más allá de eso, había algo en ella que lo desarmaba.

Era una mujer con poder, que no necesitaba levantar la voz para llenar el espacio. Bastaba con su postura, su mirada y la forma en que respiraba.

Y sí: era hermosa. Pero no de esas bellezas que se contemplan en silencio, sino de las que te desafían, te invitan a moverte y a probar suerte, aunque sepas que puedes salir herido.

Había pensado durante horas, tumbado en la cama sin poder dormir, que había metido la pata con ella desde el principio.

Ella lo consideraba un metomentodo arrogante, un trolero más y un simple pelele y eso, a Teo, le molestaba más de lo que habría admitido.

Así que había tomado una decisión: que iba a demostrarle a ella y a sí mismo, que no lo era.

Era un hombre racional, pero también curioso. No era un fanático del sexo, aunque le gustaba, y conocía lo suficiente como para saber que le atraía la franqueza, el contacto real y el juego limpio.

Sin embargo, lo que había sentido con Xenia en la mazmorra lo había descolocado.

Había leído sobre dominación femenina —*FemDom*, lo llamaban—, y aunque al principio no era un tema que lo apasionara,

se había sorprendido al descubrir cómo se le aceleraba el pulso solo con imaginar a Xenia en ese papel, con esa mirada encendida y esa autoridad innata.

Había anotado mentalmente algunas reglas básicas que aparecían en todos los textos serios sobre el tema:

1. El consentimiento lo es todo. Nada ocurre sin acuerdo previo entre dominante y sumiso.
2. La confianza y la comunicación son el eje. La domina no humilla, guía.
3. La palabra de seguridad es sagrada. Cuando se dice, el juego se detiene sin discusión.
4. La dominación no es abuso, es control compartido. La fuerza real está en la entrega voluntaria.
5. El respeto continúa cuando el juego termina. No hay sumisión fuera del espacio acordado.

Teo había leído esas líneas más de una vez, con los codos sobre la mesa y el ceño fruncido, y ahora estaba a punto de averiguar si todo eso podía tener sentido en él, en su carne.

Porque quería entender qué lo atraía tanto de esa mujer que lo sacaba de su centro y porque, en el fondo, quería redimirse.

La había fastidiado en su terreno, había cruzado límites sin entenderlos y ahora, iba a hacer justo lo contrario: entregarse a ellos, si ella le dejaba.

Aparcó su coche frente al Femistocrazy, el local que tanto había dado de qué hablar en las últimas semanas en su grupo. Ya era conocido, pero al cruzar la puerta, el aire cambió.

Olía a cuero y a calma mientras escuchaba fragmentos de la recepcionista que hablaba por teléfono.

—Que sí, Diana. Cuando vuelvas, mi chica y yo te tomaremos el relevo… Nos iremos a Bali —Cuando lo vio entrar, sus ojos se iluminaron con una mezcla de curiosidad y reconocimiento—. Te tengo que dejar, ha llegado un cliente —dijo al teléfono antes de colgar. Y entonces le dedicó una sonrisa profesional—. Eres Teo, ¿verdad?

—Sí —respondió él, con esa voz segura que usaba cuando quería disimular nervios.

—¿Tienes cita?

—Sí. La he pedido exprés. Con Xenia.

—Ah… —parpadeó, sorprendida—. Vaya. —Revisó la pantalla—. Pues sí… ha reservado justo este horario. No la tenía controlada — Una media sonrisa le cruzó el rostro, como si no pudiera evitarlo—. Ya puedes pasar —dijo finalmente.

Teo asintió y le dio las gracias.

Mientras avanzaba por el pasillo, el sonido de sus pasos resonó sobre el suelo pulido como un recordatorio de que no sabía exactamente en qué se estaba metiendo, pero sí sabía una cosa:

No era un cobarde y estaba a punto de demostrárselo.

Xenia lo había estado esperando.

Cuando vio su nombre en la agenda, una parte de ella no lo creyó; pensó que, como muchos hombres con discurso firme y mucho ego, Teo Dávila no se atrevería a cruzar esa línea con ella. Pero lo había hecho y había pedido cita.

Mientras esperaba, de pie en el centro de la mazmorra, repasó mentalmente todo lo que había pasado entre ambos.

El error de la primera vez, la tensión en la mirada de él, la arrogancia con la que había intentado imponerse en su terreno… Y, a pesar de todo eso, había logrado que algo dentro de ella se encendiera, porque Teo era diferente. Tenía ese tipo de autoridad firme y justo por eso despertaba su instinto de probarlo, de medirlo y de llevarlo al límite.

Para colmo, era inspector de policía.

Y ella, criminóloga titulada, tenía la ambición secreta de llegar algún día a lo mismo que él había conseguido.

Pero eso Teo no lo sabía, porque nunca le dio la oportunidad de contárselo dado que la había juzgado antes de conocerla.

Por eso, esta "doma", como le gustaba llamarla, iba a ser distinta.

Sería sincera, directa, pero no permitiría ni una burla.

La mazmorra estaba iluminada con luz cálida.

Xenia vestía de negro, como la última vez: top ajustado, pantalones que realzaban su figura y tacones altos que resonaban con un eco sutil sobre el suelo. Llevaba el pelo suelto, cayendo en hebras oscuras y lisas sobre sus hombros.

Cuando la puerta se abrió, Teo entró despacio, con esa calma que no engañaba a nadie. Su expresión era seria, pero sus ojos la buscaban con una mezcla de respeto, curiosidad y algo más primario.

Se detuvo frente a ella.

—Buenas tardes, Xenia —dijo con voz baja, ronca.

Ella alzó la mano con un gesto lento, seguro, y lo hizo callar.

Bastó el movimiento autoritario para decantar la balanza a su favor.

—Antes de nada, vamos a hacer las cosas bien, Teo —dijo con voz firme, aunque serena—. ¿Has venido a burlarte o a vacilarme?

Él negó enseguida, con la respiración algo más corta.

—No.

—¿Has venido a investigarme?

—Tampoco.

Xenia entrecerró los ojos, evaluándolo.

—Entonces, quiero que me digas claramente por qué has venido. Y que seas sincero, porque no pienso perder el tiempo otra vez.

Teo mantuvo la mirada, sin apartarse ni un milímetro.

—Porque he vuelto a pagar trescientos pavos para verte.

El comentario la tomó por sorpresa. Sus ojos plateados y felinos se entrecerraron, y durante un segundo la profesional cedió el lugar a la mujer.

Es un impertinente, pensó, aunque no pudo evitar que una sonrisa ladeada se dibujara en sus labios.

—¿Crees que eso es motivo suficiente? ¿Crees que soy cara, Teo?

—No tengo ni idea —respondió él con voz grave—. Pero seguro que lo vales.

Xenia suspiró, controlando la sonrisa que amenazaba con convertirse en risa. Dio un paso hacia él, despacio, para medir su reacción.

El aire entre ambos parecía cargado.

—Teo… ¿sabes lo que quieres?

—Solo quiero probar —respondió él, sincero y sin adornos.

—Probar —repitió ella, casi divertida—. Ya probaste un poco el otro día. ¿Por qué te excitaste conmigo? —se acercó un poco más, lo bastante como para notar el ligero temblor de su respiración.

Teo se sonrojó, pero no esquivó la pregunta.

—No lo sé. Estoy aquí para ver si puede volver a pasar.

—¿Quieres saber si puedes volver a sentirte así?

Él la miró con determinación. Sus ojos castaños brillaban con una mezcla de orgullo y deseo.

—Sí.

—¿Te gustó?

—Sí.

Esa respuesta, directa y sin máscaras, bastó.

Xenia lo miró con atención, percibiendo la honestidad que había en su voz. Estaba nervioso, pero también decidido, y eso la desarmó más de lo que esperaba.

—Muy bien —dijo al fin, con una media sonrisa, y su tono bajo y firme —Dio un paso atrás, lo justo para marcar distancia—. Empecemos.

El silencio se hizo más intenso, *in crescendo* como la tensión.

Y Teo supo, sin entender por qué, que acababa de cruzar una puerta que ya no podría volver a cerrar.

Xenia no necesitó más palabras.

Caminó alrededor de Teo, despacio, como si estuviera analizando su postura, su respiración y esa forma adorable en que tensaba la mandíbula cuando quería mantener la compostura.

Sus tacones resonaban en el suelo como un reloj que hacía pasar el tiempo lentamente.

—Quiero que te quites la chaqueta —dijo ella, sin mirar directamente.

La orden fue simple, pero en el cuerpo de Teo, algo se encendió.

Obedecer era algo que rara vez hacía sin cuestionar, sin embargo, esta vez, lo hizo. Se desabrochó la chaqueta y la dejó doblada cuidadosamente sobre la silla cercana.

No era una Dómina que necesitase que le dijesen sí a todo. Pero pronto pediría esa respuesta de Teo.

Xenia lo observó, mientras el reflejo cálido de la luz resbalaba por su mirada.

—Bien —Se acercó hasta colocarse frente a él sin tocarlo—. Quiero ver cómo respiras cuando no intentas controlar nada.

Ella levantó la mano, muy despacio, y apoyó la palma de la mano en su pecho musculoso y caliente que subía y bajaba.

Sonrió:

—Tranquilo, caballo. Te va el corazón a mil por hora. ¿Es porque estás asustado o es por qué estás excitado?

—Una mezcla de las dos cosas.

—Son las emociones que van de la mano cuando estás a punto de echar la puerta abajo de un mundo que no imaginabas que podía ser para ti.

Teo la escuchaba como si estuviera hipnotizado. Ese poder de persuasión y de elocuencia lo fascinaba.

Después, ella ascendió la mano hasta posar solo la yema de dos dedos bajo su dura mandíbula, obligándolo suavemente a levantar la cabeza.

Teo contuvo el aire, no por miedo, sino por la intensidad inesperada de ese contacto mínimo que lo atravesó como una corriente.

—Eso es —murmuró Xenia, bajando la voz hasta un registro íntimo y profundo—. No necesito fuerza para guiarte. Solo tu atención.

Y la tenía.

Toda.

—Día uno, Teo. Regla básica: *no luches contra lo que sientes.* —Se retiró un paso—. No quiero un hombre perfecto. Quiero un hombre que esté presente y que sea honesto.

Teo la siguió con la mirada, con su respiración algo más rápida y los hombros tensos por instinto. Era extraño estar así: desarmado, despierto, sostenido por algo que no era físico, sino… interno.

—Ven —dijo ella, indicando el centro de la sala.

Él caminó hasta allí.

Xenia se colocó detrás de él, y habló con su voz cerca de su oído, pero sin llegar a tocarlo.

—Quiero que confíes en mí durante los próximos minutos. No voy a hacerte daño. Y tú tampoco vas a tener que demostrar nada.

La palabra *confiar* se clavó en él porque no era algo que entregara tan fácilmente.

Sin embargo, se escuchó decir:

—De acuerdo.

Xenia sonrió sin que él la viera. Lo había escuchado pero lo más importante era que lo había sentido.

—Ahora —dijo ella mientras le indicaba con un gesto dónde colocarse—. Suelta los hombros. Eso es. No te defiendas. No estoy aquí para destruirte, para violentarte ni para pegarte. Estoy aquí para mostrarte algo.

Le corrigió la postura con mínimos toques: una mano en la espalda baja, otra en sus manos, guiándolo a bajar la tensión de sus dedos, como si soltar el control fuera un músculo nuevo que hubiera que aprender a usar.

Aquella cercanía para él era un hilo eléctrico que no se cortaba. Los dos lo sentían.

—Teo —dijo ella en tono bajo, casi susurrado—. ¿Has estado buscando información sobre la dominación? Supongo que a estas alturas ya sabes lo que soy, ¿no?

Él tragó saliva y asintió cuando ella entrelazó los dedos dulcemente con los de él.

—¿Recuerdas cómo te sentiste la última vez? —apoyó su barbilla entre los omoplatos. Qué bien olía ese hombre. Le encantaba—. Y tenía las manos frías porque estaba nervioso. A ella le gustaba ponerlo nervioso—. Dime, ¿qué te gustó? Que te hablase de manera imperativa, que te pellizcase los pezones… ¿qué fue lo que hizo que esto —sin cortarse un pelo coló dos dedos entre la cinturilla del pantalón, por delante, y él dio un brinco cuando los dedos rozaron parte de su vello púbico—, se alegrase tanto?

Él tragó saliva, dado que lo recordaba demasiado bien.

—Creo que me gustó todo.

Ella sonrió y unió su frente a su espalda. Retiró los dedos de la cinturilla del pantalón y le dijo:

—Quiero llevarte ahí de nuevo. Pero, esta vez… *sin miedo.*

Teo cerró los ojos un instante.

Y ahí estaba el cóctel de emociones otra vez, el latido acelerado de su corazón, el calor en la piel y la anticipación que no sabía si era nervios o deseo.

Xenia se acercó más hasta que él pudo sentir su respiración rozándole el cuello, provocándole de manera precisa y silenciosa.

—Dime si lo quieres, Teo. Porque si me dices que sí, no hay vuelta atrás.

—*Sí, Mistress.*

—Muy bien. Estás empezando a entender.

Teo abrió los ojos, sorprendido con el placer que le dio oír su aprobación.

Su mirada era diferente ahora, menos rígida, más vulnerable y viva.

Xenia la sostuvo con la suya, lenta y firme.

—Ahora sí… vamos a empezar de verdad.

Y el aire en la mazmorra se tensó como un hilo listo para vibrar.

—Quiero que te quites toda la ropa, Teo, menos los calzoncillos. Y deja las prendas bien dobladas sobre la silla.

Capítulo 8

Teo respiró hondo antes de obedecer.

Se deshizo de la camiseta y los pantalones con movimientos lentos y deliberados y, cuando quedó únicamente con los calzoncillos negros, el silencio de la sala se volvió más cálido.

El cuerpo de Teo era asombroso.

Amplio de hombros, espalda firme, abdomen marcado con líneas precisas y nada exagerado. En definitiva, un cuerpo trabajado con disciplina y sin vanidad.

Sus piernas, fuertes y tensas, sostenían todo su peso con una quietud que delataba un esfuerzo más interno que físico.

Pero lo que realmente lo hacía impactante era el contraste con un cuerpo que parecía hecho para la confrontación y esa expresión en los ojos que, ahora mismo, mostraba vulnerabilidad, expectativa y algo más primitivo: deseo.

Xenia lo observó sin prisa ni pudor, y fue ella, no él, quien tuvo que tragar saliva primero.

Sintió la boca caliente y un estremecimiento preciso le recorrió la columna, pero recuperó el control con una exhalación corta, como quien se recompone para seguir un papel.

Teo, por su parte, sentía algo que no había sentido en su vida: un desorden interno delicioso.

Su cuerpo estaba firme, pero su mente vibraba como si hubiera abierto una puerta desconocida que llevaba años cerrada.

Xenia caminó hacia él sosteniendo una fusta, mientras el cuero negro brillaba suave bajo la luz cálida de la sala.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó, con voz baja, perfectamente modulada.

—Sí. Una fusta.

—Buen chico. —Su tono tenía un matiz de aprobación, apenas perceptible—. ¿Sabes lo que voy a hacer con ella?

No lo tocó aún, solo usó la punta para inclinarle la barbilla hacia arriba, marcando dominio sin fuerza.

Después, deslizó el cuero lento por su pecho, recorriendo el músculo firme, el abdomen marcado, hasta hundirse justo en el hueco de su ombligo en un gesto mínimo, que hizo que Teo sintiera el calor ascenderle desde la piel hasta la garganta.

—No lo sé —dijo él, con la voz algo más grave.

Xenia arqueó una ceja, porque el cuerpo, su miembro se inflamó y se marcó detrás de la tela de los calzoncillos.

Ella lo vio y no apartó la mirada.

Madre mía, pensó.

Ahí había poder y deseo. Mucho deseo.

Teo sonrió entonces, apenas ladeando la boca, con ese punto de arrogancia que no terminaba de querer soltar.

—Se te van los ojos, Mistress.

Xenia alzó el rostro de golpe, como un felino que detecta juego y vacile y no necesitó más.

Con velocidad delicada y precisa, le sujetó un pezón entre los dedos y lo rodó, marcando la línea exacta entre placer y control.

Teo contuvo el aire y su espalda se arqueó. El temblor que recorrió su cuerpo no fue de dolor.

—No seas provocador —dijo ella, con una sonrisa lenta, disfrutando de cada sílaba—. Y respétame en la mazmorra, bebé.

La palabra *bebé* fue un golpe inesperado.

Intenso.

Íntimo.

Teo apretó los dientes, pero no apartó la mirada.

Y eso la hizo sonreír más.

—¿Sabes contar? —preguntó ella, sin soltar la fusta.

—Sí —respondió él, entre respiración contenida y fuego.

—Pues cuenta.

La primera caricia del cuero sobre su piel fue suave.

Casi un aviso.

Luego… ¡zas!

El primer golpe llegó con la precisión exacta: firme, controlado y dirigido no para herir, sino para despertar.

Teo exhaló.

—Uno.

¡Zas! Otro en el borde de la nalga, donde la piel es sensible.

—Dos.

¡Zas! Uno más, entre la cara interna del muslo, donde el calor es distinto.

—Tres.

De cuando en cuando, Xenia alternaba una caricia con el dorso de la fusta o con la yema de los dedos ofreciendo un contraste de estímulos para que la piel no supiera qué esperar. Y hacía efecto, porque su cuerpo respondía antes que su mente y eso era exactamente lo que Xenia quería.

Él respiraba más rápido y ella no se perdía detalle de sus reacciones.

En ningún momento lo degradaba.

No había humillación.

Solo poder compartido.

Entrega voluntaria.

Fuego contenido.

Xenia convertía la mazmorra en un santuario en el que los dos estaban aprendiendo algo del otro que aún no sabían cómo manejar.

Ella lo observaba desde la misma calma afilada con la que había empezado.

Teo estaba jadeando, con el pulso todavía acelerado, la piel marcada donde la fusta había trazado camino y las manos relajadas a los costados, como si su cuerpo hubiera aprendido a rendirse sin caer.

Pero ella todavía no pensaba recompensarlo.

Había venido a su mazmorra creyendo que podía medirse con ella —o peor, creyendo que podía *provocarla*—, pero Xenia no premiaba a quien aún no había entendido las reglas.

—Alza la cabeza —ordenó, suave pero firme.

Teo obedeció.

Otra vez.

Y el simple hecho de hacerlo prendió algo más en su pecho.

Xenia repitió el ejercicio sin suavidad añadida ni permitir descanso.

La fusta volvió a recorrerlo, marcando ritmo.

Y él, entre respiraciones desordenadas, volvió a contar.

Cada número era más ronco que el anterior.

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Cuando terminó, Teo estaba más duro que en toda su vida y no por lo físico,

sino por la rendición psíquica y emocional, que empezaba a abrirse dentro de él.

Xenia caminó hacia él despacio, dejando que sus tacones resonasen como un reloj marcando el final de algo. Entonces, se detuvo frente a él muy cerca y, sin prisa, sin drama, sin permiso… le cubrió toda la entrepierna con la mano. Tenía el pene durísimo y los testículos inflamados.

Teo tragó aire como si hubiera recibido un balazo en el pecho. Sus rodillas vacilaron, y sus ojos, esos ojos siempre controlados, se incendiaron.

Xenia lo miró desde su posición de poder, con deseo… y orgullo.

Podría haber sido dulce.

Podría haberle acariciado más.

Podría haber permitido que ese momento se volviera indulgente.

Pero no.

Esa primera vez no iba a ser así.

—Te has portado bien, Teo —reconoció, con su voz baja y deliciosa de escuchar. Le dio una caricia lenta, apenas un roce que prometía mucho más de lo que ofrecía, pero… entonces se apartó.

Como si todo hubiera sido un espejismo.

—Para ser la primera vez no está mal.

Teo parpadeó, incrédulo. Porque esperaba más.

—¿Ya está?

—Media hora —respondió ella, como quien anuncia un trámite concluido—. La cita exprés es eso.

Él se miró el bulto evidente en los calzoncillos y sonrió de lado, con humor negro.

—No me jodas que me vas a dejar así.

Xenia contuvo la risa, pero sus ojos enmarcados en sus largas y gatunas pestañas brillaron.

—No, no te jodo.

—Pero…

Ella ya estaba de espaldas, guardando la fusta en su lugar.

—Vístete.

—Pensaba que tú tenías que hacerme sentir bien —soltó él, medio reclamando y medio provocando.

Xenia se giró despacio, con una calma que estaba más afilada que cualquier golpe.

—Yo te haré sentir bien cuando realmente te lo merezcas.

Eso fue un dardo directo y él lo sintió de lleno.

—¿Esto es una venganza? —preguntó Teo, pero su tono era más curioso que ofendido.

Xenia sostuvo su mirada.

—Soy una mujer a la que no le gusta que la confundan con una prostituta, una *escort*… o una delincuente.

Teo entendió todo entonces, y no dijo nada más.

No había discusión posible ahí, porque la había cagado y esa era su penitencia.

Se vistió en silencio, con movimientos lentos, y ella lo observó solo un momento… sobre todo, los lugares donde la piel aún ardía.

Era hermoso y era capaz de aprender.

—Puedes ducharte aquí —dijo ella finalmente.

Teo negó, ajustándose la camiseta.

—No estoy sucio. Ni me siento sucio. Me ducharé en casa. Voy a tener que hacer algo con esto. —Se señaló la entrepierna sin vergüenza—. Y no voy a darte el lujo de verlo ni de oírlo en tu ducha, Dómina.

Xenia arqueó las cejas con diversión, en silencio.

Él caminó hacia la puerta.

—¿Vas a repetir? —preguntó ella, como quien pregunta el clima.

Teo se detuvo, giró la cabeza con todo su encanto, y sonrió con esa arrogancia deliciosa que a ella la sacaba de quicio.

—Seguro. Pero no sé si lo haré contigo.

Y salió.

Xenia se quedó quieta un segundo. Luego soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo.

—Tonto hermoso… —murmuró, apenas audible, porque no se lo tomaba en serio. Y sonrió, ya que le encantaba el juego.

Y el juego entre ellos acababa de empezar.

Teo estaba tumbado boca arriba en la cama, en la penumbra de su habitación.

La ventana estaba entreabierta y el aire nocturno entraba moviendo las cortinas con un vaivén lento.

Pero él sudaba, no por el calor, sino por lo que llevaba dentro.

No podía dormir. No podía cerrar los ojos sin que *ella* apareciera.

Su forma de caminar, su voz baja cuando daba instrucciones y la seguridad con la que se movía en aquel espacio que era suyo, eran demasiado.

La manera en que lo había mirado sin parpadear, como si pudiera verle pensamientos que él ni siquiera había ordenado todavía, lo tenía loco.

Había tenido sexo muchas veces, de todo tipo.

Relaciones cortas, intensas, otras cómodas, otras simplemente físicas… y siempre había sido él quien llevaba el ritmo, el que decidía hasta dónde se llegaba, el que marcaba el paso y el que mantenía el control.

Pero lo de hoy… no tenía nada que ver con eso.

Se pasó una mano por la frente, intentando ordenar algo que no quería ser ordenado.

Recordó cuando ella lo había hecho quedarse solo en calzoncillos, allí, expuesto, bajo su mirada y no sintió nada de humillación.

Fue algo muy distinto.

Algo que no tenía nombre claro, pero que se sentía… limpio y correcto, como quitarse una capa de piel cansada. Como dejar de agarrar algo que llevaba sosteniendo demasiado tiempo.

Y luego los azotes habían ido intencionadamente directos a lugares conectados directamente con sus nervios más profundos.

Contar no había sido obedecer sin pensar, había sido *estar presente* en su cuerpo.

Algo que, de repente, se dio cuenta de que hacía años que no sentía.

Y los pellizcos…

Dios.

No eran agresivos.

No buscaban dañarlo.

Había sido como si ella pulsara un interruptor interno que él no sabía que tenía. Era un recordatorio físico de que la fuerza no siempre está en tensar los músculos, sino en permitir sentir.

Se dio cuenta —con cierta incomodidad y cierta fascinación— de que había disfrutado, no la parte de dolor, sino la parte de rendirse.

Y era liberador saber que no tenía que demostrar nada, que podía quedarse quieto, simplemente *estar*, y aun así mantener toda su dignidad intacta.

Eso era lo que lo tenía así, lo que le estaba rompiendo los esquemas.

Él era masculino.

Muy masculino.

Había crecido entendiendo el control como un requisito.

Ser el que sostiene la estructura.

El que no se quiebra.

El que dirige.

Y, sin embargo, Xenia había sostenido algo por él sin arrebatarle nada, guiándolo sin aplastarlo y llevándolo a ceder… sin dejarlo pequeño.

Se pasó la mano por la nuca y respiró hondo durante unos segundos, para dejar de luchar contra lo que sentía.

No era que le gustara "la dominación" en general.

No era un nuevo fetiche ni una fantasía transferible a cualquier mujer.

Era Xenia.

Solo ella podía tener y ser tantas cosas.

Su forma de mirar como si viera por dentro, su manera de no temer su fuerza.

Su orgullo.

Su risa apenas contenida cuando él intentaba provocarla.

El respeto con el que manejaba el poder.

Era ella la que lo encendía.

La que lo confundía.

La que lo sacaba de su centro y, al mismo tiempo, le mostraba uno nuevo.

No se había enamorado nunca porque nunca había tenido motivos para hacerlo. Pero ahora… algo se había removido, como un desplazamiento pequeño, imperceptible desde fuera, pero definitivo dentro de él.

Algo territorial y leal.

Y lo sabía por cómo lo inquietaba pensar en que ella pudiera hacer lo mismo con otro.

No quería que otra mujer lo dominara.

Ni siquiera lo imaginaba, porque no tenía sentido ni tendría la misma fuerza.

Es decir, no sería *verdad*.

Era ella.

Solo ella.

Y mientras el silencio llenaba la habitación, Teo se dio cuenta de algo más: que, ante esas emociones, no estaba asustado. Al contrario, estaba expectante.

Había algo ahí que quería seguir explorando, que no sabía hacia dónde lo llevaría ni tampoco qué implicaría, pero sabía que ya no podía volver atrás.

Cerró los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, no intentó controlar lo que sentía.

Solo lo dejó estar.

Y eso, para él, fue más íntimo que cualquier orgasmo.

Sin embargo, esa misma noche, necesitaba descargar de nuevo. No sabía cuántas veces se había corrido ya después de salir del Femistocrazy y encerrarse en su casa para reflexionar.

Pero mientras se agarraba el miembro y se masajeaba arriba y abajo con la fuerza y la intensidad que necesitaba, decidió que se correría una vez más antes de dormirse.

Y lo haría, de nuevo, pensando en ella.

Capítulo 9

La mañana entraba por la cristalera del salón de la casa de Xenia con una luz clara. Su casa estaba silenciosa y las sesiones en el Femistocrazy no empezaban hasta la tarde.

Xenia estaba sentada frente a su iMac y la pantalla blanca se reflejaba en sus ojos plateados, mientras repasaba la agenda digital.

El cursor parpadeaba cerca de una lista de citas ordenadas, nombres conocidos y pacientes habituales.

Pero no había ni rastro de Teo.

Repasó la agenda una y otra vez, como si hacerlo pudiera cambiar la realidad.

¿Por qué no ha agendado?

La pregunta no estaba teñida de inseguridad, porque no era una mujer que dudara de su valor, pero sí de sus elecciones.

Se había preguntado si había sido demasiado dura.

O, tal vez, demasiado estricta.

Demasiado… ¿orgullosa?

La sesión con Teo había sido la primera donde él no había intentado imponerse y donde ella había podido guiar, contener y corregir.

Y aun así… había mantenido el nivel alto.

No se había permitido suavizarse, no había cedido espacio porque no podía, dado que, si lo hacía demasiado pronto, él podría confundir lo que ella ofrecía con lo que no ofrecía.

No soy una fantasía, pensó, haciendo girar el Apple Pencil entre los dedos.

Soy una estructura. Un espacio y un reflejo.

Ella ofrecía cosas que muchos hombres no sabían pedir: aceptación de su vulnerabilidad.

Un lugar donde soltar el peso del mundo y una experiencia donde el control no era una carga. No ofrecía amor ni un romance

burdo e inútil, ni tampoco ofrecía pertenencia.

Nunca lo había hecho.

Pero con Teo… el pensamiento la tomó con la guardia baja.

Había querido besarlo, maldito fuera.

Aunque fuera un segundo o apenas rozarle la boca.

Y ella no besaba nunca durante las sesiones, porque eso cruzaba una línea que no debía cruzarse.

Las Dóminas profesionales podían hacerlo dependiendo del acuerdo, sí, pero Xenia no trabajaba desde la fantasía erótica pura.

Ella trabajaba desde lo psicológico, lo emocional y desde lo más puro y esencial: El alma.

Y besar… era demasiado humano y real. Y también, muy peligroso.

Se inclinó hacia atrás en la silla y golpeó suavemente el borde de la mesa elevable con las uñas, con ese repiqueteo rítmico que hacía cuando intentaba no pensar demasiado.

¿Volverá?, se preguntó envuelta en la expectativa y el deseo.

No el deseo carnal —aunque ese estaba, claro— sino el otro: el de ver qué más podía desplegar él y descubrir si el valor que había mostrado en la mazmorra era real o solo un impulso momentáneo.

Porque Teo había llegado con su orgullo y una verdad que debía admitir y descubrir sobre sí mismo.

Con la torpeza honesta de las primeras veces y una masculinidad que no tenía miedo de ponerse en duda.

Y eso era extraño. Raro y demasiado atractivo.

Y además… tenía una cara que se la comería a besos.

Xenia dejó escapar una risa silenciosa, como quien reconoce un pensamiento que no debería haber dicho en voz alta.

Volvió a mirar la pantalla, a la línea vacía donde su nombre podría aparecer en cualquier momento.

No sabía cuándo volvería, pero sabía algo: si era el hombre que había sido ayer, volvería.

Y si no volvía… entonces, no era su hombre.

Xenia cerró la agenda, se levantó e hizo crujir el cuello con un suave movimiento.

Y sus labios, sin querer, dibujaron una sonrisa lánguida.

—A ver si tienes valor, inspector —murmuró.

Aunque había amanecido soleado, la tarde se había nublado y estaba gris. Era una de esas que parece suspendida entre la humedad del asfalto y el murmullo constante de la ciudad. Teo estaba sentado en la cafetería pequeña frente a la entrada de la Universidad del Mar, en El Quijote, con una taza de café frío entre las manos. Desde donde estaba, podía ver el ir y venir de estudiantes cargando mochilas, hablando y riendo, ajenos a cualquier cosa que no fuera su propio mundo.

Pero él estaba ahí para mirar lo que otros no miraban.

Había pasado horas revisando el móvil de Lorenzo, esperando que entrase ese pago de PayPal, la señal que conectaría al chico con el reclutador. Nada. Ni un céntimo, ni un mensaje sospechoso. O el tipo sabía cubrir sus huellas, o aún no había movido ficha.

Ambas posibilidades lo irritaban.

Mientras observaba, dejó que sus pensamientos se deslizaran hacia algo más amplio. La facilidad con la que esos chicos aceptaban «trabajos» que no querían nombrar. La forma en que decían *solo reparto tarjetas*, sin pensar en las consecuencias, sin medir lo que estaban facilitando realmente.

Dinero fácil, pero cero responsabilidades.

Cero reflexiones.

Y ahí estaba la grieta. No sabía si aquello nacía de una educación mal dada, de una ausencia total de límites en casa, o simplemente de una carencia de escrúpulos. Pero veía repetirse ese patrón demasiado.

A él lo habían criado para responsabilizarse de sus actos.

Su madre era amorosa, pero severa y justa.

Su padre era confidente, tranquilo, pero firme.

La justicia no era un concepto abstracto en su casa: era una forma de sostener el mundo y mantener un orden.

Por eso Teo eligió su trabajo. No porque fuera fácil, sino porque creía en él.

El pinganillo vibró en su oído.

—A las nueve —dijo su compañero Camacho—. Hostia… qué discreción. El Porsche azul que se acerca lentamente. Se está parando a las puertas.

Teo dejó la taza y no respondió enseguida. Solo miró.

—Bien —dijo finalmente—. Coge la matrícula por si acaso.

El Porsche se detuvo justo frente al acceso principal.

Su carrocería estaba limpia e impecable, y tenía los cristales tintados, más de lo permitido.

La puerta del conductor se abrió y bajó un chico —de menos de treinta años, puede que tuviera unos veinticinco— con sudadera ancha, cadenas brillando al sol, zapatillas nuevas y ese estilo rapero de quien quiere parecer peligroso, pero aún tiene la mirada turbia de la vida fácil, de quien no ha visto nada duro de verdad.

Era de tez blanca, y rubio. No era El Mulato.

Pero eso no lo hacía menos útil.

Se apoyó en la puerta del coche, mirando hacia la entrada del edificio como si esperara alguna señal.

Y la señal llegó cuando los chicos empezaron a salir de la universidad.

Dos estudiantes salieron juntos, con mochilas a la espalda y manteniendo una conversación ligera y distendida entre ellos.

Lo reconocieron al instante y se acercaron a él con cotidianeidad.

Teo lo vio todo desde detrás de su taza, como si estuviera frente a una coreografía muchas veces ejecutada.

El chico del Porsche abrió el maletero y sonrió mientras sacaba dos cajas intactas de Nintendo DS, para entregárselas como quien entrega camisetas promocionales.

Ellos se rieron y le dieron palmadas en el hombro, cerrando un acuerdo sin palabras. A continuación, los dos estudiantes se fueron

con toda tranquilidad, como si no acabaran de recibir droga en un envoltorio demasiado inocente.

El pinganillo volvió a sonar.

—¿Qué hacemos, jefe?

Teo levantó el móvil y empezó a hacer fotos con el zoom.

El Porsche.

La matrícula.

Las caras.

Los modelos de mochila.

Los gestos.

—Tú te encargas de la matrícula y de seguir al coche —dijo él sin alzar la voz. Entonces se levantó, guardando el móvil en la chaqueta—. Yo me encargo de los dos chicos y sus Nintendos—. Hizo una pausa breve, apenas una exhalación cargada de certeza—. Porque estoy seguro de que no son Nintendos.

Y echó a andar.

No apuró el paso; caminó pegado a las sombras de los edificios observando cada movimiento de los chicos como si fuese un observador clínico. La ciudad facilitaba ocultarse: fachadas, columnas, grupos de estudiantes que cortaban la línea de visión. Todo era cuestión de paciencia y *timing*.

Los chicos se separaron en cuanto doblaron la esquina de la facultad, confiados en su invisibilidad. Uno guardó la «Nintendo» en la mochila con despreocupación; el otro se perdió entre la gente que se dirigía al metro. Teo aceleró el paso con discreción, sin hacer ruido, deslizándose entre las sombras. No necesitó correr para alcanzar al que había elegido: lo siguió hasta una portería lateral, que era una entrada secundaria con menos tránsito, donde el ruido de la calle quedaba amortiguado.

Cuando el muchacho se detuvo a mirar el móvil, Teo salió de su escondite y se plantó frente a él sin darle tiempo a reaccionar.

Solo tuvo que mirarlo de modo firme y profesional, para que el joven supiera que estaba atrapado y que algo no iba bien. Lo empujó con suavidad hacia dentro de la portería, cerrando la distancia y aprovechando la pared como respaldo para que no pudiera escapar.

—No te muevas —dijo Teo, con voz baja y sin estridencias, mostrando la placa con el gesto justo para que el chico la viera. El efecto fue inmediato: el color del rostro del joven perdió intensidad y los ojos oscuros se le abrieron de par en par—. Dame la Nintendo —ordenó sin levantar la voz.

El chico intentó apartarse, nervioso, tenía la boca seca y negaba con la cabeza.

—No, no —farfulló—. Déjame ir.

Pero no había opción. Con movimientos rápidos y medidos, Teo le quitó la mochila y sacó la consola. Abrió la caja, la palpó, la movió, y al deslizar el plástico protector notó un paquete grande camuflado entre las instrucciones. Sacó el envoltorio y lo estudió: un polvo de tono rosado que no dejaba dudas.

El chico se quedó sin respiración.

—¿Qué mierda es esto?

—Es… sal del Himalaya en dosis pequeñas.

—Mis cojones. No te hagas el listo conmigo, chaval —le advirtió —. ¿Cómo te llamas?

—Jano.

—Dame tu DNI.

Jano lo sacó de su cartera con manos temblorosas y se lo dio. Teo hizo una foto por delante y por detrás al DNI y se lo devolvió.

—Ya estás fichado.

—No… no puede ser. —Intentó retroceder, buscando una salida que no existía.

Teo le enseñó la placa otra vez, más cerca, y la mirada del muchacho se quebró.

—Te he dicho que te estés quietecito.

—Por favor, tío, no le digas nada a mis padres —suplicó con voz rota—. Si no lo vendo, se lo tengo que devolver al camello. Me dijo que, si no lo hago, me corta las pelotas.

Aquella confesión, dicha con el miedo en la garganta, dejó a Teo helado un segundo. No era solo un *dealer* juvenil; era una pieza de una cadena que podía hacer daño real. Abrió uno de los cientos de paquetitos que había en la caja con una precisión profesional y comprobó que no era sal: polvo rosa, cristalino en parte, con la

textura que encajaba en lo que ya se conocía como Tussi. No era heroína ni cocaína; era una composición sintética con riesgos claros.

—¿Dónde pensabas repartir esto? —preguntó Teo, sin levantar la voz, apuntando con la pregunta a todo lo que podía prevenir.

El chico tragó saliva y entre temblores, rompió a hablar con la rapidez del pánico.

—En fiestas privadas… discotecas… donde la peña va a pillar. En casas de gente con pasta, en eventos. Me dijeron que la gente lo compra fácil.

Teo clavó la mirada.

—¿«Todos» consumen? No lo creo.

El joven negó con la cabeza, temblando.

—No todos, tío, no todos… pero sí en esos sitios.

—¿Cómo se llama el camello del Porsche que te acaba de pasar esto? —insistió Teo, con tono inflexible.

El chico balbuceó un nombre que sonó casi orgulloso al pronunciarlo:

—Se hace llamar Estif. No sé más, de verdad.

—¿Solo Estif?

—Te lo juro, tío. No sé nada más. Por favor… no le digas nada a mis padres. Por favor.

Teo respiró hondo, midiendo cada palabra. Sabía que la amenaza y el miedo podían hacer hablar o bloquear a cualquiera. Esta vez combinó presión con oferta: la única manera de que los padres no se enteraran y de evitar una imputación inmediata por posesión y tráfico, si había colaboración veraz, era que el chico le diera información útil y permaneciera disponible para la investigación.

—Escucha —dijo Teo, sin crueldad—. Estás en medio de una investigación. No puedes contarle a nadie que te he interceptado y que me he llevado tu «Nintendo». Si colaboras y me das toda la información útil, tus padres no tendrán por qué enterarse y yo puedo intentar que esto quede en manos de servicios sociales en lugar de una denuncia por venta. Si no cooperas, me llevaré esto como prueba y tus problemas serán mayores. ¿Entendido?

El joven, con las pupilas negras dilatadas, tragó y asintió con brusquedad. No tuvo fuerza para otra cosa.

Teo metió el paquete de Tussi en una bolsa de prueba, cerró la caja de la consola y la requisó sin más. No era momento de procedimiento completo *in situ;* tenía que llevar aquello al equipo y a la comisaría.

—¿Cuándo se supone que tienes que darle el dinero de toda esta droga vendida?

—En… en d-dos semanas —tartamudeó—. Vendrá el mismo día de la semana, a la misma hora.

—¿Os recoge las ganancias allí? —*Menudo torpe gilipollas,* pensó.

—Sí. Se lo tenemos que dar todo en la misma caja de la consola.

—Joder… Dame tu móvil.

Jano se lo dio, sin creerse su mala suerte y el miedo a las consecuencias que todo aquello podría traer.

—Es nuevo…

—Seguro que con todo lo que has ganado delinquiendo y vendiendo droga, podrás comprarte otro. Este lo vamos a monitorizar nosotros y vamos a hacer un duplicado. Uno de mis compañeros te esperará mañana en la universidad y te devolverá el tuyo. Ahora… actúa normal y tranquilo. No te va a pasar nada y estaremos con un ojo puesto encima de ti hasta que todo esto se solucione.

Con la misma firmeza con la que había detenido al chico, lo dejó apoyado contra la pared de la portería, temblando, sin saber dónde meterse.

—No digas nada —repitió Teo por última vez—. Quédate quieto y espera mañana a la misma hora en la puerta de la universidad. Ahora no te muevas de aquí hasta que yo no me haya ido.

El muchacho jadeó un sí que sonó a plegaria.

Teo se dio la vuelta y, sin mirarlo de nuevo, se perdió entre la gente, con la falsa consola en la mano y la certeza de que estaban más cerca del camello, pero no del Mulato.

El chico se quedó allí, pálido, respirando con movimientos cortos, y se frotó la cara incrédulamente, mientras la ciudad seguía su ritmo inconsciente.

Como si nada hubiese pasado.

Capítulo 10

Teo estuvo un rato inclinado sobre la mesa forense, rodeado de carpetas, impresiones de fotos y frente a su portátil. En la pantalla, la imagen nítida de la matrícula que Camacho había sacado en Montjuïc ocupaba el centro de la pantalla; al lado, el reconocimiento automático había devuelto un nombre: Arturo Piero.

No Estif. Arturo Piero. El palurdo se habría puesto un nombre de pila falso.

Mandó a Camacho que cotejara el DNI y el permiso de circulación; en cuestión de minutos la ficha básica llegó: vehículo a nombre de Arturo Piero, dirección fiscal en un polígono logístico en las afueras de la ciudad. Ninguna detención anterior; ningún antecedente relevante. No estaba fichado.

Eso no significaba nada bueno. Teo cerró el portátil con un gesto seco y empezó a tejer los hilos que podían convertir un nombre en una investigación sólida. Si el titular no tenía antecedentes, habría que buscar vínculos, estructuras y modos de operar.

—Arturo Piero —murmuró—. ¿Algo más de él en bases públicas?

Camacho repasó bases de datos, mientras Teo abría una carpeta donde había ido metiendo los datos recabados: la foto de la entrega, la caja de la consola con la bolsa enorme llena de dosis individuales de Tussi incautada, la declaración del chico de la universidad y las coordenadas de la zona donde el Porsche se había detenido.

—No figura en nuestro fichero por delitos, jefe —dijo Camacho —. Pero su apellido aparece en registros mercantiles: una cadena de panaderías con varias franquicias por la provincia. No sé si es familiar o socio.

Teo asintió. Una cadena de panaderías ofrecía rutas logísticas, vehículos de reparto, un negocio con flujo de dinero en efectivo… y, sobre todo, cobertura perfecta para traslados nocturnos o paquetes que pasaban desapercibidos entre sacos de harina y cajas de bollería. Podía ser pura coincidencia, pero en la sala de pruebas ya tenía suficiente para preparar una línea de trabajo.

—Abrimos una línea de averiguación patrimonial y mercantil —ordenó Teo con voz medida—. Que revisen las sociedades vinculadas a la denominación comercial, movimientos bancarios anómalos, y los contratos de flota. Si hay camiones o furgonetas que aparecen fuera de horario, que lo apunten. Quiero, además, verificar horarios de reparto y cámaras de tráfico alrededor de las panaderías —Apuntó con el bolígrafo: solicitar control de cámaras municipales, acceder a lecturas de matrículas en entradas y salidas del polígono, y pedir la relación de empleados con acceso a vehículos de la empresa—. Manda la analítica del paquete a laboratorio y pide priorizar —continuó—. Que confirmen composición y pureza del polvo, y que lo documenten con informe pericial de las denuncias de las víctimas. Necesitamos la identificación inequívoca de Tussi o sus análogos para relacionarlo con narcóticos sintéticos.

Se giró hacia Ribes, que estaba tras él esperando instrucciones junto a la impresora.

—Ribes, rastrea pagos en PayPal vinculados al número del móvil que llevamos de Lorenzo y de Jona. Si hay movimientos ascendentes hacia alguien que pueda ser el contacto del Porsche, lo quiero en mi bandeja esta tarde. Y quiero activos en las panaderías ahora mismo, haciendo vigilancia. Que organicen los turnos.

—Sí, jefe —dijo el oficial poniendo a trabajar a todo el equipo con esas directrices.

Teo guardó silencio un instante y repasó mentalmente la lista de pruebas: declaración de Jona, bolsa incautada, matrícula, fotografía, cadena de custodia y contactos en la UOC/Del Mar. Todo debía consolidarse para solicitar diligencias al juez.

—Preparad petición al juez para autorización de registros límite y pinchazos si hay base —dijo, mirando a todos—. No vamos a entrar a lo loco; necesitamos los elementos mínimos para el auto. Si

Arturo Piero aparece vinculado a sociedades pantalla o a logística de reparto que concuerde con nuestras cámaras, lo pediremos.

Camacho añadió que ya habían localizado la dirección fiscal en el polígono y que la compañía consignaba entregas hasta horas avanzadas de la noche. Teo apretó la mandíbula.

—Perfecto. Montad vigilancia discreta en la panadería de la calle Garbí y en el polígono. Hacemos turnos rotativos, reconocimiento de empleados y control de matrículas. Si detectáis salida de vehículos fuera de ruta, me llamáis en caliente.

Antes de cerrar la reunión improvisada, Teo escribió en su libreta: Arturo Piero —cadena panaderías —posible tapadera logística. Priorizar: bancos, cámaras, flota, PayPal, prueba laboratorio. Firmó sabiendo que la paciencia y el método son armas tan poderosas como la rapidez.

Miró su reloj de muñeca y suspiró profundamente.

Se levantó, recogió la bolsa con la prueba que habían sellado y la tapó con una hoja de la carpeta. No había triunfalismo. Solo la sensación precisa de que, por primera vez en la operación, tenían un nombre con el que trabajar.

—Tenemos un hilo —dijo Teo—. Ahora hay que tirar de él sin que se rompa.

Y salió de la sala con la rutina de quien va a convertir indicios en caso.

Teo apretó los puños un instante, leyendo de nuevo las notas en su libreta como quien repasa un mapa antes de internarse en terreno desconocido.

Tenía un nombre —Arturo Piero— y ahora intuía el hilo que podía llevarle al Mulato, pero sabía también que un salto directo sería imprudente: El Mulato no era un novato y se ocultaba tras capas de intermediarios y empresas pantalla.

Mandó un mensaje breve y seco al grupo: Montaje vigilancia en Garbí y polígono desde las 18:00. Prioridad: identificación de flota y control matrículas. Camacho/Ribes en contacto permanente. Ribes, PayPal y banca; Camacho, cámaras municipales. Yo coordino y veo al juez si hace falta.

Entró en su despacho, guardó la carpeta con la prueba junto al teclado, se apoyó un segundo en la mesa. Por hoy ya había sido suficiente.

Ahora, con eso avanzando, podría centrarse en un objetivo que no tenía que ver con el trabajo, sino con su vida personal.

Algo que necesitaba hacer para dejar las cosas claras a la mujer que le tenía la mente y los sueños comidos.

Femistocrazy

Xenia no llevaba una larga lista de sumisos, nunca le había interesado eso. La dominación había sido, al principio, otro medio más para sostener su vida mientras estudiaba, una manera de asegurarse independencia sin tener que pedir nada a nadie, pero jamás la pensó como un negocio masivo.

No necesitaba cantidad. Le bastaban aquellos pocos que realmente querían trabajar lo que ella podía ofrecer: verdad, control, estructura y un espacio donde sentirse vistos sin tener que actuar.

Los hombres que habían pasado por sus manos le habían pagado bien, no porque ella lo exigiera con arrogancia, sino porque lo consideraban justo. Lo pagaban porque sabían que el cambio que obtenían no tenía precio, y porque ella, con la misma calma con la que medía una orden o un silencio, sabía que lo valía.

No era una Dómina que atendiera citas en cadena. No ofrecía espectáculo. Ella estudiaba a las personas. Necesitaba tiempo para observar, para entender qué buscaban realmente detrás de una palabra como sumisión o detrás de una petición de control. Era un trabajo lento, preciso. Y, por eso, solo tomaba unos pocos.

Sin embargo, esa tarde se había visto haciendo algo que no solía permitirse: reorganizando su agenda, moviendo sesiones, dejando huecos abiertos sin dar explicaciones, pensando solo en que

Teo podía regresar en cualquier momento, quizá enviar un mensaje, reservar por la web, aparecer… a saber.

Se sorprendió aceptando esa posibilidad con una mezcla extraña de expectativa y calma contenida, como si su cuerpo se hubiera adelantado a alguna idea que la mente aún no formulaba del todo.

Pero la sorpresa se convirtió en un golpe seco cuando, al revisar el calendario compartido entre las Dóminas del Femistocrazy, vio su nombre.

Teo Dávila – sesión reservada con Luci.

Xenia se quedó de piedra y volvió a leer esa confirmación unas diez veces.

¿Qué?

No hubo estallido emocional inmediato. Solo un silencio muy claro, como una habitación donde se apagan todas las luces de golpe.

Después, llegó la punzada de dolor.

Se quedó mirando la pantalla durante un largo instante, sin mover un músculo, dejando que la información se asentara en su cuerpo con lentitud.

Había asumido, quizá sin querer admitirlo, que entre ellos había empezado algo distinto. Algo que no era simplemente profesional y que no podía reproducirse con cualquiera.

Pero él se había ido con otra.

Con Luci.

Sin avisar.

Sin hablarlo.

Como si cualquier Dómina pudiera ocupar el mismo lugar que ella.

Sintió el orgullo tensarse, no de forma dramática, sino como una cuerda que se estira justo antes de romper. No eran solo celos, era decepción, esa inequívoca sensación de haber sido reemplazada antes siquiera de haber sido elegida.

Pensó: *Así que esto es lo que significa para ti, Teo… Cómo me he equivocado.*

Se levantó de la silla despacio, consciente de cada paso.

Cerró la sesión del ordenador, y cerró la puerta de su oficina del local, porque todas las Dóminas, además de mazmorra, tenían una pequeña oficina desde la que poder organizar su trabajo.

Se recogió el cabello en una vuelta rápida con los dedos y, después, lo pensó mejor y lo dejó caer de nuevo. No necesitaba maquillarse, ni cambiarse, ni prepararse para representar nada. Su enojo era suficiente.

Caminó por el pasillo que llevaba a las salas de sesión. La música del Femistocrazy seguía sonando suave, con esa música ambiental que parecía suspender el tiempo. La luz cálida iluminaba el suelo y sus pasos marcaban un ritmo firme, constante.

No iba a llorar, aunque tenía ganas.

No iba a pedir explicaciones suplicantes ni iba a mostrarse herida.

Solo iba a verlo en persona. Teo estaba allí con otra «maestra», así que iba a mirarlo de frente.

A dejarle claro, con pocas palabras, lo que aquello significaba.

Cuando Xenia llegó a la mazmorra de Luci, encontró la puerta entreabierta y la luz cálida encendida. Dentro, la francesa estaba guardando utensilios en sus estanterías con paciencia, después de una sesión larga: manoplas, cuerdas, un par de collares, la fusta aún húmeda del desinfectante… todo se ubicaba en el lugar correcto. Llevaba el pelo rubio, rizado y corto a la altura de los hombros y su acento francés flotaba siempre en el aire como si jugara con él.

—¿Qué *hases* aquí, *cherie?* —preguntó Luci sin sorpresa, solo con interés, como si hubiera estado esperando algo así.

Xenia apoyó el hombro en el marco de la puerta. Pasó los dedos por su flequillo, como para recolocarse por dentro.

—Pensaba que tenías a un *sum* contigo.

Luci resopló y guardó una cadena en un cajón.

—Yo también lo pensaba. Pero el gallina no se ha presentado —dijo encogiéndose de hombros. Luego la miró de arriba abajo—. ¿Y tú? ¿Hoy no tienes a nadie? Eso sí que es raro.

Era cierto. Desde que trabajaba allí, Xenia siempre tenía agenda. No por oferta masiva, sino porque quienes la elegían volvían. Luci lo sabía.

—No. Esperaba una cita agendada… pero tampoco ha venido.

Luci ladeó la cabeza, sonriendo como quien huele una historia jugosa.

—Oh… —canturreó—. ¿Y eso te molesta?

—¿A mí? No.

La francesa dejó escapar una pequeña carcajada seca.

—¿Cómo que no, *cherie?* Yo te conozco. Estás defraudada. ¿Es un nuevo sumiso el que te tiene así?

Xenia no tenía ganas de juegos, ni de rodeos. Cruzó los brazos.

—De hecho, era el que ibas a tener tú.

Luci parpadeó dos veces. Luego su cara se deformó en una expresión de absoluto desconcierto teatral.

—¿¡Cómo!? ¿Que era tuyo y te ha cambiado? —puso los brazos en jarra—. Eso sí que no tiene ningún sentido. A ti no te cambia nadie. Si saben lo que necesitan, te *adogan*. Con esa carita que tienes…

Xenia la miró con una sonrisa que no subió a los ojos.

—¿Te divierte, francesa?

Luci se echó a reír abiertamente.

—Claro que me divierte. Debes estar *plus* cabreada.

—Por supuesto.

Luci cerró una estantería y se apoyó contra ella, observándola con calma.

—¿Y a qué venías? ¿A provocarlo? ¿A preguntarle por qué te ha cambiado? Nunca has sido posesiva.

—No lo soy.

La francesa arqueó una ceja rubia, muy despacio.

—Una Dómina que viene a la mazmorra de otra sin ser invitada, siempre es porque siente que le han pisado territorio. Vienes a marcarlo, *cherie.*

Xenia apretó la mandíbula un instante, como si meditara esa idea.

—En realidad no sé a qué he venido.

Luci se cruzó de brazos, pero ya su voz era más suave.

—Has venido a incomodarlo. Y te entiendo. Es Teo, ¿verdad? Vi su ficha. *Mon Dieu,* es un bombón —le guiñó un ojo con ligereza.

Xenia rodó los ojos.

—Sí. Es guapo. El cretino —Pero no solo era eso. Era un misterio magnético para ella.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

Xenia exhaló despacio, como quien suelta algo que le pesaba en la boca del estómago.

—Nada. Él ha movido ficha y no voy a entrar al trapo. Soy una Dómina en mi mazmorra, no fuera. No voy a pedir explicaciones. Ni a sermonear a nadie. No es tan importante.

—Oh, seguro que no… —dijo Luci con suavidad, sin ocultar que no lo creía ni un poco.

Xenia lo sabía también. Mentirse era más fácil que admitir que algo se había removido por dentro.

—Adiós, francesita.

—Adiós, reina —Luci la despidió entretenida.

Xenia no dijo nada más. Dio media vuelta y salió por el pasillo. Caminaba recta, sin prisa, pero con algo tensándose bajo la piel. Sentía el enfado como un calor firme, pero también con una punzada silenciosa que precede a algo que importa más de lo que debería.

Ese día decidió irse temprano.

La mazmorra quedó atrás mientras ella bajaba las escaleras con el corazón tenso y la mente en silencio.

Y no estaba lista para reconocer que, por primera vez en mucho tiempo, alguien la había tocado donde más dolía: donde, tal vez, el corazón empieza a anhelar algo a lo que no sabe poner nombre todavía.

Capítulo 11

Teo sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Había reservado con Luci a propósito, no porque quisiera una sesión con ella, ni porque pensara repetir la experiencia que había tenido con Xenia de forma mecánica. Lo había hecho porque quería ver si Xenia lo quería solo como sumiso en su mazmorra o si lo quería a él, con todo lo complicado que venía detrás.

Fue una jugada arriesgada, pero él no era un hombre que se quedara en la superficie.

Y conocía a Xenia lo suficiente —aunque apenas empezaban— como para saber que ella no iba a decirle si le importaba. Ella no iba a mostrarse vulnerable ni iba a pedir nada.

La única forma de saber si ella quería algo más, era empujando un poco y provocándola de frente.

Se imaginaba la cara de ella al ver la reserva con Luci, con ese modo en que apretaba la mandíbula sin mover un músculo y esa mirada de acero que parecía capaz de despellejar a cualquiera sin subir el tono.

Guapísima siempre.

Pero cuando estaba enfadada… era otra cosa.

Una pantera que lo fascinaba.

Había aparcado su Range Rover negro en la calle de al lado, donde había un parking privado para los clientes habituales del local. Se había quedado dentro del coche, reclinado, con un brazo apoyado en el volante, sin prisa alguna. Teo era paciente por necesidad y por oficio. Podía pasarse horas en vigilancia sin mover un músculo, pero la ansiedad lo hizo salir y apoyarse en el capó.

Esperar a Xenia era casi un descanso comparado con sus vigilancias.

La noche se había enfriado un poco, y un viento suave movía los árboles de la calle, pero la ciudad mantenía su zumbido eléctrico

constante. Teo permaneció con los ojos fijos en la puerta del Femistocrazy, sin necesidad de disimular.

Y entonces, ella salió.

Xenia empujó la puerta con calma, como si no hubiera prisa en el mundo. Llevaba el bolso tipo *tote* colgado del hombro, y dentro buscaba sus llaves con un movimiento pausado y elegante. El pelo largo y liso se le deslizaba por la espalda, brillante bajo la luz de la calle. Su caminar tenía una seguridad tranquila, sin necesidad de hacer ruido para ser percibida.

Teo se la bebió con la mirada sin disimulo y esperó, deliberadamente, a que ella levantara la cabeza.

Cuando lo vio, fue como un golpe silencioso en el pecho. No hubo parpadeo de sorpresa. Solo una detención mínima del paso, levantó levemente el mentón, y esos ojos grises brillaron como metal recién afilado.

Había rabia en ellos, además de orgullo herido y Teo tenía en eso una respuesta.

La atmósfera se tensó como si la calle hubiera reducido su ruido a la mitad solo para escuchar cómo los dos se miraban.

Teo sintió algo ardiente subirle desde el pecho hasta la garganta, como una mezcla de satisfacción, expectación y ese fuego que Xenia le provocaba sin tocarlo.

Era un contraste de frío en la piel y calor en el estómago.

Una divergencia que solo ella conseguía provocarle.

Y lo supo.

Ella estaba tratando de parecer indiferente mediante su control.

Pero sus ojos… sus ojos plateados hablaban de venganza y de muchas ganas de hacer algo muy malo.

A Teo se le curvó un poco la comisura de los labios, sin burla, más bien reconocimiento.

Ah, pensó. *Así que sí te ha importado.*

Xenia estaba decidida a pasar de largo. Ni una palabra. Ni una mirada más de la necesaria. Ese hombre no merecía su atención, no después de lo que había hecho.

Pero Teo se movió antes de que ella pudiera rodearlo. Dio dos pasos hacia delante y le cortó el paso, con las manos detrás de la espalda, firme, y con el cuerpo en tensión contenida.

—Has dejado a tu Dómina tirada —dijo Xenia sin elevar la voz, pero con una frialdad cortante. Ni un «hola» antes—. Luci no está contenta. ¿Qué haces? Déjame pasar.

Teo negó con la cabeza sin arrogancia.

—No me voy a apartar.

—Aparta.

—Solo quería asegurarme.

Xenia levantó la cabeza despacio. Fue un gesto mínimo, pero su mirada tenía el poder de dejar a cualquiera clavado donde estaba.

—¿Asegurarte de qué?

—De que te importa si voy con otra Dómina que no seas tú —respondió él, sin retroceder—. Y de que a mí también me importa si, además de conmigo, vas a estar jugando con otros —se encogió de hombros siendo completamente franco.

Los ojos grises de Xenia cambiaron. La luz de la farola los volvió plata líquida, pero el cabreo los convirtió en algo más vivo y afilado, como mercurio en ebullición.

—¿Has elegido una doma con Luci solo para ver cómo iba a reaccionar yo? —Su voz sonó contenida, pero cada palabra llevaba filo—. ¿A ti qué te pasa? ¿Eres tonto?

—No soy tonto —contestó Teo, sin ofenderse—. Esto es nuevo para mí.

—No puedes hacer lo que has hecho —lo corrigió ella, y esta vez había daño detrás de la firmeza—. Me has insultado.

Teo negó lentamente.

—No te he insultado. Pero… lamento haberte hecho enfadar.

—No estoy enfadada —dijo ella.

—Pues lo pareces —respondió él, más suave y sin sarcasmo—. Xenia… —Se acercó un poco más sin invadir el espacio, para que la tensión se hiciera audible—. Lo que quiero es pedirte exclusividad.

La respiración de Xenia cambió apenas un segundo, lo justo para delatar que esa frase sí la había alcanzado.

Él no apartó la mirada.

—Tienes una manera muy torpe de demostrarlo —dijo ella, recuperando el aire.

—Solo quería asegurarme de que tú también lo querías.

Xenia tragó saliva y se le marcó la línea del cuello.

Ella siempre se concentraba en un solo sumiso cuando trabajaba con él. Siempre había sido así. Pero Teo no lo sabía. Nunca hablaron de eso. Y nunca había tenido interés íntimo o personal en ninguno de los que habían pasado por su mazmorra.

Hasta ahora. Y eso la descolocaba.

La abría en canal, exponiendo partes de sí misma que aún no había iluminado.

Entonces él retiró las manos que tenía escondidas tras su espalda y Xenia vio lo que llevaba.

Eran tres rosas. Una roja, una negra y otra violeta.

Teo las sostuvo sin dramatismos, como si fuera lo más natural del mundo ofrecer flores después de incendiar una casa.

—No sabía si me iba a funcionar la estrategia — admitió —así que he traído esto para disculparme después.

Xenia vio los colores. Durante un segundo, la comisura de sus labios estuvo a punto de curvarse.

—Son los colores del BDSM —dijo Teo, como si estuviera explicando un código secreto.

—Lo sé —respondió ella, con una media sonrisa, ahora sí—. Pero cuando me conozcas mejor sabrás que no me importan ni los colores ni los símbolos. Eso no define nada. Lo que me gusta es el rol, lo que ocurre entre las personas.

Teo le sostuvo la mirada sin parpadear.

—Entonces me gustaría conocerte más, Xenia.

Ella aceptó las rosas. Las acercó a su nariz para olerlas despacio. Y en ese gesto, tan simple y sin defensa, había algo que a

Teo se le clavó directamente en el pecho.

Era hermosa siempre, pero así… así tenía el poder de desarmar a cualquiera sin siquiera pretenderlo.

—¿Hasta qué punto estás comprometido con saber lo que te gusta y con entregarte, Teo? —preguntó ella, sin levantar la voz.

—No quiero entregarme por entregarme —contestó él—. Quiero hacerlo en las mejores manos. Con alguien con quien sienta conexión.

Xenia bajó las rosas. Le sostuvo la mirada y él no apartó los ojos.

—Así que… ¿quieres conocerme y quieres entregarte a mí de verdad?

—Sí —respondió él sin titubear—. Pero quiero que sea un juego en el que aprendamos los dos. Yo no voy a buscar a ninguna otra Dómina, pero me gustaría que, mientras hiciéramos las domas, tú fueras solo la mía.

Hubo un silencio pequeño que para nada fue incómodo.

Ella lo recorrió de arriba abajo con la mirada, sin evaluarlo ni juzgarlo, solo para ubicarse ella y disfrutar de su presencia y su planta.

—Te dejo que me invites a cenar, Teo.

Él sonrió.

—Ya tengo una mesa reservada.

Xenia entreabrió los labios, sorprendida, porque ese hombre no dejaba cabos sueltos y a ella le gustaba mucho eso.

—Entonces, vamos —dijo ella, relajando los hombros—. Tengo hambre.

Teo asintió y empezó a caminar con ella.

No delante ni detrás. A su lado.

Juntos se alejaron calle abajo hacia un restaurante cercano, sin hablar, pero compartiendo un ritmo nuevo y lleno de tensión y seducción.

Xenia caminaba despacio, sin prisa, con las rosas sujetas con ligereza, como si fueran un detalle casual y no un símbolo. Teo iba a su lado, un paso más cerca de lo que sería prudente, sin llegar a tocarla, pero dejándole muy claro que quería hacerlo.

Teo abrió la puerta del restaurante, uno de esos sitios de luz tenue, madera oscura y velas pequeñas. No era ostentoso, pero tenía gusto y mucha intención. Y eso Xenia lo vio al instante, porque descubrió que a Teo no le interesaba impresionarla; le interesaba estar con ella.

La camarera los condujo a una mesa al fondo, junto a una pared repleta de botellas de vino y plantas colgantes.

Teo pidió una copa de vino blanco para ella sin preguntar y eso la desconcertó un poco, porque acertó.

Xenia dejó las rosas en la mesa, apoyadas con delicadeza, y se quitó la chaqueta, acomodándola en el respaldo de la silla. Su pecho subió y bajó con un suspiro largo, lento, dejando ir la tensión acumulada del día.

Teo la observaba con calma, pero había fuego detrás de sus ojos marrones.

Un fuego que él no ocultaba, porque no lo podía controlar.

—Así que querías asegurarte… —dijo ella al fin, sin mirarlo, mientras giraba la copa por el tallo—… Y estabas seguro de tener éxito, por lo visto —observó el restaurante con curiosidad.

Teo apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos y sostuvo su mirada cuando ella por fin levantó la cabeza.

—Sí —respondió con un tono bajo, firme, sin adornos—. Quería saber si lo que sentí contigo en la mazmorra era… de los dos.

Xenia inclinó apenas la cabeza, felina.

—¿Y ahora lo sabes?

—Puede.

—¿Cómo lo sabes? ¿Porque estoy aquí?

Teo respiró despacio, como si la respuesta no cupiera en una frase.

—Sé que cuando ayer me echaste… no quería irme. No quería dejar de verte, y no sabía cómo decirlo sin cagarla o parecer desesperado.

Ella se mordió la mejilla por dentro para no sonreír. Con él siempre sentía que debía guardar la compostura al mismo tiempo que se la desordenaba.

—Te metiste con otra Dómina para medirme el pulso —dijo, sin suavizar nada—. Eres un impertinente.

Teo no se excusó.

—Y ahora sabes que te importa.

Xenia bebió un sorbo de vino con lentitud, mirándolo desde el borde del cristal.

—Me importa —admitió ella con sinceridad—. Pero no sé qué hacemos con eso.

Teo apoyó la espalda en el asiento, sin apartar los ojos de ella porque no le iba a exigir nada, solo quería la verdad.

—No te estoy pidiendo nada —dijo él—. Solo quiero conocerte de verdad. No a la Dómina. No a la terapeuta. Ni tampoco a la fantasía. Solo a ti.

Xenia sintió algo moverse dentro de ella, como una vibración lenta y profunda que no era fuego ni deseo.

Y lo identificó como reconocimiento.

—Te aviso de algo, Teo —respondió ella, sujetando las rosas con los dedos—. Si vamos a jugar a conocernos de verdad, vas a ver partes de mí que no enseño en el Femistocrazy. Vas a ver cosas buenas y, seguramente, otras no tanto.

Teo sonrió sin chulería.

—Es justo lo que quiero. Pero, como te he dicho, quiero que me dediques tiempo exclusivo mientras estemos en las domas.

Ella no desvió la mirada y, por primera vez, desde que lo conoció, no sintió que estaba dominando la situación ni que la estaba perdiendo.

Sintió que estaban los dos de pie en el mismo punto.

Y eso, por alguna razón que no supo nombrar, le aceleró el corazón.

Capítulo 12

Xenia lo miraba, apoyando el codo en la mesa y la barbilla sobre los dedos, analizando cada gesto de Teo, pero también analizándose a sí misma.

¿Cómo había llegado allí? Ella, que siempre mantenía límites tan claros, tan precisos. Ella, que nunca había dado un paso fuera del Femistocrazy con nadie.

Y ahora estaba cenando con Teo. No con un sumiso.

Y eso lo cambiaba todo.

—Quiero que me tomes en serio —añadió Teo decidido.

—Yo nunca quedo con hombres a los que trato en el Femistocrazy —dijo finalmente, con una honestidad tranquila, casi desarmante—. Eso es tomarte muy en serio.

Teo levantó la cabeza como si esas palabras hubieran golpeado algo dentro de él. Su pecho se ensanchó y podía haber sonreído de orgullo, pero no lo hizo. Se quedó su sorpresa y su satisfacción para sí mismo.

—Me gusta mucho oír eso —respondió en voz baja, sin arrogancia—. Porque significa que sí soy algo especial para ti.

Xenia soltó una risa suave y negadora, la típica que sale cuando algo acierta más de la cuenta.

—Relájate, toro… —le dio un toque ligero con la mirada—. No te vengas arriba.

Pero ya había visto ese destello en él.

Esa seguridad juguetona que hacía que afirmase las cosas sin ser pedante ni presionar.

—¿Es porque no mezclas trabajo con placer? —preguntó él.

—Exacto. Soy una profesional —dijo con un gesto casi teatral.

Teo levantó su copa, mirándola como si pudiera leerla entera.

—¿Pero eres igual también en tu vida más íntima?

No era una provocación. Era una exploración.

Y ella lo supo.

—Soy dominante, Teo. Me encanta serlo. Me resulta divertido, natural y honesto. Me gusta entender a los hombres, saber de dónde nace su deseo, sus pulsiones, sus contradicciones… qué parte buscan rendir y cuál proteger. La dominación, para mí, no es controlar. Es observar, reconocer y sostener lo que el otro no sabe sostener aún —sus ojos brillaron, de esa forma precisa y felina—. Eso dice mucho de quién soy y, por ahora, estoy satisfecha con ello. He integrado todas mis luces y sombras.

Teo la escuchaba como quien escucha una verdad que llevaba tiempo buscando sin saberlo.

Y eso lo tenía absolutamente fascinado.

—Has dicho «por ahora» —señaló él—. ¿Tienes pensado no dedicarte a esto siempre?

Xenia negó con la cabeza, tranquila.

—Tengo planeado no trabajar aquí toda la vida. Aunque siempre seré dominatrix en mi intimidad —y bajó la voz deliberadamente—. Eso no se me va a quitar nunca.

Teo tragó saliva sin poder disimular la reacción.

Ella disfrutó poniéndolo nervioso.

—¿Y a qué te gustaría dedicarte más adelante? —preguntó él, volviendo a su copa para disimular cómo se le había acelerado la sangre.

—Me presento este año a la oposición de inspectora de Policía.

Teo casi escupe el vino. Literalmente.

—¿Inspectora?

—Me licencié en Criminología —dijo ella como quien comenta la previsión del tiempo.

Él parpadeó dos veces, sorprendido.

—Por eso sabías el argot sobre el Tussi y los nombres de los perfiles… —admitió, masajeándose la nuca como quien se recuerda que a veces juzga demasiado rápido—. Debí parecerte un cazurro la primera vez.

Xenia se echó a reír y sus ojos centellaron.

—No me lo pareciste. —Pausa— Lo eres.

Teo asintió, divertido.

—Me lo merezco —dijo aceptándolo sin dolor ni ego—. Así que criminóloga… —Su mirada cambió. Como si la estuviera viendo de nuevo, pero mejor—. ¿Quieres quitarme el trabajo? —bromeó.

—No sería difícil —se recostó en la silla, segura, sin esfuerzo—. No eres muy bueno.

Él soltó una carcajada, cálida.

Se sentía bien con ella.

Se sentía él mismo.

—¿Cómo acabaste en criminología y en el BDSM? —preguntó con verdadera curiosidad.

Xenia apoyó la copa en la mesa.

—Por los perfiles psicológicos. Me apasiona observar cómo la sumisión nace, casi siempre, de la necesidad de ser aceptado y de ser visto sin máscaras. Y cómo la dominación nace de la capacidad de sostener al otro sin absorberlo. La mazmorra es un laboratorio emocional, Teo. No hay mentira posible allí. Un cuerpo no puede fingir.

Teo se quedó callado y profundamente sobrecogido.

—¿Haces perfiles a tus sumisos?

—Siempre. Así sé dónde tocarlos… y dónde no.

—¿Me has hecho uno a mí?

Ella no dijo nada, pero sonrió, y ese silencio fue una respuesta perfecta.

El camarero llegó entonces con las cartas.

Un menú cuidado, elegante, mediterráneo:

- Tataki de salmón con sésamo
- Carpaccio de ternera con parmesano en lascas
- Verduras a la brasa con aceite de romero
- Corazones de alcachofa con crema ligera de trufa
- Pulpo templado con pimentón dulce
- Lubina al horno con limón y finas hierbas

Todo bajo en carbohidratos, limpio y delicioso.

Xenia dejó la carta sin mirarla mucho y lo miró a él, desafiándolo divertida.

—Pide tú por los dos —dijo—. Quiero ver si vuelves a acertar.

Teo sostuvo su mirada y contestó:

—Hecho —entonces pidió—: Carpaccio para compartir, pulpo templado, lubina para los dos, sin guarnición pesada y otra copa de vino blanco para cada uno.

El camarero se fue y Xenia levantó una ceja.

—Has acertado —admitió ella, mordiéndose el labio apenas.

Teo inclinó la cabeza, suave:

—No es difícil, Xenia. Solo hay que observarte.

Y Xenia sintió algo diferente a lo que había sentido alguna vez: la estaba viendo de verdad.

El carpaccio llegó primero, fino como la seda, con el parmesano cayendo en lascas translúcidas.

Xenia lo partió con delicadeza, pero era Teo quien observaba cómo movía la muñeca al cortar, como si todo en ella fuera precisión consciente.

—¿Tienes más hermanos? —preguntó él, rompiendo la ligera quietud.

—No —respondió ella—. Solo Toni.

Asintió.

—Se nota que os queréis.

Xenia sonrió de una manera que no era poderosa, ni desafiante. Era suave y familiar.

—Toni me cuida. Siempre lo ha hecho. Y yo a él. Aunque no lo parezca, somos parecidos. Tenemos ese «o todo o nada».

Teo se quedó pensando unos segundos.

—Eso explica mucho —dijo.

Xenia levantó una ceja.

—¿El qué?

—Que tú solo entras en algo cuando vas hasta el final. Y si no es así, prefieres no entrar.

A ella no le disgustó la conclusión.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Familia?

Teo se apoyó en el respaldo. No se escondió.

—Mi padre es militar retirado. Mi madre ha sido profesora de primaria toda la vida. Mi casa era… ordenada.

Lo dijo con una sonrisa ladeada que contenía todo lo que no estaba diciendo.

—¿Ordenada o rígida? —preguntó ella, llevándose una aceituna a la boca.

Teo soltó una risa suave.

—Rígida —admitió—. Pero justa y llena de amor.

Xenia apoyó el mentón en el dorso de la mano.

—Eso también explica cosas.

—¿Mi necesidad de control? —dijo él.

—Tu necesidad de demostrar que no necesitas ayuda y que todo lo puedes hacer solo —rectificó ella, mirándolo como si hubiera abierto una ventana dentro de él.

Él no miró hacia otro lado.

—Tú también te proteges —dijo él.

Ella no negó ni huyó.

—Claro —dijo simplemente.

El pulpo llegó tierno y suculento, y ambos comieron en un silencio cómodo durante un instante, disfrutando de la compañía y de las texturas y sabores de la comida.

—¿Tienes películas favoritas? —Teo cambió la tonalidad más ligera, pero no superficial.

—*Solo los amantes sobreviven* —respondió ella, sin pensarlo.

Teo la miró, sorprendido por la elección.

—Languidez hermosa y existencial. Vampiros que no muerden, pero se miran. Es una película elegante.

Xenia rio por la descripción.

—Exacto.

—La mía —dijo Teo— es «Drive». Ryan Gosling. Silencios, intensidad, algo de violencia justa. Pocas palabras.

Xenia ladeó la cabeza.

—Te pega. Eres así.

—¿Así cómo?

—Hablas poco, pero cuando hablas… duele o cura. No hay punto medio contigo.

—Eso… es exactamente lo que me pasa contigo.

Xenia bajó la vista por primera vez. La estaba abrumando y le gustaba.

La lubina llegó y compartieron plato sin pactarlo, moviendo los trozos en el mismo plato, como si llevaran años cenando juntos.

Luego vino el postre.

Solo uno.

Para compartir también.

Una tarta fina de chocolate negro con sal marina.

Xenia partió un pedazo con la punta del tenedor. Mientras Teo esperaba para saber cómo comía algo dulce.

Ella lo probó, se detuvo a sentir el sabor y cerró los ojos un instante.

—*Buf…* qué rico.

Teo sintió la respiración cambiarle en el pecho.

—Te gusta el chocolate amargo —dijo él, como quien descubre una puerta secreta.

—Me gusta lo que tiene capas —respondió ella, abriendo los ojos.

El silencio dio paso a una vulnerabilidad compartida.

Teo dejó el tenedor porque prefería verla comer que comer.

Se quedaron así.

Frente a frente.

Sin máscaras.

—No sé qué va a ser esto —dijo Teo, sin bajar la mirada.

—Yo tampoco —respondió Xenia.

—Pero quiero saberlo contigo.

Ella tragó saliva, dejando atrás la máscara de su personaje.

—Entonces no corras —dijo—. No me presiones ni me pongas a prueba otra vez.

Teo asintió despacio.

—No lo haré.

Xenia sostuvo su mirada durante varios segundos largos y densos.

Y por primera vez desde que se conocieron… ya no había rol. Tampoco dominación o territorio.

Solo dos personas atrayéndose la una a la otra, con cautela, con hambre que no saciaba la cena y con sinceridad

Con verdad.

Después del postre siguieron hablando, y la conversación tomó esa fluidez que solo aparece cuando dos personas se sienten en el mismo ritmo. No hacía falta buscar temas, no hacía falta pensar qué decir. Era natural.

Xenia hablaba con las manos, con los ojos y el cuerpo entero. Era una mujer que, cuando se encendía, iluminaba la mesa como si el restaurante entero girara alrededor de ella.

Teo la veía y se emocionaba. La escuchaba de verdad, no para responder, sino para comprender a esa mujer, y ahí estaba la diferencia de otros hombres.

—Oye, ¿cómo va la investigación? —preguntó ella, inclinándose hacia él.

Teo apoyó la copa de vino, que aún no había acabado, en la mesa y relajó los hombros.

Ya no estaba en modo inspector.

—Hemos llegado hasta un nombre. Uno de los que distribuye la Tussi en campus universitarios para reclutar vendedores nocturnos. —Suspiró, con ese cansancio tan propio de quien lleva demasiado tiempo persiguiendo sombras—. Está vinculado a una cadena de panaderías pequeñas, MásPan. El tipo se llama Arturo Piero. Pero no tenemos rastro todavía de El Mulato.

Xenia frunció el ceño, como si hiciera memoria.

—No es un nombre que me suene —dijo con sinceridad—. Pero seguro que con eso se puede tirar.

Teo asintió. Y eso, para él, valía más que cualquier halago.

Cuando llegó la hora de pagar, Teo lo hizo con la misma naturalidad con la que respiraba. No hubo lucha de orgullo ni teatralidad. Lo hizo adelantándose con un gesto decidido y bien hecho, y después de eso salieron juntos al exterior.

El aire nocturno era templado, con olor a ciudad húmeda recién apagada.

Cruzaron la calle con las manos rozándose y entraron en el parking privado del Femistocrazy.

Xenia buscó dentro de su bolso.

Una vez.

Otra.

Otra más.

—Mierda —murmuró, y su expresión lo dijo todo—. Las llaves del coche están en mi taquilla y no puedo acceder a ellas porque el local está cerrado ahora.

Eran las doce de la noche. Teo se apoyó en el lateral de su Range Rover, con una sonrisa que a ella a veces le desconcertaba.

—Te llevo. Te acerco a tu casa si quieres.

Xenia levantó la mirada hacia él y hubo una aceptación tranquila.

—De acuerdo.

Teo abrió la puerta del copiloto antes de que ella pudiera acercarse.

No era cortesía exagerada, era parte de su instinto natural porque siempre había sido un caballero.

Xenia subió al coche.

El interior olía a cuero y a él: a esa colonia tenue, masculina y muy contenida.

Teo rodeó el frontal del coche y se sentó al volante.

Encendió el motor sin decir nada y la miró fijamente. Igual estaba esperando un acercamiento o un beso, pero al ver que eso no llegaba y que Xenia era la que llevaba el ritmo, no insistió.

Xenia se acomodó, apoyó la cabeza en el respaldo y bajó un poco la ventanilla. El aire de la noche entró con suavidad, moviendo su cabello.

Durante un instante, ninguno habló.

Teo puso las manos en el volante.

—Guíeme, señorita —pidió.

Xenia dibujó una sonrisa y empezó a indicarle por dónde tenía que ir.

Giró hacia la salida del parking.

Y comenzaron a avanzar, juntos, por la ciudad iluminada.

Sin prisa.

Sin defensa.

Ella y él, juntos en un coche en marcha.

Capítulo 13

El trayecto en el Range Rover fue tranquilo, pero estaba cargado de una electricidad dúctil que se movía por debajo de la piel.

Teo conducía con la mirada al frente, pero todo en él, desde la tensión en los hombros hasta la forma en la que apoyaba la mano en la palanca de cambios, revelaba un deseo intenso, vivo, pero también contenido.

No era el deseo brusco de alguien que quiere tomarse las cosas por impulso. Era el deseo paciente de quien sabe esperar el momento exacto.

Xenia viajaba con una soltura relajada, su cuerpo recogido en el asiento, la cabeza ligeramente apoyada en el reposacabezas, mirando de vez en cuando por la ventana, y otras veces hacia él. Ella también lo sentía: esa línea invisible que se tensaba entre ellos, que no necesitaba caricias para encenderlos. Era simplemente estar cerca, respirar el mismo aire y existir en el mismo espacio.

Teo se moría por colocar su mano sobre su muslo, por sentir la piel bajo sus dedos, por inclinarse hacia ella y besarle la boca con la urgencia de todo lo que había estado conteniendo desde que la vio salir del Femistocrazy.

Pero no lo hizo. En todos los encuentros, ella había tenido el control. Y sabía que, si cruzaba el límite sin permiso, rompería algo que apenas estaban empezando a construir.

Cuando llegaron a la dirección, Xenia señaló una entrada discreta, rodeada de un jardín cuidado. Era una buena casa, con mucha personalidad, no muy grande, pero construida en dos plantas y con una elegancia sin estridencias; justo como ella.

Teo aparcó y absorbió todo lo que veía: la casa hablaba de Xenia sin pronunciar una sola palabra.

—Tu casa es muy bonita —dijo él finalmente.

—Gracias —respondió ella, recogiendo su bolso—. La de mi hermano está justo al lado —añadió señalando hacia la pared contigua.

—¿Vivís uno al lado del otro?

—Sí. A veces lo estrangularía…

—Pero lo quieres mucho.

—Sí —reconoció—, lo quiero mucho.

Teo sonrió, con esa sonrisa que llega lenta y se queda un rato.

—Y Darren es tu mejor amigo. Solo eso.

Xenia levantó la vista, segura y nítida.

—Sí. Solo eso. Él tiene a su propia Dómina y está enamorado de ella.

—¿Y ella de él?

Ella chasqueó con la lengua, dejando entrever un «no lo tiene claro».

—Tiene que trabajárselo más.

—¿Y nunca ha querido que tú…?

Ella lo interrumpió con una mueca de repentina incomodidad, casi cómica.

—Ni lo menciones. No quiero ni imaginarlo. Absolutamente no.

Teo soltó una carcajada. No de burla, sino de alivio en estado puro. Podía aceptar la amistad sin tensión, porque lo único que necesitaba era claridad y, al menos, ella se la estaba dando.

—¿Eres celoso, Teo? —preguntó entonces, arqueando una ceja castaña oscura con esa precisión con la que sabía hacerle un perfil a alguien solo con una pregunta.

—Los celos me parecen poco saludables —respondió él con honestidad y ahorrando discursos.

Xenia cruzó los brazos suavemente, y lo miró con una claridad limpia.

—Los celos destructivos son un veneno —dijo—. Pero los celos sanos… son un recordatorio de que algo te importa. De que estás vivo en lo que sientes. No se trata de poseer, se trata de valorar, cuidar y desear bien.

Teo quedó en silencio un momento, reconociendo la verdad en esa afirmación.

—Entonces, para que quede claro. Podemos vernos y conocernos en la mazmorra y fuera de ella —dijo sin rodeos, porque había aprendido que con ella no servían los intentos tibios.

Y a Xenia le encantó eso. Le encantaba su manera de exponerse sin miedo al ridículo, sin miedo a estar vulnerable. No era un hombre que se protegiera detrás de su ego, porque Teo hablaba desde lo que sentía, sin pedir permiso.

—Para que quede claro: sí, Teo —dijo ella, sonriendo de un modo que no estaba calculado.

Xenia salió del coche y él también, para acompañarla hasta la puerta.

—No te voy a invitar a entrar, porque hoy… no es lo que toca.

Teo asintió, sin frustración, solo aceptándolo.

—Sé que lo haces por mi pequeña afrenta al elegir a Luci —dijo, medio en broma, medio en verdad.

Xenia giró el rostro y lo miró con evidencia.

—Eso también —dijo, abriendo la puerta de su casa, dispuesta a despedirse.

Pero entonces Teo, con una suavidad absoluta, sin imponer ni apretar, le tomó la muñeca y la atrajo hacia él alejándola un poco del interior de su casa.

—Solo para que quede claro… —murmuró él.

Y entonces, sin invadirla, con una delicadeza peligrosa, la tomó de la mejilla con la mano, su pulgar rozó la línea de su mandíbula y como si pidiera permiso sin palabras, aceptando que ella no se apartaba, la besó.

El beso no fue precipitado, pero tampoco calculado.

Fue como si ambos hubieran estado conteniéndose desde hacía días y, de pronto, el cuerpo decidiera moverse solo y hacer caso a sus instintos reprimidos.

Teo inclinó el rostro y encontró la boca de Xenia con una precisión instintiva. Sus labios se encajaron en los de ella como si

hubieran estado esperando ese momento desde el primer cruce de miradas en el Femistocrazy. Fue un beso firme, decidido, lleno de una seguridad nueva que no necesitaba explicarse.

Xenia sintió cómo la mano que él tenía en su mejilla se deslizó hacia su cuello, acercándola y envolviéndola.

Ella se quedó suspendida un instante en esa sorpresa, en ese «ah, así besa este hombre», y entonces sintió la calidez de su boca, la lengua apenas rozando la suya, la respiración profunda de Teo cuando algo en él se encendió y, por primera vez, Xenia no dirigió ni analizó nada.

Solo quería responderle.

Se dejó llevar hacia él para que Teo sintiera el cuerpo de ella acercarse por voluntad propia.

Y ahí fue cuando él perdió el aliento entre su olor a piel limpia y a algo floral, y a su boca cálida y llena de vida, con esa manera de besar que reclamaba y ofrecía al mismo tiempo.

Teo la abrazó por la cintura, con una delicadeza inconsciente, como quien sostiene algo valioso que tiene miedo de romper.

Xenia sintió cómo su pecho tocaba el suyo. Sintió la tensión de su espalda, la fuerza contenida y el deseo sin disfraz. Y se sorprendió de lo mucho que le gustaba que él la abrazara así: con hambre, sí, pero también con cuidado. Cómo si él ya supiera que ella no se toma, se recibe.

Cuando el beso terminó, ninguno de los dos se movió durante un segundo.

Ambos respiraban agitados, como si hubieran corrido por la montaña.

Teo apoyó su frente contra la de ella, sosteniendo su cintura y su mejilla, mirando su boca entreabierta como si quisiera volver a besarla otra vez.

—Solo era por si acaso —murmuró él, con la voz baja y ronca.

Xenia lo miró con los ojos medio entornados, todavía rozando su respiración y sintiendo su pulso acelerado.

—¿Por si acaso qué? —preguntó, con una voz más suave de la que esperaba.

Teo sonrió despacio con autenticidad.

—Para mí esto es salir —dijo, sin apartarse—. Estamos saliendo, Xenia.

Ella parpadeó, sorprendida no por la frase, sino por la claridad y por la forma arrolladora que tenía de decir que él no jugaba a medias.

—Estás a prueba, guapo —respondió ella, provocándolo con una sonrisa que iba a caballo entre el desafío y la invitación.

Él sonrió, y algo en su mirada se volvió muy íntimo.

—Me vale —contestó con una dulzura inesperada.

Se inclinó, suave y rápido, y le dio un beso pequeño en la nariz. Un gesto que a Xenia la desarmó más de lo que hubiera querido admitir.

Después se alejó con pasos tranquilos, sin mirar atrás.

Subió a su coche.

Encendió el motor.

Y se fue.

Xenia se quedó en la entrada de su casa, con las llaves en la mano, mirando el rastro de luces rojas del Range Rover alejarse.

Se tocó los labios y sintió el suave latido en ellos.

Fue entonces cuando la risa le nació sola, de un modo incrédulo.

Mariposas, pensó.

Hacía años que no sentía eso.

Y algo más profundo:

El impulso de querer jugar con él en serio.

De llevarlo más lejos.

De mostrarle quién era ella sin límites.

Y sin miedo.

Él aún no sabía lo que había pedido, pero ella lo iba a liberar.

Al día siguiente

Xenia había amanecido con una ligereza extraña, una mezcla entre ilusión y desconcierto. No sabía si llamarlo relación o juego, pero lo cierto era que Teo se estaba colando peligrosamente en su vida. Había reorganizado su agenda, dejando solo las domas psicológicas, aquellas en las que no se producía contacto físico, donde se limitaba a observar, analizar y guiar.

Era su terreno más intelectual, y además, la excusa perfecta para tener tiempo libre… tiempo que inevitablemente estaba llenando con el pensamiento constante de él.

Las domas reales, las intensas, las que implicaban piel, control y deseo, solo serían para Teo. Lo había decidido casi sin darse cuenta, como si su cuerpo y su mente hubieran firmado un pacto silencioso.

Aquella mañana, mientras se vestía con unos pantalones de pinzas color crema y una blusa ligera color lavanda, pensaba en la ironía de todo aquello: parecía que estaba saliendo con su sumiso, pero en realidad salía con un hombre que, poco a poco, estaba equilibrando el poder entre ellos.

Y ese equilibrio la fascinaba.

Pidió un taxi y se dirigió hacia el Tunecar, el imperio familiar que Toni dirigía con su característico control y su habilidad natural para los negocios.

A ella le gustaba aquel lugar: el sonido metálico lejano de los motores, el olor a café recién hecho en la cafetería privada del complejo, y el ambiente de camaradería que se respiraba allí. Cuando entró, los vio de inmediato. Toni y Darren estaban sentados en la barra americana, desayunando como cada mañana con su típica complicidad masculina.

—Hola, peluchito —saludó Darren con una sonrisa amplia, mientras Toni levantaba la vista de su taza de café.

Ella se acercó con su andar ligero y elegante, dejó un beso en la mejilla de cada uno y se sentó sobre la barra, balanceando las piernas.

—Buenos días, mis dos machos alfa favoritos.

Toni arqueó una ceja con picardía.

—Hermanita, ayer vi un Range Rover negro aparcado frente a tu casa sobre las doce y media de la noche —dijo sin rodeos, mientras se servía más café—. Uno muy concreto y con matrícula que reconozco.

Xenia sonrió de lado, sin molestarse en disimular.

—Viste bien.

—¿Hay algo entre el inspector y tú? —preguntó con falsa inocencia, aunque en sus ojos oscuros brillaba la curiosidad.

Ella se encogió de hombros, cogió una *cookie* del frasco de cristal y rompió un pedacito con los dientes.

—No pienso contestar eso.

Darren soltó un bufido divertido.

—Madre mía…

—¿Madre mía qué? —replicó ella con la boca llena, arqueando una ceja.

—Ese brillo en la mirada, nena… —le señaló con el dedo, sonriendo de oreja a oreja.

Ella estiró la pierna y trató de darle una patada, pero él esquivó el golpe entre carcajadas.

—Ah, muy bien, mi mejor amiga se está enganchando al tipo que montó una redada en nuestro club y que casi me confunde con un traficante abusador. Todo perfecto, todo redondo —dijo teatralmente, llevándose la mano al pecho.

—No seas melodramático, Darren.

Toni, divertido, apoyó los codos sobre la barra.

—¿Ya sabe que en un futuro vas a ser su jefa? Porque me parece de lo más poético.

—Lo sabe —contestó con orgullo, mordiéndole otra vez a la galleta—. Aunque para eso tengo que aprobar la oposición y que me destinen a su misma comisaría.

—Y… ¿qué tal es? —preguntó Darren, inclinándose hacia ella con una sonrisa socarrona—. ¿Sabe que eres dominante o todavía se cree que esa carita de niña buena no es capaz de dar una buena nalgada?

Toni casi se atraganta con el café mientras reprimía una carcajada.

Xenia entrecerró los ojos deseando estrangular a su mulato.

—Está en proceso de descubrirlo, y lo mejor de todo… es que le está gustando.

Darren silbó, divertido.

—Pero él no es sumiso, ¿verdad? Ni esclavo ni nada parecido.

—No —respondió ella sin dudar—. Está muy lejos de serlo. Pero yo tampoco soy una Ama en el sentido estricto. No me gusta esa palabra. Ni esclavismo, ni sometimiento. Yo trabajo con el control mental, la psicología y la conciencia del deseo. Lo mío no es mandar por mandar, es guiar.

—Claro —interrumpió Darren con una sonrisa pícara—. Guiar… o usar tus juegos de mentalista para desnudar a tus clientes sin que se den cuenta y darles bien por la puerta de atrás.

Toni se tapó los oídos y dijo:

—Paso de vuestras mierdas.

Xenia miró con calma a Darren, pero muy divertida.

—No proyectes en mí lo que hace tu Dómina contigo. Yo hago terapia de revelación emocional por dominancia simbólica —dijo, inventando el término con voz seria y académica—. Y soy muy buena en ello.

—Por eso serás aún mejor cogiendo a los malos —añadió Toni con una sonrisa de orgullo genuino—. Tienes instinto, cabeza y un radar para la gente, como nadie.

—Eso intento —dijo ella, y le brillaron los ojos.

Darren, aún con el ceño fruncido, preguntó con más curiosidad que celos:

—¿Y cómo va la investigación? ¿Te ha contado algo o se lo guarda en plan secreto profesional?

Xenia suspiró, distrayéndose un momento mientras recordaba la cena, su mirada, la forma en que Teo hablaba de su trabajo con esa mezcla de pasión y cansancio… La había fascinado. No había podido dejar de mirarlo en toda la noche.

—Ha descubierto algo —dijo, dejando la galleta a un lado—. Un nombre. Un tipo que reparte Tussi en los campus universitarios. Se

llama Arturo Piero. Está vinculado a una cadena de panaderías que se llama MásPan. Pero aún no han encontrado al Mulato.

Cuando Xenia mencionó aquel nombre, algo en el aire cambió. Toni, que estaba removiendo su café con una cucharilla de acero, detuvo el movimiento de golpe, y Darren levantó la vista como si acabara de oír un disparo.

—¿Piero? —repitió su hermano, con el ceño fruncido.

Xenia arqueó una ceja.

—Sí. ¿Qué pasa? —preguntó, notando cómo ambos se miraban en silencio, intercambiando una de esas miradas que decían mucho más que las palabras.

Toni se pasó una mano por la nuca, pensativo, mientras Darren hacía memoria.

—Nos suena el apellido —dijo este último—. Y mucho.

Toni asintió.

—De hecho… creo que hicimos un trabajo de t*uning* para un Piero hace unos meses. Un Porsche azul eléctrico, si no me equivoco.

—Sí —confirmó Darren, apoyando los codos sobre la barra—. Yo le hice la consola interior. Pedía algo fuera de lo habitual.

—Ah, ¿sí? —preguntó Xenia con interés.

—Sí. Le hice un panel táctil de última generación, con luces LED internas con sensor de movimiento, climatizador personalizado y un sistema de arranque sin llave con reconocimiento facial. Todo eso estaba bien. Pero… —se interrumpió, frunciendo el ceño—. Hubo algo que me dio mala espina.

Xenia lo observaba atentamente, cada vez más concentrada.

—¿Qué fue lo que te pareció extraño?

Darren apoyó las manos sobre la barra, inclinándose hacia ella.

—El tipo propuso una colaboración. Dijo que tenía contactos con clientes «selectos» que querían hacer los mismos ajustes que él, y que, si aceptábamos, nos llenaría el taller de encargos. Pero lo raro fue lo que pidió: que todos esos coches tuvieran en común un compartimento oculto bajo el sistema de sonido. Lo quería igual en todos, milimétrico, con cerradura magnética invisible.

—¿Un compartimento oculto? —repitió Xenia, muy seria.

—Exacto. Uno que solo se abría si conocías la secuencia en el panel táctil. Era demasiado sofisticado para guardar herramientas, ¿me entiendes? —Darren se cruzó de brazos—. Hablé con Toni, y decidimos no hacerlo. No nos gustó nada la propuesta.

Toni asintió con gravedad.

—Le dijimos que no hacíamos ese tipo de trabajos. Era demasiado… turbio. Y después de eso, no volvió a aparecer. Ni llamadas, ni encargos. Nada.

Xenia sentía cómo la adrenalina le subía lentamente.

—¿Creéis que podría ser el mismo Arturo Piero del que me habló Teo?

Toni no contestó enseguida. Sacó el móvil del bolsillo, desbloqueó la pantalla y abrió el programa de facturación del Tunecar, que llevaba sincronizado en su iPhone. Tecleó el nombre Piero en el buscador.

—Veamos… —murmuró, deslizando el dedo por la pantalla—. Aquí está. Factura emitida hace seis meses. Porsche azul eléctrico. Cliente: Piero S.L. Actividad comercial… mira esto: "Distribución alimentaria y logística urbana."

Xenia lo miró con creciente interés.

—¿Puede ser MásPan? —preguntó.

—Puede ser una filial o una sociedad pantalla. Muchos listos registran nombres similares para justificar en sus facturas el flujo de dinero o mercancías —Toni le mostró la pantalla—. Aquí tienes el CIF, la dirección fiscal y el contacto del pedido.

—Pásamelo todo —le pidió ella, con la voz baja pero firme—. Teo tiene que ver esto.

Toni no dudó ni un segundo y le reenvió la información.

Y mientras su hermano y su mejor amigo la observaban en silencio, con la tensión flotando entre ellos, Xenia sintió un escalofrío de intuición recorrerle el cuerpo.

Algo le decía que estaban a punto de destapar una red más grande de lo que Teo ni ninguno de los tres imaginaba.

Y en el centro de esa maraña de nombres y negocios, El Mulato esperaba, invisible y cada vez más cerca.

Capítulo 14

La mazmorra estaba iluminada con luces tenues, de un tono ámbar que envolvía todo en una atmósfera cálida y carnal, sin ser agresiva. Las sombras jugaban sobre las paredes, delineando las figuras de los muebles, las cadenas decorativas y los instrumentos pulidos que Xenia cuidaba como si fueran una extensión de sí misma. Todo estaba dispuesto, ordenado con la precisión de un ritual, mientras el silencio, solo roto por la respiración contenida de Teo, se volvía litúrgico.

Xenia lo observaba erguida desde el centro de la sala, con el rostro y el alma serenos y los brazos cruzados sobre su cuerpo envuelto en negro.

No había dureza en su mirada, sino una consistencia dulce, esa que solo ella sabía conjugar.

Teo, al entrar, se había detenido unos segundos, tragando saliva. Le sonrió, pero lo hizo con respeto, con ese gesto que tenía algo de reverencia inconsciente.

Ella no dijo nada. Solo extendió una mano, indicándole que avanzara.

Teo la había sorprendido al pagar por el *pack* completo de diez sesiones con ella. Era evidente que se iba a tomar en serio aquello y que quería conocerse. Y aquello honró mucho a Xenia, porque la estaba eligiendo a ella para abrir la puerta de sus deseos.

Él obedeció a su gesto y las botas resonaron suavemente sobre el suelo encerado mientras Teo se acercaba. Xenia notó cómo su pecho subía y bajaba un poco más rápido de lo habitual. Y aunque por dentro deseaba preguntarle cómo le había ido el día o si había dormido bien, sabía que ese no era el momento.

La mazmorra no era un lugar para conversaciones triviales: era un espacio para el presente, para la entrega y para la verdad sin embozos.

Se acercó y habló con esa voz baja y precisa que parecía un roce más que un sonido.

—Bueno, bebé… quiero que me digas exactamente qué crees que te gusta y qué crees que no.

Teo tragó saliva. Tenía las mejillas encendidas, como siempre que ella lo trataba con ese tono.

—No me insultes —dijo, bajando apenas la mirada—. No te burles de mí cruelmente. No quiero cosas asquerosas.

—Define asquerosas —pidió Xenia, sin perder el control de su tono, aunque una chispa divertida le encendió los ojos.

—Escupitajos. Meadas, cagadas… cosas escatológicas. Es repugnante. Me dan asco, no me gustan.

Ella asintió despacio, procesando la sinceridad que había detrás de esas palabras. Genial, porque ella no hacía esas cosas con sus sumisos.

—Bien. ¿Y qué estarías dispuesto a experimentar sobre tu placer?

Teo levantó la cabeza y la miró. Esa mirada tenía la mezcla exacta de deseo, respeto y rendición.

—No tengo miedo al placer.

Ella inclinó un poco la cabeza.

—¿Y al placer con dolor?

Él respiró hondo, pensando un segundo, antes de responder.

—Mientras no sea violento ni humillante, creo que puedo tolerarlo. Incluso… me puede parecer divertido. Pero a la que me sienta agredido, te enchirono.

Una sonrisa lenta y satisfecha se dibujó en los labios de Xenia.

—Creo que tu carácter te va a hacer más provocador de lo que pienso —dijo, caminando despacio alrededor de él—. Pero también creo que nos lo pasaremos bien.

Teo la siguió con los ojos, casi sin pestañear.

—¿Y tú? —preguntó de pronto.

Xenia se detuvo, sorprendida. Nadie le había hecho esa pregunta en su propio terreno. Se giró hacia él, observándolo con interés renovado.

—Sabes que yo no dejo que nadie me toque en mi mazmorra —contestó con calma, aunque por dentro aquella pregunta le había dejado una huella inesperada.

Teo asintió, y en su mente se encendió una idea fugaz: *en la mazmorra mandas tú, pero fuera de ella… eso podría cambiar.*

—No me refería a eso —dijo suavemente—. Me refiero a qué esperas de mí.

Hubo un breve silencio.

—Obediencia y honestidad —contestó finalmente, agradecida por la pregunta—. Si hay algo que no te gusta o un juego en el que te sientas amenazado, tienes una palabra de seguridad: peluchito.

Él sonrió con cierta ternura.

—¿Peluchito? Está bien.

Asentadas las reglas, y con la confianza consolidándose entre ellos como una corriente invisible, Xenia dio un paso atrás y lo miró con la gravedad de quien inicia un rito.

—Quítate toda la ropa, Teo, y quédate desnudo ante mí.

El silencio volvió a ocupar la sala. Teo no vaciló. Con movimientos pausados, comenzó a desabrochar los botones de su camisa dejando que cada prenda que caía al suelo sonase como una sentencia.

Cuando se bajó los pantalones y los calzoncillos, ya estaba excitado y su pene apuntaba gloriosamente a su ombligo. Terminó, alzó la vista y se quedó quieto, expuesto, respirando más rápido de lo normal, con el corazón latiéndole en las sienes.

Xenia lo observó casi hipnotizada, con calma, pero por dentro sentía una oleada tibia recorrerle el pecho. Aquello no era solo una sesión: era un descubrimiento compartido.

Y en ese instante, mientras lo contemplaba erguido y vulnerable bajo la luz dorada, supo que aquella noche iba a marcar un antes y un después para los dos y que la que se iba a quedar sin palabras iba a ser ella.

Tuvo que contener una exhalación que se le escapaba entre los labios. Había imaginado que su cuerpo sería fuerte y proporcionado, porque ya había visto parte de él, pero lo que tenía delante superaba cualquier expectativa.

Tenía la musculatura definida con naturalidad, con el trabajo de más del gimnasio, pero sin ser vasto y con la armonía de alguien que conocía su cuerpo y lo mantenía como un templo.

Su piel, bajo la luz dorada de la mazmorra, parecía esculpida por el fuego. Y lo peor —o lo mejor— fue que incluso aquella parte de él que debía mantenerla imperturbable le resultó… hermosa. Perfecta.

Ya había visto penes de todo tipo, pero el de Teo era realmente llamativo y bien hecho.

Durante un segundo, Xenia pensó que debía dar las gracias al cielo por semejante creación, pero recordó que estaba allí para dominar, no para admirar. Aun así, no pudo evitar acercarse.

—Eres… muy espectacular, Teo —susurró, y la frase se le escapó antes de poder filtrarla.

Él lo tomó con una sonrisa breve, pero satisfecha. Había en su mirada un destello infantil, porque tenía la necesidad de gustarle y de saber que su entrega tenía un efecto.

Xenia rodeó su silueta y pasó una mano por su espalda hasta llegar a su trasero. La piel estaba tibia, suave y firme, y cuando lo pellizcó con suavidad, su palma sintió la tensión del músculo. «Demasiado duro», pensó. Y aunque no debía, se permitió una carcajada interior: aquella perfección física era casi una provocación en sí misma.

Teo se estremeció apenas, y ella vio cómo giraba el rostro por encima del hombro, buscando su mirada.

—Mira hacia delante —ordenó Xenia, sin dureza.

Él obedeció manteniendo los hombros erguidos, la espalda tensa y las manos a los lados. Desde su posición, Xenia pudo ver cómo su respiración se aceleraba. El cuerpo de Teo respondía con la naturalidad del deseo, con el hambre que tenía hacia ella, pero no había vergüenza en él; no intentaba ocultarse ni disimulaba. Era la entrega pura y la aceptación del momento.

Ella se quitó el guante con calma y dejó que las uñas recorrieran su piel, desde las nalgas hasta la parte baja de la espalda. Fue un roce apenas perceptible que hizo que él se arqueara

sin darse cuenta. Luego le sujetó la cabeza por los rizos, acercándose tanto que su respiración le rozó la oreja.

—Voy a ordenarte cosas. Voy a hacerte cosas, Teo —dijo, con un tono tan bajo que parecía un pensamiento más que una advertencia—. Y creo saber qué necesitarás en todo momento. Pero recuerda tu palabra de seguridad.

—Sí, *Mistress* —susurró él, y aquella voz ronca y obediente le erizó la piel.

Por un instante, Xenia tuvo que luchar contra el impulso de abrazarlo. Era absurdo, impropio, pero aquel hombre le despertaba ternura y hambre al mismo tiempo. En lugar de eso, deslizó las manos por su pecho, marcando el recorrido con los dedos hasta llegar a sus pezones, donde jugó con la presión justa, ni demasiado suave ni demasiado cruel.

La reacción fue inmediata: un jadeo contenido y un temblor breve.

Entonces se apartó, controlando su propio temblor. Fue hasta una mesa auxiliar y escogió dos objetos: una pala de cuero liso y una pulsera metálica.

—Sé lo que es la pala —dijo Teo, mirándola con media sonrisa —. Pero no tengo ni idea de para qué sirve la pulserita.

Xenia sonrió también, y por primera vez esa noche, dejó escapar una pequeña risa sincera.

—La pulserita es para ese brazo rebelde que tienes entre las piernas —replicó, divertida.

Él levantó una ceja, pero no replicó. Cuando Xenia se acercó, le pasó el dedo índice por todo el tallo grueso y venoso y disfrutó del modo en que se movió. Le colocó el aro metálico en la base del pene, rodeándolo, y su cuerpo reaccionó con un estremecimiento involuntario, por el frío y por la compresión.

—Esto no es castigo —le explicó ella—. Es control. Esa presión hace que la sangre se concentre y que la sensación aumente, pero que te impida liberarte. Es una forma de enseñarte que el placer no siempre significa culminación y que a veces se disfruta más en la espera.

Teo asintió lentamente, intentando recuperar el control de su respiración.

—Genial… me va a dar una angina de pecho —bromeó entre dientes.

Xenia se rio, pero no respondió. Se colocó detrás de él, levantó la pala, y el primer golpe sonó limpio, más como un eco que como un impacto.

—El *spanking* —empezó a explicar mientras alternaba los movimientos, rítmicos y medidos— no es dolor por dolor. Es un lenguaje. Cada golpe despierta los receptores nerviosos, activa la piel y aumenta el flujo sanguíneo. Cuando se hace bien, el cuerpo se vuelve más sensible al roce y a todas las sensaciones. Es una forma de enseñar al cuerpo a escuchar —Los golpes eran controlados, espaciados. Entre uno y otro, ella deslizaba la palma abierta, suavizando la piel encendida—. El dolor leve, bien administrado, libera endorfinas y abre una puerta al placer más profundo. No tiene que ver con sufrir —continuó—, sino con sentir.

El sonido del cuero contra la piel resonó una vez más, y Teo cerró los ojos, exhalando. Su cuerpo, que al principio estaba rígido, empezó a moverse al ritmo de sus manos, entregado y casi hipnotizado.

Xenia se detuvo, observando el efecto, y pensó que, de todas las sesiones que había dirigido, esta era la primera en la que el control no la hacía sentirse poderosa… sino viva.

Y mientras lo miraba respirar, comprendió que esa noche, la verdadera doma no la estaba haciendo a otro, también se la hacía a ella misma.

Teo le inspiraba una mezcla de fascinación y vértigo. No era solo la respuesta física, sino la forma en que todo su cuerpo obedecía a un simple gesto suyo.

La quietud cuando ella lo mandaba detenerse.

El temblor cuando lo rozaba.

La respiración agitada que no podía controlar.

Era un lienzo vivo, una obra directa fruto de sus manos, de su voz y de su lectura intuitiva de su deseo. Y lo había llevado hasta ese punto con algo tan básico y primario… que Xenia sintió un

impulso que no era propio de la mazmorra, ni de la Dómina que allí habitaba, sino de la mujer detrás de todo eso.

Quería más.

Pero no ahí. No en el espacio donde ella tenía la obligación de mantener ciertos límites ni en un lugar donde él no podía tocarla.

Quería verlo reaccionar en otro territorio. En el suyo. En su casa.

Quería saber cuánto podía sostener, cuánto deseo podía manejar, y qué versión de él emergía cuando el control no venía de la profesional, sino de la mujer.

Se acercó con calma, le tomó la barbilla entre los dedos y, con una suavidad cargada de intenciones, le obligó a levantar el rostro hacia ella. Sus labios rozaron la línea de su mandíbula en un mordisco leve, más promesa que acción.

—Vístete —ordenó en un susurro que le recorrió la columna entera.

Teo abrió los ojos, desconcertado.

—¿Qué? —A Teo le dolía la erección como nunca y se le iban a poner los huevos negros así—. Me va a explotar la polla, Xenia… —dijo entre avergonzado y rendido—. ¿Me vas a dejar así otra vez?

Xenia vio la tensión contenida en su cuerpo, acompañada de la respiración pesada y el temblor en sus manos. Ese hombre estaba al borde de su autocontrol, atrapado entre el deseo y la disciplina, y eso solo alimentó su sensación de poder… y de ternura.

—Vamos a mi casa… —dijo muy despacio, saboreando cada palabra—. Para que pueda hacer contigo todo lo que me apetece hacerte. Para que pueda tratarte bien.

El silencio que siguió ocultaba todo lo que no se estaban haciendo.

Teo no dijo nada, pero sus ojos —esos marrones claros con destellos de cobre— cambiaron por completo. Pasaron del incendio al compromiso, de la excitación a una decisión firme en milésimas de segundo y entonces tragó saliva profundamente, como si su cuerpo estuviera intentando preparar el terreno para algo más grande que él.

Y asintió.
Sin un solo titubeo.
Sin una sola duda.
Entregándose por voluntad propia.

El trayecto hasta casa de Xenia fue una tortura deliciosa para ambos. Teo tenía los nudillos tensos sobre el volante del Range Rover mientras seguía al New Beetle rojo descapotable por las calles iluminadas.

Cada vez que el coche de Xenia reducía la velocidad, él sentía el pulso acelerarse como si su cuerpo recordara cada orden, cada contacto y cada palabra que le había susurrado en la mazmorra.

Xenia, por su parte, conducía con una sonrisa apenas contenida, sintiendo la vibración todavía viva del poder que tenía sobre él y, al mismo tiempo, la excitante realidad de que ya no eran solo Dómina y sumiso: estaban cruzando un umbral más íntimo.

Al llegar a su vivienda, ninguno de los dos perdió un segundo. Las puertas de los coches se cerraron casi a la vez y se encontraron en mitad del aparcamiento, en un punto intermedio que parecía haberlos estado esperando.

Fue Teo quien dio el primer paso definitivo, sujetándola por la cintura con una urgencia que contenía horas de autocontrol. Xenia respondió igual de rápido, agarrándole la camiseta con los dedos y estirándolo hacia ella.

Y entonces se besaron.

Ese beso no fue suave ni diplomático; fue el choque inevitable de dos volcanes que llevaban demasiado tiempo temblando bajo la superficie. La boca de Teo encontró la de ella como si la hubiese estado buscando desde siempre: cálida, húmeda, dispuesta y peligrosamente adictiva.

Xenia abrió los labios para recibirlo y en ese instante él sintió que, al toque de sus lenguas, se le aflojaban las rodillas, que el

deseo le subía en oleadas descontroladas y que la garganta le ardía con la necesidad de más.

Xenia le tomó la cara entre las manos para profundizar el beso, guiándolo sin romper jamás la conexión. Le mordió levemente el labio inferior, provocando que él soltase un gemido contenido contra su boca, y Teo respondió tirando suavemente de su melena lisa, haciéndola arquearse hacia él. Ese gesto bastó para que a Xenia se le escapara una exhalación ronca y sensual que él recibió como una bendición.

Entre beso y beso, apenas podían respirar; sus bocas se encontraban una y otra vez, ansiosas, hambrientas, perdiéndose en el gusto del otro. Las lenguas se rozaban en un baile torpe al principio y después perfectamente acompasado, lleno de ganas y confianza.

Ella lo empujó hacia la puerta de su casa sin dejar de besarlo, y él la siguió como sin poder hacer otra cosa, como si cada uno de sus pasos dependiera de mantener la boca pegada a la de ella.

Los cuerpos se apoyaron, chocaron, buscándose con desesperación contenida. No había manos explorándolo todo, pero sí una tensión eléctrica que parecía prometer que lo harían en cualquier instante. Teo besó la comisura de su boca, su mandíbula, el hueco justo bajo su oreja, y Xenia tiró de él con una fuerza casi feroz, reclamándolo para sí.

Entraron en la casa entre risas bajas y respiraciones agitadas, sin soltar el abrazo, casi tropezando porque ninguno quería separarse lo suficiente como para caminar con normalidad.

Los besos se volvían más lentos y más profundos a medida que subían por la escalera, como si la anticipación los estuviera envolviendo en un fuego más denso y más íntimo.

Y cuando finalmente cruzaron el umbral de la habitación de Xenia, aún pegados por la boca, Teo sintió que por fin había llegado al lugar donde quería que ardiera todo.

—¿Tengo que pedirte permiso para tocarte?

—Aquí no —volvió a decir ella entre beso y beso.

Teo no necesitó una segunda invitación; la pregunta que acababa de formular seguía suspendida en el aire cuando Xenia le respondió con un beso tan decidido que la conversación dejó de tener importancia. Su boca trazó un camino cálido y firme sobre la suya, como si por fin hubiera decidido liberar todo lo que llevaba conteniéndose desde la primera vez que se miraron sin máscaras.

Teo la miró fijamente, con los labios rozando los suyos.

—¿Como quiera?

—Nene —le sonrió, hambrienta y dulce a la vez—, sé tú mismo. Y yo seré yo misma.

Aquello lo encendió, no de la forma frenética del deseo puro, sino con una intensidad emocional que lo desbordó. Era la primera vez que la tocaba sin límites, sin reglas de mazmorra y sin protocolos. Acariciarla ya no era parte de un rol: era parte de ellos.

Teo deslizó las manos por su cuerpo con una delicadeza que no le quitaba firmeza. Rodeó su cintura, subió por su espalda y bajó por sus caderas. Cada curva que descubría con sus dedos parecía confirmarle que había deseado tocarla desde mucho antes de que hubiese tenido permiso.

—Por ahí —Xenia le señaló la escalera.

Rodaron hasta la escalera del piso superior, entre besos que les cortaban el aliento y pequeñas carcajadas que surgían cuando chocaban contra algún mueble o cuando uno tiraba suavemente del otro para no romper el contacto. Un cuadro cayó de su clavo con un golpe seco, pero ninguno de los dos se detuvo: estaban demasiado ocupados explorándose.

Xenia quedó atrapada un instante, entre la pared y el pecho de Teo. Él la sujetó por debajo de las nalgas y la levantó con esa fuerza natural que parecía parte de su instinto más que de su cuerpo. Ella le rodeó las caderas con sus piernas y tomó aire despacio, como si él fuera un terremoto que solo ella sabía surfear.

Subieron los últimos escalones casi a ciegas. Cuando entraron en la habitación con la luz tenue y cálida apenas les dio tiempo a distinguir nada; la ropa fue desapareciendo entre manos urgentes, sin violencia, solo necesidad.

Teo la llevó a la cama como si no pudiera evitarlo, como si la atracción entre ellos lo guiara mejor que su propio cuerpo. Xenia cayó de espaldas y él quedó sobre ella, apoyando parte de su peso, pero sin aplastarla, mirándola como si necesitara memorizar cada detalle antes de atreverse a tocarla otra vez.

—¿A una dominante le gusta que la dominen? —susurró, arrastrado por la imagen de ella bajo él, con el pelo suelto esparcido sobre la colcha y la respiración agitada.

Xenia sonrió de un modo que le hizo temblar el pulso.

—A mí me gusta que el hombre que esté conmigo no me tenga miedo —susurró, rozándole la mandíbula con la punta de los dedos —. Ni vergüenza. Pero soy lo que soy.

Teo inclinó la cabeza y selló aquella frase con un beso lento, profundo y lleno de reverencia. Después sus manos le quitaron la ropa y encontraron el cierre del sostén, deshaciéndolo con torpeza y urgencia. Él se quedó inmóvil unos segundos, simplemente mirándola, como si la visión fuera demasiado bonita para ser real.

Tenía unos pechos maravillosos, llenos lo suficiente y con unos pezones que estaba deseando torturar. Y encima tenía un *piercing* en un pezón.

—Eres muy bonita, Xenia… —dijo, casi en un murmullo que le salió del pecho más que de la voz.

Ella sintió cómo le ardían las mejillas. Era una reacción inesperada para alguien que llevaba años controlando toda emoción en la mazmorra, pero con Teo… la vulnerabilidad no dolía. Quemaba deliciosamente. Y se dejó besar de nuevo, sosteniéndole la cara con las dos manos, como si el mundo en ese instante fuera exactamente como debía ser.

Ella pensó que él era muy dulce, pero no la engañaba. Tenía una pedazo de erección entre las piernas que empujaba contra ella y que lo hacía parecer un semental.

Xenia lo empujó y rodó para colocarse encima.

Le quitó los pantalones y los calzoncillos y vio de nuevo ese miembro hinchado, húmedo y grande dispararse hacia arriba.

—Teo… estás aguantando mucho. ¿Puedes aguantar más?

Él se apoyó en los codos para mirar cómo esa beldad, le agarraba la polla con las manos y le empezaba a masturbar. Era una locura. Sentía todo. Y le ardía el vientre y los testículos.

Estuvo con él, torturándolo mucho, masajeándolo arriba y abajo, hasta que Teo empezó a temblar por estar hiperestimulado.

Y ella tuvo piedad entonces.

Le quitó el anillo constrictor y Teo gimió aliviado.

Xenia sonrió, y antes de quitarse las braguitas fue Teo quien la sujetó por las caderas y la levantó para sentarla en su cara y decirle:

—Déjame comerte. Lo estoy deseando, Xenia.

Ella asintió mirándolo desde arriba, abriendo bien las piernas, con ganas y curiosidad, y dejó que él le sujetara las nalgas y que la guiara hasta su boca.

Le abrió los labios exteriores lisos con los pulgares y hundió profundamente su lengua en su interior, para empezar a lamerla arriba y abajo y por todos los recovecos.

Y Xenia pensó que la comía como a ella le gustaba realmente. Con atención, con adoración y con hambre, como si fuera su helado favorito.

Xenia cerró los ojos presa del placer y dejó que él la humedeciese completamente con su boca.

Succionó su clítoris, lo inflamó y después volvió a meterle la lengua dentro, y aunque tenía mucho autocontrol sobre sí misma, se vio disfrutando de un orgasmo y del modo en que Teo la acompañaba con labios y lengua.

—Dios mío… —susurró ella con el cuello echado hacia atrás, apoyándose en las rodillas de él con las manos—. Más —dijo con las mejillas enrojecidas y los ojos plata muy brillantes.

Se bajó de su boca y rápidamente, cogió un condón de la cómoda y se lo puso a Teo, tensándolo bien y dejando que se deslizara por completo hasta la base.

Y después ella misma se sentó a horcajadas sobre su erección, Teo se la sujetó con una mano y ella cayó poco a poco hasta introducírsela y tenerla bien adentro.

La sensación fue asombrosa. Estaba inflamada y él era grueso, pero era una maravilla. Se tomó unos segundos para acostumbrarse.

—¿Estás bien? —preguntó él preocupado.

—De maravilla —contestó cogiendo aire.

Cuando Teo fue a agarrarla de las caderas para empezar a penetrarla como quería, ella le sujetó las muñecas y se las colocó por encima de la cabeza:

—Quietas esas manos, Teo… —le susurró empezando a mover las caderas arriba y abajo encima de él, ordeñándolo y cabalgándolo como deseaba.

Su pelo cubrió el rostro de Teo y él la besó, pero permitió que fuera ella quien llevase el ritmo de esa cabalgada.

—Teo… —susurró mordiéndole el labio inferior—. No te corras.

Él apretó los dientes, pero ella le relajó la boca a besos.

—Lo estás haciendo muy bien… Me encanta.

—No me estoy moviendo.

—Porque no hace falta, ya me muevo yo.

Sus voces se confundían con los gemidos del deseo, y sus cuerpos empezaban a pegarse por el sudor.

—Xenia…

Ella sonrió contra su boca y entonces al ver que realmente no podía más dijo:

—Vamos, córrete y haz que me corra.

Y Teo se liberó de su agarre, le dio la vuelta sobre la cama y se puso encima. Se metió dentro de ella con una estocada y empezó a mover las caderas con ganas, y a hundirse en su cuerpo con la fuerza y las ganas que deseaba.

No era sumiso. Le gustaba mucho que ella lo dominase, pero solo le hacía falta un guiño cómplice de Xenia para tomar las riendas y hacerle el amor como realmente quería.

Y entonces, le rodeó la cara con las manos, y besándola profundamente, se hundió repetidamente hasta el fondo de su cuerpo, y Xenia empezó a gemir contra sus labios.

Teo se corrió y gruñó hundiendo el rostro contra su cuello y Xenia lo abrazó con fuerza mientras bailaban sobre la misma ola de éxtasis.

Capítulo 15

Habían pasado la noche entera devorándose a su manera: jugando, desafiándose, entregándose al placer sin reservas y explorando los límites entre la obediencia y la rebeldía, entre la guía firme de Xenia y la inesperada capacidad de Teo para tomar las riendas cuando ella se lo permitía.

Era la primera vez que ambos se encontraban en un equilibrio tan extraño y, al mismo tiempo, tan natural para los dos. Entre risas bajas, jadeos largos y miradas que prendían fuego, habían encadenado orgasmo tras orgasmo, hasta que, un par de horas antes del amanecer, la intensidad los dejó sin fuerzas, rendidos, casi desmayados de puro éxtasis.

El cuerpo de Xenia quedó sobre el de Teo, tibio y suave, y él la había abrazado como si temiera que se evaporara con la luz del día.

Cuando la claridad comenzó a filtrarse por la ventana, Teo abrió los ojos con un sobresalto suave: debía ir a comisaría. Miró a Xenia, dormida como un ángel peligroso, con el pelo revuelto sobre la almohada y la respiración lenta y plena, y sintió una ternura que lo desarmó.

Ver la calma de esa mujer mientras dormía, lo removió. Unas horas antes, había sido la mismísima tormenta y ahora parecía un angelito. No quería despertarla; necesitaba verla descansar, porque la noche había sido dura y juguetona para ambos… pero él, aunque agotado, estaba feliz, recuperado a su extraño modo, y sentía que algo en él se había recolocado por completo.

Con la delicadeza torpe de un hombre enorme intentando ser sigiloso, Teo se deslizó fuera de la cama como si pisara cristal. Ni respiró.

Intentó recoger su camiseta, su pantalón, su ropa interior…, todo, pero cuando se inclinó para ponerse un calcetín, sintió una mano cálida rodearle la muñeca. No pudo evitar estremecerse.

—¿Qué es eso de levantarte sin despedirte? —dijo Xenia con voz ronca, recién despertada, con los ojos entrecerrados, el pelo enredado y la piel dorada por la luz suave del amanecer.

Teo se giró hacia ella y casi se derrite. Esa imagen era demasiado: la mujer que lo había vuelto loco por la noche, ahora hecha un ovillo delicioso entre las sábanas.

—Lo siento… —susurró inclinándose hacia ella—. No hemos dormido nada y quería dejarte descansar…

Ella se llevó la mano de él a su mejilla y apoyó la cara allí, como si esa caricia le perteneciera desde siempre.

—Suelo despertarme temprano —murmuró antes de erguirse sobre las rodillas en la cama, quedando completamente desnuda, luminosa, segura y suavemente vulnerable—. Baja conmigo a la cocina y te preparo un café. Además… tengo cosas que contarte.

Teo tragó saliva. Ella parecía otra, o la misma, solo que en otra faceta. Era cálida y mimosa abrazándolo sin ningún pudor, como si la noche hubiese abierto puertas que ninguno de los dos sabía que existían.

Él correspondió al abrazo sin pensarlo y sintió cómo su propio cuerpo respondía a esa cercanía, recordando cada instante de la noche, cada sonido, cada orden, y cada risa entre jadeos.

Xenia, que tenía la mejilla contra su pecho, alzó una mano perezosa y le dio un pequeño golpecito.

—Dile a tu amigo que se relaje… —susurró, refiriéndose sin pudor a la parte de Teo que había decidido despertarse antes que él —. Estoy irritada y necesito descansar… y ducharme.

Teo sonrió contra su coronilla, embriagado por su olor y por esa manera tan natural de ser cercana sin dejar de ser ella. Él podría haberla llevado de nuevo a la cama sin esfuerzo.

Aunque Xenia era dominante, él tenía una resistencia casi insultante… y una fascinación creciente por ella que lo hacía sentir como un adolescente.

Así que, sin darle tiempo a protestar, la tomó en brazos. Xenia dio un pequeño quejido divertido, sorprendiéndose por lo fácil que le resultaba manejarla.

—Vamos a darnos una ducha —dijo él.

Ella señaló hacia el baño con un gesto distraído y se dejó llevar, apoyando la cabeza en su hombro.

Xenia lo desnudó rápido, entraron juntos en la cabina moderna con hidromasaje, envueltos en vapor y en esa intimidad inesperada que solo se construye después de una noche intensa y sincera.

La ducha se encendió, el agua caliente cayó sobre sus cuerpos entrelazados y, por un momento, ambos sintieron algo que no tenía nada que ver con juegos, ni roles, ni mazmorras: sintieron un hogar improvisado en la piel del otro.

Aquel, sin duda, era un buen despertar.

Después de un encuentro intenso en la ducha, Teo se había vestido y ahora estaba sentado en la isleta con butacas de la modernísima cocina de Xenia. Lo contemplaba todo con esa mezcla de curiosidad y fascinación que solo él tenía para las cosas que le parecían bonitas y que, además, no esperaba.

La casa de Xenia era exactamente como él intuía que sería: un espacio amplio, cálido y contemporáneo, donde los blancos dominaban como un lienzo suave que equilibraba las sombras de la madrugada. Había plantas naturales repartidas estratégicamente en las esquinas luminosas, sofás enormes y envolventes que invitaban a hundirse en ellos, un suelo de parqué impecable que amortiguaba el sonido de sus pasos, y unas ventanas dobles que atrapaban el silencio como si fuera un tesoro.

La tecnología, moderna y discreta, se integraba en el entorno sin estridencias, y era, sin duda, parte del estilo personal de Xenia.

—Es por Darren —le había dicho mientras encendía la cafetera con un gesto tan fluido que parecía coreografiado—. Es un friki de la seguridad y de la vigilancia. Y mi hermano también.

Teo observó las luces cálidas reflejándose en el rostro ligeramente rosado de Xenia, ese rostro que ahora conocía tan de

cerca y del que podía recordar su olor incluso sin tocarla.

—Estás muy protegida —comentó él, admirando la fortaleza silenciosa que emanaba de ella.

—Ellos insisten, pero yo ya les he dicho que no necesito protección —respondió mientras servía una taza de café solo y la alargaba con un poco de nata líquida, justo como a él le gustaba—. Toma.

—Gracias —Teo sorbió el primer trago y tuvo una sensación extraña, casi cálida y suave en la boca del estómago; no supo si era por el café o porque ella se lo había preparado, pero estaba indudablemente más rico de lo habitual—. Bueno, ¿qué me tienes que contar?

Xenia no respondió al instante. En vez de eso, se acercó a él con una naturalidad que todavía lo desarmaba un poco, y se quedó de pie justo entre sus piernas abiertas, acariciándolo con una confianza tan espontánea como íntima.

Sus dedos, ligeros y seguros, se movieron por él como si ya supieran dónde detenerse para hacerlo temblar.

Entonces le contó, con precisión y detalle, lo que habían descubierto sobre la factura del Tunecar y ese tal Piero: los datos, la empresa, la anomalía del pedido del compartimento oculto y las sospechas de su hermano y de Darren.

Teo escuchaba con atención absoluta, siguiendo cada palabra como si fuera una pista en la investigación, pero también como si pudiera escuchar el ritmo interno de Xenia entre línea y línea.

—Eres una fuente de información inacabable. Serás una buenísima inspectora —dijo él finalmente, reconociendo el talento cuando lo tenía delante.

—Lo sé. Pero esto lo han descubierto ellos, no yo —respondió ella con una sonrisa llena de orgullo íntimo, inclinándose para darle un suave beso en los labios, que lo dejó quieto por un instante. Después, lo miró fijamente y le preguntó—: ¿Has estado cómodo esta noche?

Teo no dudó ni un segundo. La abrazó rodeándola con sus brazos fuertes, acercando su rostro a la suavidad de sus senos aún

tibios por el vapor de la ducha, y respiró profundamente como si quisiera guardar ese aroma.

—Totalmente. Mucho —susurró contra su piel—. Dices que no te llevas nunca a los sumisos a casa y que no tienes relaciones con ellos. ¿Por qué conmigo sí?

Ella le dirigió esa sonrisa suya que relajaba la mandíbula, que quebraba la rigidez y que tenía un destello de confesión. Posó sus labios sobre su pelo rizado y oscuro antes de responder.

—Eso es algo que tengo que descubrir —dijo alzando un poco los hombros, como si su sinceridad no fuera una carga, sino una invitación.

—¿Y te arrepientes? —preguntó él, moviendo la mano sobre la curva de su espalda.

—No.

—Bien —respondió Teo con una satisfacción tranquila, acariciando sus caderas con ambas manos, rodeándola como si quisiera memorizar cada centímetro—. Porque quiero que sigamos haciendo esto.

Xenia arqueó ligeramente las cejas, sin retirar la mirada.

—¿Por qué?

Durante un segundo, ninguno de los dos habló. Solo se miraron, intentando descifrar el verdadero centro de lo que les estaba pasando, ese punto donde el deseo y la curiosidad se mezclaban con algo que ya empezaba a parecer peligroso en el mejor sentido.

—Eso es algo que tengo que descubrir —repitió él con la misma calma con la que ella se lo había confesado antes.

Xenia parpadeó dos veces, sorprendida por la simetría inesperada de sus respuestas, y una sonrisa le curvó los labios. Él sonrió también, como si acabara de ganar un pequeño pulso íntimo que nadie más sabría nunca.

—Tengo que ir a trabajar ahora —dijo Teo, volviendo a la realidad con un suspiro resignado—. Con esta información nueva ya sé más o menos por dónde tirar y el croquis se está formando ya en mi cabeza. Gracias, bellezón.

Xenia inclinó la cabeza hacia él y le dio un beso húmedo y suave, un beso de esos que no quieren decir adiós, sino «continúa… y vuelve».

—De nada. Pero quiero que me mantengas informada porque esto me interesa.

—*Yes, Mistress* —le respondió con un tono bajo y juguetón, para acto seguido darle un pellizco suave en la nalga que hizo que a Xenia se le oscurecieran los ojos de inmediato.

—Vete, o te entretendré —lo advirtió ella, aunque sabía perfectamente que esa frase era una invitación implícita y peligrosa.

Teo se terminó el café de un par de sorbos más, se levantó con una sonrisa amplia y satisfecha que se le escapaba por los lados como si no pudiera contenerla, y salió de la casa de Xenia con una energía que no había sentido en años. Caminaba como quien lleva un secreto recién descubierto, como quien se ha metido sin quererlo en un laberinto precioso del que no piensa salir.

Ya estaba hecho.

Esa mujer lo había hechizado.

Con la nueva información de Xenia y la facturación que le había pasado, Teo decidió dar un nuevo paso en la investigación.

El día anterior habían logrado colocar una baliza en el Porsche de Arturo.

Así que Teo llevaba un largo rato frente a la pantalla del ordenador, iluminado únicamente por el reflejo azuloso del mapa que mostraba el rastro digital del vehículo azul de Arturo Piero. Había algo inquietantemente limpio en los movimientos del coche: rutas cortas, discretas, casi siempre dentro de la misma zona… salvo aquella parada inesperada en Sobre Ruedas.

Un garaje enorme, de barrio modesto, con fama de barato y rápido, pero sin antecedentes ni sanciones. Nada que destacara y nada que levantara sospechas. Precisamente, por eso, lo hacía más interesante.

La información de Xenia lo había colocado todo en otra perspectiva. El intento fallido de colaboración con Tunecar, la propuesta absurda —y sospechosa— de montar compartimentos secretos en una flota entera. En aquel entonces podría haber parecido una idea extravagante de algún rico excéntrico, pero ahora, con lo que sabían, encajaba demasiado bien en el perfil de un traficante que buscaba mover mercancía sin levantar sospechas.

Teo tomó aire y apoyó los codos en la mesa, hilando mentalmente cada pieza como si estuviera montando un mecanismo minucioso. Si Tunecar se negó, ¿qué hacía un tipo como Piero? Buscaba otro taller, tal vez. Uno menos escrupuloso y dispuesto a cobrar en blanco… o en negro. Y Sobre Ruedas, con aquel historial impecable, podía ser la tapadera perfecta.

El teléfono vibró.

—Dime, Camacho —respondió Teo sin apartar la vista de la pantalla.

—Jefe, tenemos algo. Se está hablando de una fiesta privada y de un evento de coches este viernes. Al aire libre. En la montaña.

Teo enderezó la espalda.

—¿Dónde?

—Collserola —respondió su compañero—. Cerca del mirador de Torre Baró. Terreno amplio, aislado. Sin cámaras municipales cerca.

—Perfecto para una transacción grande —murmuró Teo.

Camacho continuó:

—No tiene relación con Tunecar, al menos no directa.

—¿De dónde has sacado la información?

—Lo he sacado de una aplicación oculta del móvil de Jano. Parecía una aplicación de hamburgueserías, pero, en realidad, es un sistema de mensajería encubierta. Ahí hablan de eventos donde se puede «vender y comprar comida».

—¿Cuánta gente lo usa?

—Muchos universitarios. Y camellos pequeños. Es como una red local para coordinar ventas móviles.

Teo cerró los ojos un segundo. Todo se acumulaba demasiado deprisa, pero también demasiado alineado como para ser coincidencia.

MásPan. Piero. El garaje alternativo. Las fiestas privadas. La captación de chicas. El «evento» del viernes.

Eran piezas distintas de un mismo organismo. Y lo peor: cada parte sugería que había alguien más por encima coordinando todo. Alguien que movía los hilos.

Camacho esperó al otro lado.

—Jefe… ¿crees que todo esto nos lleva al Mulato?

Teo apretó la mandíbula.

—En algún momento tiene que aparecer —respondió—. Creo que estamos cerca.

Colgó, cogió su chaqueta, la carpeta de pruebas y se encaminó sin perder tiempo al despacho del juez.

Necesitaba autorización para registros urgentes: las instalaciones de MásPan, la fiesta del viernes y el garaje de Sobre Ruedas.

No podía permitir que se les escapara nada ahora que el rompecabezas empezaba por fin a tomar forma.

Mientras subía por las escaleras rumbo al despacho judicial, lo pensó con claridad meridiana:

En dos días, todo podía reventar.

Y él iba a ser el que detonase todo.

Durante el día, Xenia recibió algunos mensajes breves de Teo, actualizaciones rápidas, pero claras sobre los avances en la investigación.

A ella le encantaba esa manera tan directa que tenía de mantenerla al día, porque no solo entendía mejor sus procedimientos, sino que se sentía parte del proceso, como si desde su mundo—tan diferente al de él—estuviera aportando algo útil.

Al llegar al Femistocrazy, revisó su agenda y vio que tenía una entrevista conductual. Una primera visita.

Ese tipo de sesiones eran completamente distintas a las domas: nada físico ni sensual, solo psicología, observación y

evaluación. Xenia disfrutaba de esa parte porque era donde más brillaban su intuición y sus conocimientos de criminología.

La sala de entrevistas era amplia, como un despacho de psicóloga, con una mesa rectangular entre ella y el cliente.

El lugar estaba decorado con tonos neutros, más suaves y rectos que el resto del club, aunque mantenía la estética pulida y sobria.

Ella entró primero, revisó la ficha en la *tablet* y, cuando levantó la vista, su nuevo sumiso conductual estaba de pie al otro lado de la mesa.

Era pelirrojo, con perilla bien recortada y cabeza rapada por las entradas pronunciadas. Vestía con camisa negra, vaqueros limpios y tenía la postura rígida. Pero lo que más llamó su atención fue su mirada: fija, constante, oscura y estudiándola como si buscara algo detrás de sus gestos.

—Siéntate —indicó Xenia, marcando el tono desde el primer segundo.

Él obedeció, pero no dejó de mirarla. Era una mirada diferente a la de los sumisos primerizos, que suelen mostrarse nerviosos o tímidos. Este parecía expectante.

Xenia cruzó una pierna sobre la otra, abrió su libreta y comenzó, como siempre, por lo básico:

—Bien. Empiezo yo con las preguntas. Dime qué te trae aquí y qué buscas en la sumisión.

—Liberación —respondió él seco, casi sin modular.

—¿Liberación de qué? —preguntó ella, anotando sin mirarlo.

—De todo —otra vez el monosílabo disfrazado de totalidad.

Xenia levantó la mirada y lo vio observándola con una intensidad que no supo clasificar. No era deseo. Tampoco nervios. Era más bien… intrusión. Una especie de insolencia silenciosa.

—Explícate —ordenó ella, sin suavizar.

—Me han hablado muy bien de ti —dijo él, ladeando la cabeza como si evaluara su reacción—. Me han dicho que sabes lo que nos gusta a los sumisos.

Ella entrecerró los ojos.

—La entrevista la doy yo. Esto no es una conversación, sum. Contestas lo que yo te pregunto.

Él sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Sí. Lo sé —insistió en esa declaración de sumisión que no parecía real—. Solo quiero una sesión contigo. Quiero aprender.

Xenia continuó preguntando: límites, experiencias, inclinaciones y motivaciones. Él siguió respondiendo igual: con palabras cortas, vacías, nada que la ayudara a perfilarlo bien.

Era raro. No era el típico perfil de alguien que buscara dominación ni guía psicológica. Y la manera en la que la miraba, la incomodaba profundamente.

No había miedo en él. Tampoco respeto. Era como si estuviera analizando su rostro, sus manos, su postura, anotando mentalmente detalles que ella no estaba dispuesta a ofrecerle.

Cuando la entrevista terminó —sin conflicto, pero también sin aportes valiosos— Xenia cerró la carpeta, sonrió de forma estrictamente profesional y dijo:

—La dirección te contactará si decido que eres apto para una evaluación más profunda y una doma conductual. Puedes irte.

Él se levantó, volvió a sostener la mirada más tiempo del necesario y salió sin despedirse.

Xenia permaneció sentada unos segundos, respirando.

Esa sensación seguía en su nuca, como si su mirada se hubiera quedado pegada allí. Al final, se levantó, caminó hacia la puerta, la cerró con suavidad y revisó el formulario en la *tablet*.

Sum: Ban Negro.

Soltó un resoplido. Los nombres en clave de los sumisos solían ser extravagantes, pero ese no tenía nada especial. Aun así, algo en él no le había gustado. No sabría decir qué.

Tal vez simplemente había sido una entrevista aburrida. Sin chispa ni autenticidad.

Dejó la *tablet* en su sitio y miró el reloj.

Faltaba muy poco para que Teo viniera a buscarla. Y esa idea la enderezó por dentro, como si un imán la devolviera a su eje natural.

Eso sí era un buen plan, pensó sonriendo con ganas.

Al anochecer

El restaurante italiano de la Diagonal era íntimo, con luces cálidas, sofás tapizados en terciopelo verde botella y manteles blancos que parecían recién planchados. Xenia no sabía si era el ambiente, el vino o simplemente él, pero no podía dejar de tocar a Teo.

Estaban sentados juntos, muy juntos, en el mismo lado de la mesa, hundidos en un sofá mullido que los obligaba a rozarse a cada movimiento. Y ella, que siempre era consciente de su espacio personal, ahora tenía una mano sobre su muslo, otra acariciándole el antebrazo, y de vez en cuando apoyaba la cabeza en su hombro como si aquello fuera lo más natural del mundo.

Teo estaba encantado. Jamás habría imaginado que Xenia podría ser así de cariñosa fuera de la mazmorra, pero verlo le despertaba algo dentro del pecho que lo deshacía.

—Nos darán la orden en menos de cuarenta y ocho horas —estaba diciendo él mientras bebía un sorbo de vino y la miraba de reojo, plenamente consciente de sus dedos jugando con la nuca de él—. Tenemos las pruebas suficientes para solicitar varios registros a la vez.

Ella le acarició el nacimiento del cabello, suave como quien lo estudia.

—¿Y cómo funciona eso de las órdenes judiciales? ¿Necesitáis un contacto o un juez que os facilite las cosas?

Teo sonrió porque le gustaba su curiosidad y su cerebro siempre despierto.

—Inevitablemente necesitas un juez que entienda las prisas. La ley es lenta, pero algunos jueces no. Tengo un muy buen amigo en el juzgado que sabe que, cuando le llevo algo, es porque tiene

fundamento. Está revisando todo. Entre las pruebas del móvil, las localizaciones de la baliza y lo del camello universitario, no tardará.

Ella asintió, contenta de poder seguirle el hilo.

—¿Cómo te ha ido a ti el día? —preguntó él, dándole un pequeño apretón a la mano que ella tenía sobre su pierna.

—He tenido una entrevista conductual con un sumiso nuevo —comentó Xenia con una mueca divertida—. Un friki llamado Ban Negro. Ya te contaré.

—¿Y qué tal?

—Aburrida —rio con delicadeza—. Pero interesante para el trabajo. Las entrevistas de conducta del sumiso son más mentales. Les preguntas qué buscan, qué necesitan, qué les falta… y qué heridas arrastran. No hay contacto. No hay sumisión real. Solo psicología.

—¿Y tú disfrutas eso? —preguntó él inclinando la cabeza hacia ella, fascinado.

—Mucho. Me gusta ayudarles a entenderse. Y ya te dije que soy muy buena… —le hundió el dedo en el costado, juguetona—. Tú has contratado un *pack* de diez domas conmigo, Teo. Por algo será.

Él ladeó la cabeza, encantado.

—Sí, diez. Y quiero las diez contigo.

Ella sonrió, divertida.

—Vas a tenerme ocupada semanas. Pero quiero que tengas claro algo por si lo dudas en algún momento: no trabajo en las domas físicas con muchos sumisos a la vez. Me concentro en uno y lo ayudo. No me enredo con ninguno.

—Hasta ahora —replicó él, rozándole el muslo bajo la mesa, la caricia firme pero suave.

Xenia suspiró y apoyó la cabeza un instante en su hombro, como aceptando sin palabras que él tenía razón. Era nuevo, extraño, pero cálido.

—¿Podrías manejar una relación con una Dómina que trata con otros sumisos? —preguntó ella mirándolo de frente.

—Si haces lo que dices que haces —respondió él sin dudar—, sí. No es placer para ti, sino terapia para ellos. No te tocan. Tú solo usas lo que sabes para ayudarlos. No veo la incompatibilidad.

A Xenia la tranquilidad le recorrió la columna como un soplo tibio. Nunca había mostrado interés romántico por un sumiso, y Teo no lo era, pero aun así necesitaba saber si su vida encajaba con la de él.

El resto de la cena fluyó entre risas, bromas, historias, anécdotas absurdas y algún que otro comentario mordaz por parte de ambos.

A Xenia le sorprendió descubrir que se entendían de una manera simple, casi natural, y que hablar con él era tan fácil que a ratos olvidaba que lo estaba conociendo todavía.

Compartieron un *coulant* con helado de pistacho, y cuando salieron del restaurante, iban de la mano, sin miedo a mostrarse así.

Teo no quería despedirse y ella tampoco, así que se detuvieron junto al New Beetle rojo de Xenia. Él la arrinconó suavemente contra la puerta del coche, acercándose tanto que podía sentir el calor de su respiración en la piel.

—¿Está mal si te digo que he pensado en comerte entera encima de la mesa del restaurante? —murmuró él con una sonrisa torcida y los ojos ardiendo.

Xenia le apresó el labio entre los dientes, provocadora, antes de contestar contra su boca:

—No hay nada malo, bebé… porque yo solo he pensado en esto.

Le deslizó la mano entre los pantalones, firme, cálida, y la apretó contra su erección. Teo soltó un suspiro ronco y cerró los ojos un instante, vencido por el deseo.

—¿Puedo invitarte a mi casa? —dijo él con la voz más grave de lo normal.

Ella vaciló solo el tiempo suficiente para mirarlo a los ojos y tomar conciencia del salto que estaba a punto de dar.

Y cuando vio su necesidad, que estaba a la par que la de ella, contestó con una decisión suave pero clara:

—Sí. Llévame a tu casa.

Capítulo 16

Entraron en el ático casi sin aliento, empujándose con besos que parecían robarse mutuamente el aire, y Xenia apenas registró el sonido amortiguado de la puerta cerrándose detrás de ellos antes de sentir la mano grande de Teo en su trasero guiándola hacia dentro con una urgencia que se mezclaba deliciosamente con cierta reverencia contenida.

Ella levantó la cabeza para observar, aunque fuera un segundo, el lugar donde él vivía; necesitaba saber quién era Teo sin uniforme, sin mazmorra y sin juegos. Y lo que vio la sorprendió más de lo que esperaba.

El ático era amplio, con paredes blancas, limpias, ni un cuadro torcido, ni un objeto fuera de lugar. Todo estaba organizado con un sentido estético cálido y elegante: madera clara, líneas rectas, alfombras suaves, modernidad, luz tenue y cálida que se filtraba desde lámparas de diseño.

Había orden, pero no frialdad; todo tenía una armonía serena que no habría asociado jamás a un inspector impulsivo, intenso y con un punto salvaje que la dejaba temblando más de una vez. «Vaya…», alcanzó a pensar, pero el pensamiento se perdió cuando él volvió a besarla en la mandíbula, arrastrando sus labios hacia su cuello, abrazándola por la espalda y posando sus manazas en sus senos.

La llevó con pasos entrecortados por un pasillo largo donde la luz ambiental subrayaba el contraste entre sus sombras pegadas una a la otra, y mientras Teo la empujaba suavemente contra la pared para atraparla de nuevo entre sus brazos y su aliento caliente, y le subía el vestido corto hasta mostrar su tanga negro, Xenia vio algo por el rabillo del ojo que le arrancó una sonrisa silenciosa y divertida: en una estantería flotante, cuidadosamente iluminada, en la que había una colección impecable de máscaras de superhéroes.

Batman, Spider-Man, Black Panther, Daredevil… todas expuestas como pequeñas reliquias de una faceta de Teo que jamás habría imaginado.

«Así que este es tu lado friki…», pensó ella, justo antes de que él, sin darle tregua, le girase el rostro y atrapara su boca en un beso profundo que la devolvió al presente con un latido acelerado. Ella alzó el brazo hacia atrás y le rodeó el cuello con el brazo, mientras apretaba su trasero contra su pene duro. Dejaron caer alguna que otra pieza decorativa de la pared cuando avanzaron casi a tientas hacia la *suite* principal, devorándose con besos cada vez más necesitados y ardientes. Teo le dio la vuelta y la subió a horcajadas contra su cintura. Ella le rodeó con las piernas.

Ninguno de los dos podía esperar ni quería hacerlo.

Llegaron a la puerta de la *suite*, chocaron contra ella entre respiraciones entrecortadas, y al abrirla, la luz baja del dormitorio los envolvió. Teo deslizó sus labios por su clavícula, y Xenia sintió que cada paso que daba hacia esa cama enorme era un paso más hacia algo que ya no tenía vuelta atrás.

Pero… ¿dónde estaban sus ansias de dominar? No podía relajarse así con él…. Pero es que la tocaba y a ella le encantaba todo lo que él le hacía.

Sin embargo, cuando la tumbó en la cama, fue Xenia quien tomó el control y se dio la vuelta para quedar ella encima.

Rápidamente le quitó la ropa y lo dejó en calzoncillos.

Teo sonrió y la sujetó por las caderas, moviendo las suyas e imitando el coito contra su entrepierna.

—No entiendo lo que me pasa contigo… Me absorbes la cabeza.

—No hay nada que entender. Solo hay que fluir —le tapó la boca con la mano y él se la mordió.

—¡Ay! ¡¿Qué haces, puto?! —le respondió entre risas agarrándole la barbilla con fuerza—. ¿Cómo te atreves?

—Esta no es tu mazmorra —dijo él provocándola.

Pero ella le contestó mordiéndole en el cuello.

—Que juguemos de igual a igual a veces, no significa que he dejado de mandar. Cuando estés conmigo, siempre estarás en una

mazmorra.

—Debo de estar enfermo si esto me pone cachondo.

—¿Tienes esposas?

A Teo el pene se le puso más duro y se excitó demasiado ante la idea.

—Ahí —le dijo señalándole un armario.

Xenia se levantó, y mientras caminaba hacia el armario se quitó el vestido corto y negro por encima de la cabeza. Después se descalzó, abrió las puertas del armario y ubicó las esposas rápidamente.

Se dio la vuelta y dio varias vueltas a las esposas entre sus dedos.

—Espero que tengas las llaves.

—Claro que sí.

—Bien.

Xenia saltó sobre la cama y se colocó a horcajadas encima de él, sentándose sobre su erección. A Teo le hipnotizaba cómo se movía su melena lisa y cómo los mechones le rodeaban la cara, y el flequillo se movía en armonía.

—Levanta los brazos.

—Sí, Mistress —es que ese tono le calentaba de mala manera.

Xenia lo recompensó besándolo mientras encajaba las esposas en sus muñecas y las pasaba por detrás de uno de los barrotes del cabecero de la cama.

A ella le fascinaba su cuerpo. Le pasó las uñas por el pecho musculoso y se inclinó a morderle y besarle los pezones.

Él gimió y se mordió el labio inferior.

—Te gusta esto… —dijo ella congratulada.

Después mientras sujetaba uno de sus pezones entre sus dientes, deslizó la mano hasta meterla dentro de sus calzoncillos y sujetarle bien el pene.

Teo volvió a gemir y ella estiró los dedos hasta arañarle suavemente los testículos.

—Joder… —gruñó él apretando los dientes.

Xenia se deslizó por su cuerpo hasta que su cara quedó sobre su miembro. Le bajó los calzoncillos hasta las rodillas y lo miró con

ojos entornados.

Teo quería verla mientras se lo llevaba a la boca, pero ella no lo hacía.

—¿Qué es lo que quieres, Teo? Pídemelo.

Él tragó saliva y contestó:

—Quiero que me pruebes.

—¿Así se piden las cosas?

Teo la miró fijamente y dijo:

—Por favor, Mistress.

Y Xenia contestó:

—Muy bien, bebé. Esto va a ser largo, así que no te corras.

Y se lo llevó a la boca. Succionaba con maestría, pero también con dedicación, mientras sus dos manos trabajaban sobre él, una en los testículos y la otra masturbándole el tallo.

Minutos después, Teo estaba tenso y sudoroso y luchaba contra el placer tortuoso que le infligía la dulce y atenta Dómina que se dedicaba a él, solo a él.

Pero en algún momento, en el que la pasión y el éxtasis rayaban la locura, y su garganta lo acariciaba, Teo dijo:

—Xenia…

Ella alzó la cabeza con interés. Era evidente que eso no era una doma para ella, de lo contrario, nunca habría atendido a su nombre. Y eso lo único que le podía indicar era que estaba realmente interesada en él, y que, de algún modo, se estaba vinculando. Y aunque la asustó, acabó contestando:

—Dime.

—Ven. Ponte en mi cara. Yo también quiero darte placer.

No le dijo ni siquiera por favor, esa coletilla que decantaba siempre quién estaba al mando.

Y a pesar de eso, Xenia respondió, porque incluso en el punto de locura y tensión sexual en el que se encontraba, pensaba también en el placer de ella. Y era… inesperado.

Entonces se dio la vuelta y colocó su sexo sobre la cara de Teo. Estaban haciendo un 69 y cuando Teo empezó a saborearla y a hundir la lengua en ella, ni siquiera tuvo que decirle cómo le gustaba, porque él ya lo sabía.

Sabía cuándo morderla, cuando succionarla y cuando azotarla con la lengua… y ni siquiera podía usar sus manos.

Y mientras tanto, ella se entregaba a darle el mismo placer. Fue una simbiosis perfecta.

—Me… voy a correr.

—Hazlo —le ordenó ella acogiendo de él todo lo que podía—. Yo estoy a punto.

—Pero no quiero hacerlo en tu…

—Te estoy comiendo, Teo. Es para que te corras, no para que te cortes —dijo mordiéndole internamente el muslo.

Teo dio un respingo e inmediatamente después Xenia se volvió a meter el grueso miembro en su boca.

Quiso retener el orgasmo más rato, pero después de unos agónicos minutos de atenciones orales, se vio estallando en la boca de Teo y él, al sentir su éxtasis, irremediablemente también estalló dentro de ella.

Y a Xenia no le importó. Era la primera vez que se tragaba la semilla de un hombre, porque nunca le había apetecido hacerlo o nunca había sentido la suficiente intimidad para ello.

Después de aquella conexión e intimidad y de hacerse el amor oralmente, Xenia estaba temblando y cogiendo aire, con la cara apoyada en el musculoso muslo de Teo.

Pero entonces, él la sorprendió, al levantarla.

—¿Qué…? —susurró, confundida—. Pero si tienes las esposas…

Teo no contestó de inmediato. Cambió las posiciones, la tumbó con una seguridad que la desarmó por completo, y se posicionó sobre ella como si fuera el único lugar donde quería estar. Sus ojos, oscuros y encendidos, parecían capaces de quemar cada centímetro de su piel.

—Estas no tienen llave —murmuró él, con su voz tan baja que parecía hecha para quedarse atrapada entre los labios de ella.

—¿Me has engañado?

—Soy malo… muy malo —dejó caer la boca sobre uno de sus senos.

Xenia lo miró intensamente, apoyando las manos en sus hombros, no para apartarlo del todo, sino para sentirlo firme, real y decidido.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó con una mezcla exquisita de autoridad y expectación.

En vez de responder, Teo deslizó la lengua por el cuello de ella, lenta y profundamente, hasta llegar al lóbulo de su oreja, que atrapó con los dientes de forma suave pero arrebatadora.

—Solo lo que llevo toda la noche queriendo hacer —susurró contra su piel caliente—. Estar contigo sin límites. Quiero meterme dentro de ti toda la noche. Hasta que ya no podamos más. Hasta que estemos tan inflamados que duela, Xenia.

Ella sintió un escalofrío recorrerle la columna. Cada palabra, cada gesto, cada respiración de él sobre su piel parecía conectarla a algo más primario y honesto de lo que ella conocía de sí misma.

Con un movimiento fluido y seguro, Teo le alzó las muñecas y con las esposas las aseguró a la barra del cabecero. Lo hizo con una firmeza respetuosa, de esas que no aplastan, sino que envuelven porque buscan dominar a una dominante, sino encontrarse con ella en el punto exacto donde la fuerza y la entrega se equilibran.

Xenia sabía que no era una presa; sabía que él no la reduciría ni un solo milímetro. Era otra cosa. Era poder encontrando poder. Era confianza disfrazada de provocación y fuego que reconocía fuego.

Ella no se asustaría. Sabía que no le diría que no. Tal vez se sentiría vulnerable y expuesta, pero él también conocía los instintos y las necesidades de esa mujer que solo ante él se abría como un libro, y sabía que no buscaba a un sumiso. Buscaba a un igual que pudiera estar a la altura de sus exigencias y de sus necesidades y que, como mínimo, fuera igual de fuerte y poderoso que ella.

Teo cogió un condón de la mesita de noche y se lo puso mientras se mordía la lengua con concentración.

Él se inclinó de nuevo hacia ella, con los labios rozando los suyos, y volvió a preguntarle en un susurro grave:

—¿Quieres? —insistió él rozando su erección de nuevo dura contra su sexo húmedo.

Xenia no entendía aquel cambio de tornas, pero lo agradecía y fue como una revelación.

El roce íntimo, la tensión acumulada, la respiración compartida… todo ello se mezclaba en un torbellino que la envolvía desde dentro. No entendía aquel arrebato tan súbito en él, pero lo agradecía. Su cuerpo, su mente y su orgullo lo agradecían, porque por primera vez, alguien la trataba no como una figura de control absoluto, sino como una mujer capaz de dejarse sentir sin perder un ápice de poder.

—Si te digo que pares, paras —advirtió ella con la voz ronca.

—Te lo prometo —contestó sin apartar la mirada, con una sinceridad tan desnuda que la desarmó más que cualquier toque—. ¿Quieres palabra de seguridad? —preguntó él, casi sonriendo.

—No hace falta —respondió ella, y la forma en que lo dijo fue una invitación tácita, como una rendición consciente que solo alguien tan fuerte como ella podía ofrecer—. Los roles no van a cambiar tanto, bebé. No te flipes —le advirtió ella dejando que él, de un movimiento intenso y potente, se deslizara por completo en su interior.

Ella se quedó sin respiración unos segundos, acogiéndolo como podía.

Entonces él se inclinó, la besó como si estuviera descubriendo un tesoro que necesitaba memorizar con la boca, y la intensidad creció entre ambos.

El ritmo se convirtió en un lenguaje propio, en un vaivén que mezclaba el deseo, la conexión, el desafío y algo más íntimo, más silencioso, que los dos reconocieron en ese instante sin necesidad de darle un nombre.

Xenia tuvo que morderle el hombro, incapaz de contener la oleada de placer que la sacudió. Teo la sostuvo con ambas manos en el rostro, como si quisiera verla en ese momento exacto, como si ese primer estallido de ella fuera un mapa que necesitaba grabarse en la memoria.

Y aunque el temblor que la recorrió la dejó temblorosa y con la respiración entrecortada, ambos sabían —lo sabían sin palabras— que aquello no era el final, ni de esa noche ni de lo que estaba creciendo entre ellos, de forma tan intensa como inevitable.

Teo le dejó unos instantes para recuperarse, pero estaba decidido a destruirla.

Xenia gimió por la invasión tan excelsa y que tanto la llenaba y él, empezó a zambullirse de nuevo en ella, hasta que el sonido de sus cuerpos celebrándose inundó la habitación.

Y, de repente, cuando él encontró el punto exacto en el que frotarse y golpear, ella tuvo un orgasmo potentísimo.

—Vamos por más, bebé —le dijo él con fuego en los ojos.

Y fueron a por muchos más.

Antes de amanecer, el ático de Teo estaba sumido en una quietud tibia y vibrante, como si las paredes mismas contuvieran todavía la onda expansiva de lo que habían hecho. La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por el resplandor tenue que entraba desde el puerto, y allí, en la cama deshecha, ellos dos yacían abrazados, desnudos, marcados por la noche y absolutamente desarmados el uno frente al otro.

Xenia estaba recostada sobre Teo, con una pierna sobre la suya y los dedos descansando apenas sobre su abdomen. Las marcas rojizas en su piel, los mordiscos, las huellas donde él la había sujetado… todo formaba un mapa íntimo que hablaba de entrega y de poder compartido.

Y Teo, con la respiración todavía algo agitada, tenía en el pecho y en los hombros la marca precisa de los dientes de ella, que eran un recordatorio perfecto de que había ido tan lejos como ella lo había permitido… y que no había querido parar.

Habían estado a punto de no poder moverse, pero las ganas de hablar —esa nueva adicción que compartían— los había mantenido

despiertos mientras bebían agua fría y compartían fruta que él había llevado desde la cocina. Uvas, fresones y trozos de mango que se iban pasando lentamente, como si el acto mismo de alimentarse se hubiera convertido en una extensión de la intimidad.

—Entonces… —preguntó Teo, acariciando el brazo de Xenia con los nudillos—, ¿ya me has analizado? Me has hecho tu famoso perfil, ¿eh?

Xenia sonrió con esa pereza deliciosa que le daba el sueño entre los músculos, y levantó la mirada hacia él.

—Claro que sí —respondió con naturalidad, como si leerle el alma fuera algo tan simple como respirar—. ¿Quieres saberlo?

Teo asintió, aunque por dentro la idea de oírlo lo intimidaba más que todas las palas, fustas y cuerdas juntas.

Xenia se acomodó un poco, quedando medio encima de él, y empezó a hablar con la serenidad clínica de una criminóloga mezclada con el cariño suave de una mujer que había pasado horas con él sin apartarle los ojos.

—Eres fuerte —dijo primero, deslizando un dedo por la línea de su clavícula—, pero muy sensible. No vulnerable, no confundas. Sensible porque has crecido con cariño, con un modelo del amor que es seguro. Sabes lo que es sentirse querido, así que no tienes miedo a querer. Por eso no te gustan las historias cortas: te parecen vacías —Teo abrió un poco los ojos, sorprendido—. También eres disciplinado —prosiguió ella—, pero no rígido; leal hasta el tuétano; rápido de cabeza; muy inteligente. Te gusta el sexo, pero aún más dar placer. No te interesa gustarle al mundo… solo a ti mismo y a la mujer que elijas. Porque eres, aunque no lo parezca a simple vista, un romántico.

Teo se quedó mirándola con esa expresión completamente franca, como si le hubieran arrancado cualquier defensa.

—Joder… —susurró—. Es exactamente así.

—Lo sé —dijo Xenia, llevando una uva a sus labios. Él la atrapó con los dientes, fascinado—. Ahora tú —pidió ella después de un rato—. ¿Qué sabes de mí?

Teo le tomó la mandíbula con suavidad, acercándola a su pecho para besarle la frente.

—Creo —empezó con voz baja— que tú y tu hermano tenéis ese vínculo tan fuerte porque os faltaron figuras paternas estables. Y os hicisteis el uno al otro. Creo que eres tremendamente fuerte… y también muy tierna, aunque te aterra mostrarlo. Dominas los cuerpos, pero sin manipular las voluntades. Y por eso sé que contigo puedo ser yo —Xenia sintió cómo el aire se le enganchaba un segundo en la garganta. Él continuó—: Eres noble, divertida, sincera, rápida de mente y con una capacidad enorme para ver lo que otros no ven. Y… no creo que dejes que nadie llegue tan cerca de ti como me dejaste llegar a mí esta noche.

Fue demasiado. Xenia apoyó la cara en su pecho y sonrió en secreto, sin poder evitarlo.

—¿Qué tal lo he hecho? —bromeó Teo llevándose otra uva a la boca.

—Nada mal —respondió ella, dejando que él le ofreciera una más con los dedos—. Eres bueno.

—¡Por fin un halago! —celebró él en voz baja, y ella soltó una risa suave que se mezcló con la cercanía.

—¿Qué piensas del amor? —preguntó Teo después, con esa curiosidad real que la desarmaba.

Xenia tardó en contestar. Él no la apuró.

—El amor… —repitió ella, mirándolo como si buscara las palabras dentro de él—. No sé si sé reconocerlo. Nunca he tenido uno sano. Tuve una relación muy tóxica con alguien muy celoso, alguien que quería mucho… pero que me hacía pequeña. Y lo dejé —Teo no dijo nada—. Ella siguió: Mis padres… se querían, creo. Pero yo los vi desde los ojos de una niña. No sé si aquello era amor adulto o solo costumbre. Durante mucho tiempo pensé que para mí no habría amor, porque a los hombres les cuesta aceptar a una mujer muy femenina pero también con huevos. Eso incomoda.

—Incomoda a los inseguros —corrigió Teo con suavidad, acariciándole la espalda—. A los tíos como yo… no.

Ella levantó apenas la mirada.

—Pero también sé —añadió él— que le tienes miedo al amor y a necesitar a alguien. A depender.

—Debería temerlo cualquiera —susurró Xenia.

Teo sonrió con un cariño grave y profundo, y empezó a hablarle despacio, como si la arrullara:

—Te voy a contar algo. Mi padre siempre decía que el amor no es para los que están completos… sino para los valientes. Decía que amar no es necesitar, es elegir. Elegir cada día. Y que elegir da miedo, porque te vuelve vulnerable. Pero que lo que vale la pena siempre asusta primero.

Xenia fue cerrando poco a poco los ojos, arrullada por el tono bajo y cálido de su voz, por su mano dibujando círculos lentos en su espalda, por el olor a él, a piel y madrugada.

Antes de que terminara la historia, ya estaba dormida sobre su pecho, respirando con calma.

Teo bajó la mirada, la besó en la coronilla con un cariño que no esperaba sentir tan pronto, y sonrió en la penumbra.

—Eres valiente —susurró, como si ella pudiera oírlo—. Mucho más de lo que crees.

Capítulo 17

Al día siguiente

Mientras Teo estaba reunido con todo su equipo en la sala de operaciones, repleta de paredes cubiertas de paneles acrílicos con fotos, nombres, conexiones y rutas trazadas con rotuladores fluorescentes, reinaba esa mezcla de tensión y concentración que él conocía bien. Los agentes estaban dispersos alrededor de la mesa central, tomando notas, revisando sus *tablets* y haciéndose preguntas técnicas entre ellos. Era casi mediodía, y el olor del cuarto café de la máquina llenaba el ambiente.

Teo se mantenía de pie, con las mangas de la camisa remangadas, y esa energía férrea de líder que siempre lo acompañaba cuando la cosa iba en serio.

Señalaba con un puntero láser tres puntos rojos en el mapa digital.

—Equipo A: Fiesta nocturna en Collserola. A partir de las veintidós horas se cortan los accesos y se procede a registrar todos los vehículos que entren y salgan. Las balizas ya están preparadas. Quiero un helicóptero de apoyo y dos controles móviles adicionales por si alguno intenta huir por las rutas secundarias —explicó, firme.

Camacho levantó la mano.

—¿Entramos de uniforme o de paisano?

—Ambos. Paisano para mezclarse y captar movimientos y uniformados para la intervención final —respondió Teo sin vacilar. Pasó al siguiente punto del mapa—. Equipo B: El taller Sobre Ruedas. Necesito una entrada rápida, sin aviso previo. Tenéis que ir con todo: revisad los compartimentos ocultos, sótanos, trasteros, vehículos en reparación. Ahí hay algo seguro.

Los agentes del equipo B tomaron nota, intercambiaron miradas, algunos murmuraron comentarios técnicos. Sabían que ese garaje podía ser un nido de problemas.

Finalmente, Teo señaló la tercera zona marcada.

—Equipo C: Cadenas MásPan. Son varios locales, así que nos dividiremos. No buscamos pan, ya sabéis: buscamos registros contables, accesos restringidos, almacenes, químicos y rutas internas. Los Piero son listos, no van a dejar nada a simple vista, así que quiero al equipo informático listo para tumbar sistemas si hace falta.

Algunos agentes asentían; otros fruncían el ceño ante la magnitud de la operación

Ribes levantó la mano.

—¿Y el objetivo final, jefe? ¿Cuál es el protocolo si encontramos al Mulato en alguno de los puntos?

Teo apoyó ambas manos sobre la mesa, inclinándose hacia adelante.

—Si lo encontramos, quiero una detención limpia, sin riesgos para civiles y sin persecuciones que se nos escapen de las manos. Es peligroso, pero no tonto. No podemos subestimarlo. Cada uno debe actuar siguiendo el protocolo al pie de la letra.

Hubo murmullos de aprobación. Teo respiró hondo, sintiendo el peso de lo que iba a ocurrir en menos de cuarenta y ocho horas.

—Repasad los roles, revisad las comunicaciones y a las dieciocho horas quiero un simulacro rápido. No hay margen de error —concluyó.

El equipo comenzó a dispersarse. Cada agente estaba sumido en su propio plan mental, con sus listas y sus preocupaciones. Teo se quedó revisando unos documentos en su móvil, intentando verificar por última vez la correlación entre las rutas detectadas por la baliza y las zonas de venta universitarias, cuando el teléfono vibró en su mano.

Era Xenia.

En medio de la tensión, de los mapas, las órdenes, los coches y las balizas, el nombre de ella en la pantalla le hizo aflojar los

hombros un segundo.

Descolgó inmediatamente.

—Xenia… —dijo con una mezcla de sorpresa y calidez que no usaba con nadie más.

—Hola, guapo.

—Hola, nena.

Lo dijo casi sin querer, con el tono cálido que salía al hablarle. Xenia no comentó nada, pero al otro lado hubo una breve pausa, como si aquel apelativo hubiese atravesado su piel sin pedir permiso.

—Tengo algo que contarte —añadió ella, con ese tono suyo tan resuelto. Algo entre autoridad y caricia.

—Te escucho, informadora —respondió él, dejando caer el cuerpo contra la barandilla, interesado y alerta.

—Después de ir a mi casa esta mañana, he pasado por el Tunecar, y le he contado a mi hermano y a Darren lo que me explicaste de Sobre Ruedas.

El cuerpo de Teo se tensó instantáneamente.

—¿Y?

—El dueño es Rod Trebas. Rodolfo Trebas —aclaró ella—. Ese tipo ha tenido problemas con Toni… y graves. Siempre intenta hundirles con críticas falsas y ha mandado clientes comprados para intentar empaquetar al taller o pillarles algún fallo. Nos tiene manía. O, mejor dicho, les tiene manía.

Teo entrecerró los ojos. Eso ya olía a algo más que competencia sucia.

—Ellos también copiaron los eventos automovilísticos —añadió Xenia—. Por eso la fiesta del viernes en Collserola la organizan ellos como *partners.*

La cabeza de Teo conectó datos a toda velocidad.

Xenia bajó aún más la voz:

—Y uno de los hombres de confianza de Rod es un mulato enorme. Un armario. Con trenzas pegadas al cráneo. El otro día coincidieron en un concesionario para comprar coches de segunda mano… Darren lo vio.

El silencio de Teo fue una exhalación contenida.

El mulato.

El fantasma del caso. La pieza que faltaba.

—Xenia… —respiró él, impresionado—. No solo me tienes loco… es que además me estás dando media investigación hecha. Tendré que hacerte una mención especial en el informe.

—Si eso me abre puertas para trabajar en Barcelona en un futuro, perfecto —respondió ella sin perder su tono ligero.

Teo sonrió solo con imaginar su forma de caminar cuando hablaba así, como si el mundo fuera demasiado pequeño para su determinación.

—Hoy vas a estar liado, ¿verdad?

—Saldré tarde… —dijo él mirando el reloj— pero si quieres verme, voy donde me digas.

Hubo un silencio que solo ocurre cuando dos pieles se reconocen a distancia.

—Si quieres —dijo ella por fin, casi en un susurro— puedes venir a mi casa después.

—Sí, Mistress —respondió él sin pensarlo, y sabía que esa palabra, dicha así, era un dardo directo al centro de ella.

La escuchó inhalar como si hubiese intentado no sonreír.

Antes de colgar, Teo añadió:

—Voy a pedir que echen adelante todo lo que encuentren sobre Rod Trebas y su mano derecha.

—Hazlo. Darren dice que está podrido por dentro.

—Un beso, preciosa.

—Otro para ti.

Teo colgó… y volvió a la mesa con otro aire. El equipo lo vio entrar y supo que algo había encajado mejor que nunca. Tenía una pieza nueva, una pista real, y también un motivo poderoso para cerrar el caso cuanto antes.

Xenia estaba deseando ver a Teo. Era casi absurdo lo consciente que se había vuelto de la hora, de los minutos que

faltaban para cerrar y salir del Femistocrazy. Pero, antes de marcharse, seguía revisando las fichas de las terapias personales de sus tres sums semanales de conducta. Y después, la excepción que no dejaba de rondarle la cabeza: el *pack* de domas de Teo. Su bebé.

Una sonrisa involuntaria le cruzó los labios cuando leyó su nombre en su agenda digital y la borró enseguida para que ni ella misma se acusara de sentir tanto.

No había aceptado la solicitud de doma física del sum del día anterior, Ban Negro. Algo en aquel hombre no cuadraba. Demasiado insistente, demasiado atento… pero no de la forma adecuada.

Y a Xenia le desagradaban los sums que no sabían leer límites. Cerró la ficha con un toque seco en la pantalla.

Minutos después, el móvil del club vibró. Era Lauren desde recepción.

—Oye, cariño.

Xenia apoyó la espalda en la silla y cerró los ojos un instante.

—Dime, Lauren.

—Está aquí el sum Ban Negro. Dice que le gustaría hablar contigo.

Xenia abrió los ojos, ya con la respuesta preparada, firme y sin una grieta.

—No tiene que hablar conmigo. Le dije que no era apto, y no he aceptado su insistencia en la doma. No hay nada más de lo que tengamos que hablar.

—Entonces, ¿no lo vas a atender? —preguntó Lauren, con ese tono bromista que solo usaba cuando sabía que la respuesta era evidente.

—No —repitió Xenia, clara como un cristal—. Dile que gracias por venir.

Lauren rio suavemente.

—Perfecto. Se lo diré.

—Gracias, Lauren.

Al colgar, Xenia se quedó un momento reflexionando con la punta de un bolígrafo golpeando la mesa. Una de las grandes maravillas del Femistocrazy era esa: poder filtrar. Poder decir no.

Poder preservar su energía y su integridad escogiendo a quién guiar y a quién no. Ella tenía la última palabra y su instinto rara vez fallaba.

Y, aun así, algo en aquel hombre pelirrojo, con esa mirada demasiado directa, seguía revolviéndole la nuca. No era miedo. Era simplemente, desconfianza.

Y Xenia era muy buena leyendo alarmas internas.

Eran las seis de la tarde y el cansancio ya se había instalado en la nuca de Teo como una pinza caliente, tensando músculos y hombros. Había repasado los últimos detalles de la operación del viernes, había firmado documentos, revisado protocolos y tragado un café casi hirviendo para mantenerse despierto y lúcido.

Le faltaba enviar un último informe y reunir de nuevo al equipo cuando el móvil vibró con la llamada de Ribes, el compañero binomio de Camacho. El tono de urgencia le recorrió la columna como una descarga eléctrica.

—Jefe.

El timbre en la voz del agente no era el de un simple reporte. Teo se enderezó en la silla.

—¿Qué sucede? ¿Habéis cerrado el seguimiento de Jano en su casa?

El silencio previo a la respuesta fue tan corto como insoportable.

—Te llamo por eso —contestó el agente, y su voz sonaba preocupada de una forma que Teo rara vez escuchaba en sus subordinados—. Un tío con capucha ha apuñalado a Jano. Yo me he quedado con el chico, y Camacho ha salido corriendo en busca del agresor. Lo ha alcanzado, pero… han disparado a Camacho. Está herido.

La oficina entera pareció quedarse sin aire. Teo se levantó de golpe y la silla salió disparada hacia atrás.

—¿Cómo que le han disparado? —rugió, sintiendo un fuego helado expandirse por las venas—. Lo primero: ¿el chico y Camacho están bien? ¿Dónde están?

—Están en el Hospital General de Barcelona —respondió rápido —. Los dos están fuera de peligro, pero las heridas son aparatosas. Jano tiene una puñalada profunda en el costado, muy cerca del riñón. No ha perforado órganos, por suerte, pero van a tener que suturarle el músculo y controlar la hemorragia. Lo de Camacho… —el agente tragó saliva, conteniendo la rabia—. La bala le ha atravesado el hombro por la parte posterior y le ha destrozado parte del deltoides. Lo están interviniendo ahora mismo para reconstruir tejido. Dolerá de cojones, pero vivirá.

Teo apoyó una mano contra la mesa para no golpear nada. Sentía la mandíbula tensa y tenía los dientes apretados. El latido furioso de su corazón golpeaba en su cuello.

—Me cago en todo… joder… —soltó con un gruñido que le salió de lo más hondo, deslizando una mano por su pelo oscuro y rizado, tan crispado que le temblaban los dedos. Quería gritar. Quería tener al hijo de puta que había hecho eso delante.

El agente continuó hablando más controlado:

—Están fuera de peligro los dos, jefe, te lo aseguro. En la aplicación de contacto con los camellos que tenía Jano en su móvil estaban pidiéndole el dinero de anteriores tráficos. Por lo visto, el tontolaba no les había pagado… o pensaba hacerlo con la última recolecta. Pero cuando le requisamos las drogas y dejó de contestar… han ido por el camino rápido.

Era evidente. Si mezclabas un kilo de Tussi adulterado con burundanga, la misma droga encontrada en las víctimas, más un camello amateur en deuda, con traficantes sin paciencia daba como resultado: un ataque.

Teo apretó los ojos un segundo y respiró hondo. Luego abrió los ojos como si los tuviera ardiendo.

—De acuerdo —dijo al fin, con una calma que era puro hielo sobre la furia—. Voy a ir para allá.

—Ya estoy yo aquí, jefe. Y he llamado a la mujer de Camacho y a los padres del chico.

Teo asintió en silencio, aunque el agente no podía verlo.

—Muy bien. Buen trabajo —dijo, esforzándose por que la voz no le temblara—. Pero voy a ir igualmente. Es un compañero. Joder.

—Pues aquí te espero.

El silencio se instaló después de la llamada, pero no era un silencio tranquilo: era el silencio previo a una tormenta.

Y Teo, con la desazón encima, el pecho comprimido y una determinación que casi le quemaba por dentro, agarró sus llaves, su placa y el arma reglamentaria y salió de la comisaría.

Esos cabrones se iban a enterar.

Xenia cerró la carpeta electrónica, se levantó con su elegancia innata y caminó hacia el vestuario.

Ya casi podía imaginar el mensaje de Teo cuando estuviera por llegar a su casa. La voz grave diciéndole que estaba de camino, esos ojos que parecían querer devorarla y protegerla a la vez y esa forma de mirarla que… joder, no debía pensar en eso aún.

Pero qué narices, quería verlo. Y eso la sacudía por dentro.

Cogió la chaqueta, tomó el bolso y se preparó para salir.

La noche ya había caído sobre la Diagonal cuando Xenia cerró la puerta del Femistocrazy con la sensación de que necesitaba aire, café y, si podía ser, un mensaje de Teo avisándole de que ya había salido de comisaría para poder esperarlo en casa con algo rico para cenar. Tenía la cabeza llena de fichas, perfiles y terapias, pero también llena de él, de algo que ella no recordaba haber sentido nunca con nadie.

Sostenía el bolso con una mano y se ajustaba el abrigo con la otra cuando se detuvo en seco. A unos metros, como si hubiera surgido de la nada, estaba Ban Negro, recostado contra la pared exterior del local.

No era invasivo, no le cortaba el paso, pero su sola presencia hacía que Xenia tensara el cuello y la columna con ese instinto finísimo suyo para detectar cuando algo estaba mínimamente fuera de lugar.

Ban levantó una mano en un gesto pacífico.

—No quiero molestarte —dijo él de inmediato—. Solo necesito decirte algo y como en el club no he podido… pensé que quizás aquí…

Xenia mantuvo la distancia. Incluso dio un paso a la derecha para dejar claro que no pensaba acercarse más de lo necesario.

—Conmigo no tienes nada que hablar —respondió con una serenidad fría que ocultaba su incomodidad—. No eres apto para una doma, eso es todo. No pasa nada. Otras Dóminas pueden ayudarte.

Ban bajó ligeramente la cabeza, como aceptando el golpe, pero no parecía ni frustrado ni enfadado; más bien estaba extrañamente centrado.

—Lo sé. Y te pido perdón si insistí. No volverá a pasar —dijo con un tono que no logró tranquilizarla del todo—. Pero de verdad necesito transmitirte algo y no sabía cómo hacerlo si no podía pedirte otra cita.

Xenia frunció el ceño, alerta.

—Dilo rápido.

—Formo parte de una comunidad de sumisos. Grande. Seria. Este viernes organizamos un evento privado, con cena y fiesta después, y estamos buscando a alguien profesional para dar una conferencia previa. Una charla de una hora sobre psicología del sumiso y dinámicas mentales. Me gustaría proponerte a ti.

Xenia no se esperaba eso en absoluto. Parpadeó, sorprendida.

—¿Una conferencia? ¿A mí?

Ban asintió despacio.

—Sí. Te vi en acción en la entrevista. Sabes escuchar, sabes leer. Hay sumisos que pagarían por poder escucharte hablar de lo que sé que dominas. Y… bueno… —se frotó la nuca rapada—. El pago sería de cinco cifras.

Xenia sintió cómo su respiración se alteraba. Cinco cifras. ¿Quién demonios pagaba eso por una charla? Era absurdo. Era demasiado dinero. Y justo por eso, quizá, era aún más tentador.

Pero no bajó la guardia. Nunca la bajaba.

—¿Una charla antes de una fiesta BDSM? —preguntó sin emoción, evaluándolo todo como si estuviera ante un sospechoso.

—Exacto —confirmó Ban—. Solo una hora. Palabras, teoría y orientación. Sin domas. Sin contacto físico. Solo tú, hablando. Y muchos sums agradecidos de aprender.

Ella se lo quedó mirando, intentando detectar la mentira en los ojos oscuros del hombre, pero lo único que veía era una mezcla rara de nervios, admiración y… algo más sutil. Algo que no sabía nombrar.

Y, aun así, no confiaba del todo.

Miró el móvil. Teo no había escrito. Seguramente, seguía enterrado en informes, declaraciones, órdenes judiciales, balizas y registros que debían coordinar. Xenia sabía que tenía una ventana pequeña antes de volver a casa.

—Quince minutos —dijo finalmente—. Ni uno más.

Ban soltó el aire como si hubiera estado conteniéndolo y asintió.

—Claro. Gracias. Podemos hablar ahí —señaló con la barbilla el pub-restaurante frente al Femistocrazy—. Estará tranquilo.

Xenia lo siguió manteniendo tres pasos de distancia y los sentidos bien despiertos. No confiaba aún, pero la propuesta era demasiado inusual —y demasiado rentable— como para descartarla sin entenderla primero.

Además, tenía algo en el estómago, una intuición, de que aquello no era tan simple como una charla. Y de que, de algún modo, se estaba abriendo una puerta que no entendía del todo… pero que debía mirar por dentro.

Porque si había aprendido algo en su vida, era que las oportunidades —y los peligros— nunca venían por separado.

Capítulo 18

Teo necesitaba verla incluso antes de lo previsto, como si todo su malestar se hubiese concentrado en un único deseo urgente: refugiarse en Xenia.

Salió del hospital todavía con los nervios vibrando bajo la piel, con ese cansancio denso que da la rabia contenida, pero por lo menos, se había asegurado de que Jano y Camacho estaban estabilizados, trasladados a planta y fuera de peligro inmediato.

Aun así, algo en su interior seguía ardiendo. Estaba cabreado, frustrado y con esa furia fría que solo aparece cuando tocan a los tuyos. Algo se le había escapado y ahora, necesitaba poder respirar en un lugar que no fuese comisaría, hospital o coche patrulla.

Quería verla a ella. Solo eso.

Condujo casi en automático, sin música, sin pensar demasiado, dejando que el trayecto lo sacudiera un poco y le diera tiempo para templarse.

Aparcó a una manzana del Femistocrazy, en una calle lateral donde siempre había algún hueco reservado para carga y descarga a esas horas. Bajó del coche y se ajustó la chaqueta, respirando hondo, intentando recomponerse para no llegar a ella con el alma agitada.

Pero no llegó a cruzar la calle.

Algo lo detuvo en seco.

A través de los ventanales amplios y limpios del pub-restaurante que estaba justo enfrente del club, vio a Xenia sentada en una mesa lateral, acompañada por un hombre. Ella estaba inclinada hacia él, escuchando con interés lo que aquel individuo le mostraba en un iPad. Teo se quedó quieto, como si la escena le congestionase el pecho.

No eran celos. Él no funcionaba así. Era… otra cosa. Una alerta interna. Un instinto viejo y muy bien entrenado.

Porque aquel hombre tenía algo oscuro. Algo en la postura, en la forma de mirar a Xenia mientras hablaba, en ese gesto apenas contenido que Teo había visto demasiadas veces en hombres que pretendían dominar de manera incorrecta, que disfrazaban la manipulación de interés, que creían que ciertas mujeres estaban hechas para ser controladas.

Teo se fijó en Xenia. Estaba preciosa. Llevaba botas altas, unos leggins negros y un jersey violeta ajustado que resaltaba cada curva de un modo sutil pero magnético, y el cabello largo suelto, perfecto. Su manera de inclinar la cabeza, concentrada, profesional, era la de siempre: segura, centrada, con esa atención afilada que sabía dar cuando algo le despertaba la mente.

Lo que le molestó no fue verla con otro hombre. Lo que le molestó fue cómo la miraba ese hombre.

No la estaba viendo como la veía Teo.

No la estaba escuchando.

No estaba interesado en su luz ni en su inteligencia ni en su manera tan particular de ocupar espacio. Ese tipo la observaba como si ya la hubiese elegido para algo. Como si ya la hubiera colocado en un papel en su cabeza.

Se quedó ahí, en la acera, con las manos en los bolsillos, masticando su ansiedad como podía. No entró ni cruzó la calle. Tampoco alzó la voz para llamarla ni golpeó el cristal como haría un hombre inseguro o arrogante.

No era así. Nunca lo sería.

Esperaría pacientemente a que la reunión terminara.

Xenia se despidió de Ban en la puerta del restaurante, y aunque él mantuvo cierta distancia, le rozó las mejillas con dos besos que no había pedido y que la pillaron completamente desprevenida.

La sensación fue breve, pero tuvo esa cualidad incómoda que se queda adherida a la piel durante minutos, como si invadiera un espacio que para ella era sagrado.

Respiró hondo para sacudirse el malestar, cruzó la calle con paso rápido y fue entonces cuando lo vio. Apoyado en una farola, con las manos dentro de los bolsillos y la mirada fija en ella, estaba Teo.

La luz del foco amarillento caía sobre su rostro como una caricia tenue, pero sus ojos tenían un brillo oscuro que no combinaba con ese escenario plácido.

Parecía una estatua de vigilancia, un guardián que había llegado antes de tiempo.

Xenia sintió una punzada de alegría tan inmediata que le calentó el pecho. No lo esperaba, y por eso la emoción la desbordó. Aceleró los pasos, sonriendo sin poder evitarlo, encantada de verlo ahí sin previo aviso.

—¡No esperaba que vinieras aquí! Pensaba que irías directamente a mi casa. —Se acercó aún más, y como el gesto le nació natural y pleno, se puso de puntillas y depositó un beso suave en sus labios, con la familiaridad de alguien que sabe que ese es el mejor «hola».

Pero al mirarlo de cerca, percibió el matiz. Tenía tensión en su mandíbula y ese brillo demasiado denso en sus ojos junto a la quietud que no era serenidad, sino contención, hablaba de que algo no iba bien.

Teo estaba enfadado, o dolido, o ambas cosas, y las alarmas internas de Xenia —que siempre funcionaban con precisión quirúrgica— se encendieron.

—¿Qué te pasa? —preguntó mientras le ponía la mano en la mejilla, un gesto que a él le rompió alguna defensa invisible.

Y Teo, que se derretía con esas muestras de cariño, pero estaba sofocado por el peso del día, soltó una exhalación cargada.

—No he tenido un buen día…

—Debes estar agotado de tanto ajetreo —dijo ella con dulzura, acercándose más y agarrándolo por la solapa de la cazadora como si necesitara físicamente traerlo hacia ella—. Vamos a casa.

—Han disparado a uno de mis compañeros y apuñalado al chaval al que le confiscamos el Tussi alterado…

Xenia palideció de inmediato, llevándose la mano al pecho.

—Qué dices.

—Mañana vamos a hacer los registros y espero coger al hijo de puta que les ha hecho eso…

—Pero… ¿saben que vais detrás de ellos?

—No. Pero, por lo visto, el chaval tenía deudas de otras drogas que debía haber vendido, y al tener su móvil confiscado y al no contestarles ni asistir a los pagos cuando tocaba… han ido a por él. Mi compañero Camacho ha sido un daño colateral, porque le hacía seguimiento…

Xenia lo escuchaba sin parpadear, leyendo en su postura y en la tensión de sus hombros algo más profundo: la culpa. La conocía bien. La había visto mil veces en hombres que creían que su valor estaba en no fallar nunca.

Se acercó aún más.

—Nada de esto es responsabilidad tuya.

Teo, sin embargo, no lo aceptó tan fácilmente. Su mirada penetrante se clavó en la de ella mientras sus hombros se encogían levemente, como si el peso siguiera ahí, incrustado.

Xenia quiso abrazarlo, y casi lo hizo, pero habló antes.

—Deja que te cuide un poco… —susurró ella. Has venido antes de lo que esperaba. Podemos ir a mi casa, y yo puedo cocinar algo rico para los dos… y después hacer cosas… deliciosas.

A Teo ese plan le tentó, pero la realidad se impuso.

—En realidad, mañana madrugo mucho. Vienen más equipos a hacer el apoyo y hay mucho trabajo por delante.

Xenia sintió una punzada de decepción, pero lo entendía. No insistió.

—Entonces, cena conmigo y después…

—¿Quién era ese?

La pregunta cayó en medio de la calle como una piedra. Ella no era celosa ni posesiva, pero sabía reconocer una frase cargada.

Y aquella lo estaba. Mucho.

—¿Quién era quién? —preguntó ella, genuinamente desconcertada.

—El tipo con el que estabas tomándote algo en el Calineri…

Xenia frunció el ceño, comprendiendo por dónde iba todo.

—Ah… pues no te lo vas a creer. Era Ban Negro.

Teo levantó la cabeza como un depredador que detecta un rastro conocido. Recordó todo lo que ella misma le había contado el día anterior.

—¿Ban Negro? ¿Es al que le hiciste la terapia conductual?

—El mismo —respondió ella, sin malicia.

—Pero dijiste que no tenías relaciones con los sumisos fuera de la mazmorra.

El tono… ah, ese tono. A Xenia no le gustó ni un poco.

—Y es la verdad. Pero Ban me ha esperado hasta que saliera porque no quería que yo le hiciese nada. Me ha trasladado una oferta.

—*Ahá*… ¿qué tipo de oferta?

El ceño de Xenia se estrechó.

¿Estaba cuestionándola?

¿Insinuando algo?

¿Dudando de su criterio profesional?

—Me ha invitado a dar una conferencia sobre terapia de la sumisión mañana, en un evento privado creado por una asociación de cultura BDSM.

Teo soltó una risa breve, incrédula, pasándose la mano por la nuca.

—¿En serio?

—¿Qué quieres decir con «en serio»?

—¿Un tío que estaba babeando prácticamente a tu lado, mirándote de arriba abajo mientras tú tenías la mirada fija en la pantalla de su *tablet*, te ofrece hacer una conferencia para un montón de tíos sumisos…?

—Hombres y también mujeres, Teo —respondió ella, más seria y firme—. La sumisión es de los dos.

—Ya, claro… ¿y cómo te va a pagar? ¿Ha dicho si te va a pagar?

Xenia sintió el golpe de sus palabras como si alguien hubiera cerrado una puerta de golpe justo detrás de ella, demasiado cerca de su espalda. Y ese portazo invisible le encendió algo en el pecho, una mezcla de orgullo herido y una vulnerabilidad que jamás habría permitido mostrar a nadie, salvo, quizá, a él.

Pero ahora Teo no veía nada. Estaba hablando desde la frustración, desde la furia que arrastraba desde hacía horas y desde ese sentido obsesivo del deber que lo tenía encendido por dentro.

—¿A qué vienen estas preguntas? Me estás empezando a mosquear… —le advirtió, incrédula ante esa actitud.

—Vienen a que me dijiste que no quedabas con los sumisos y sí quedas —continuó Teo con esa rigidez que a ella le sacaba chispa —. Y encima con este, que dijiste que no te inspiraba confianza. Y ahora has accedido a quedar con él porque te ha ofrecido un modo de ganar dinero fácil.

Xenia respiró hondo para no soltar un bufido. O un insulto. Su autocontrol era de acero, pero aun así le tembló la mandíbula.

—Ya te he explicado cómo ha sido —dijo sin levantar la voz, pero con un filo claro en las sílabas—. Me ha ofrecido mucho dinero por solo una conferencia. Es irrechazable.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—¿Cuánto, Xenia?

Ella apretó los dientes, porque la insistencia la estaba empezando a irritar de verdad.

—Cinco cifras. Y tengo la posibilidad de, a través de su asociación, hacer muchas más. Además, ¿a ti qué te importa? Me estás empezando a molestar. No estoy haciendo nada que no sepa hacer o que no pueda controlar.

Teo silbó por lo bajo.

—¿Cinco cifras? Nunca es solo por una conferencia.

—Cuidado con lo que insinúas, Teo, porque entonces me estás dando a entender que yo cobro por otras cosas. Y esto es todo lo contrario.

Él se pasó la mano por los rizos, inquieto, con una energía tensa que vibraba entre ellos como una cuerda de violín a punto de

romperse.

—¿Dónde va a ser eso?

—Me mandará la ubicación mañana —respondió ella, cruzándose de brazos porque, de repente, le había entrado frío. No físico: emocional.

—¿Y si te pido que digas que no?

Xenia lo miró como si acabara de hablar en un idioma desconocido.

—¿Cómo?

—Que digas que no: ese tío no tiene buena pinta. Se ve a leguas que es un sátiro.

—Muchos sums pueden tener ese aspecto —contestó ella, pero más seria ahora.

—Es porque mañana yo no puedo acompañarte, aunque sea para esperarte fuera.

—Es que yo no te estoy pidiendo que me acompañes.

—Piénsalo. Te vas a meter en una sala llena de hombres y mujeres que te van a ver como una fantasía sexual con patas. Es una inconsciencia, ¡joder! Creo que deberías pensártelo. Luego pasan cosas de las que todos nos arrepentimos.

Ese comentario fue la gota que colmó el equilibrio de Xenia. Su orgullo, su oficio y su identidad entera vibraron como una campana golpeada con demasiada fuerza.

Y dolió.

—¿Sabes lo que pasa con muchos hombres como tú, Teo? Que os encanta decir que no sois inseguros, que estáis muy deconstruidos y que entendéis perfectamente lo que significa una mujer dominante, fuerte, segura de sí misma… pero solo mientras esa mujer esté lejos, o mientras no os interese de verdad. Cuando la mujer en cuestión os gusta, cuando os remueve por dentro, cuando os saca de quicio y os rompe los esquemas, ahí es cuando empieza la verdad. Y la verdad es que a la mínima que veis algo que se sale del guion o que os despierta celos o incomodidad, empezáis con el discurso protector, con el paternalismo maquillado de preocupación, y con esa sombra injusta de sospecha que siempre cae sobre

nosotras —Se acercó un paso más, mirándolo como si le estuviera diseccionando el alma—. Decís que no tenéis la masculinidad frágil, pero en cuanto una mujer se coloca por encima, ya sea en su trabajo, en su sexualidad o en sus decisiones, empezáis a tambalearos. Os ponéis nerviosos porque no sabéis qué hacer con una mujer que no necesita vuestra aprobación, ni vuestro permiso, ni vuestra validación para trabajar, para moverse en un ambiente sexual o para hablar con quién le salga de los ovarios. Y lo peor es que lo disfrazáis de desasosiego sincero. «Es por tu seguridad». «Es que no me fio del tío». «Es que me incomoda». ¿Sabes qué es eso? Miedo. Miedo a no controlar. Miedo a que no dependamos de vosotros. Miedo a que, por una vez, no llevéis la batuta —Lo señaló con un dedo, con firmeza, pero sin elevar la voz—. Dices que lo entiendes, que no te asusta lo que soy. Y yo quiero creerte, de verdad. Pero justo ahora estás haciendo exactamente lo que hacen los hombres inseguros: poner en duda mi criterio, mi profesionalidad, mi autonomía… y encima insinuar que soy tan ingenua o tan necesitada de atención masculina que me metería sola en una cueva de lobos para que me "devoren". Es insultante, Teo. Y no solo insultante: es decepcionante —Sus ojos brillaban, no de lágrimas, sino de claridad—. Muchos hombres dicen que les excita una mujer dominante… hasta que la tienen delante tal cual es: segura, decidida, selectiva, sexualmente libre, con un trabajo que implica poder, y capaz de verles las costuras en dos minutos. Ahí es cuando empiezan los titubeos. Cuando dejan de ver fuerza y empiezan a ver amenaza. Cuando empiezan a convertirnos en un peligro que hay que proteger, corregir o contener. Y eso, Teo… eso sí que no lo tolero.

—No te estoy diciendo esto por eso —intentó corregir él, pero ya era tarde.

—Entonces, ¿por qué es? —sus ojos grises brillaban no de ira, sino de decepción profunda.

—Porque es como si fueras tú solita a una cueva de lobos. Y una no va a un sitio así si no quiere que se la coman.

Xenia abrió los ojos, despacio, como si él acabara de atravesarla con algo más que palabras.

—¿Qué acabas de decir?

Teo no retrocedió; estaba demasiado cargado, demasiado perdido entre emociones, responsabilidad y el miedo real que sentía por ella.

—Que tus ganas de dominar y tener poder ante los demás tienen que ver con tu miedo a ser vulnerable o a que te hagan daño. Solo eres una niña asustada con una fusta que desafía a los demás a que se atrevan a cruzar la línea. Pero parece que es lo que quieres que te hagan.

Xenia parpadeó, y no porque dudara: porque había algo en esas palabras que desmontaba la confianza que Teo había construido con ella en tan pocos días. Lo fulminó con un silencio lleno de dolor contenido antes de responder.

—No iba a ir sola —dijo, intentando no quebrarse, pero el temblor en su voz la traicionó. Estaba profundamente decepcionada —. ¿Crees que soy tonta? Vendrá alguien de seguridad del Femistocrazy porque a ellos también les voy a dar parte de lo que gane. Y también había pensado en hablar con Darren o mi hermano. Mi trabajo no es un juego y no estoy deseando que nadie se propase conmigo, gilipollas. Claro que no quiero que nadie me haga daño, y creo que el miedo a ello es racional y humano, pero no son los lobos los que me hacen daño, porque a esos los veo venir. Son los tipos como tú, que van de buenos, vulnerables, comprensivos y sin masculinidad frágil, los que me hacen más daño. A los que dicen que son distintos, que son buenos, que respetan, que entienden… y que de pronto me sueltan un juicio como el que tú me acabas de soltar. Esos son los que hacen daño de verdad. Porque no te lo esperas. Confías un poquito, bajas la guardia y… ¡zas!

Teo apretó la mandíbula, respirando con fuerza. Estaba en un día horrible, y además se le estaba escapando ella, la única persona con la que realmente quería estar. Se sentía dividido entre la preocupación, la rabia por lo ocurrido con sus compañeros, la intuición profesional y… el miedo.

Miedo a que a ella le ocurriera algo.

Miedo a perderla.

Miedo a cagarla, como estaba haciendo ahora mismo.

Porque sentía demasiado. Mucho más de lo que había planeado sentir.

Mucho más de lo que era prudente.

—Tú empezabas a ser diferente. O eso pensé. Pero cuando me has hablado así… —tragó saliva—. Cuando has insinuado que si voy a una conferencia es porque "quiero que me coman", cuando has puesto en duda mi criterio y restado valor a mi profesión solo porque estaba sentada con un sumiso que no te gusta… —su voz se quebró apenas—. Eso no es protección, Teo. Es lo mismo de siempre: inseguridad envuelta en palabras bonitas —él quiso acercarse. Ella dio un paso atrás—. Yo no necesito que me salves. Yo sé cuidarme. Y sé elegir con quién estar. Pero no pienso estar con alguien que me haga sentir que tengo que justificar cada cosa que hago para que no se sienta amenazado. Ni ahora, ni nunca.

—Xenia… —agachó la cabeza e intentó explicarse mejor, pero ella no se lo permitió.

—Mira, ¿sabes qué? No me acompañes. Y no me llames, porque no tengo tiempo ni corazón para estas cosas. Mejor lo dejamos aquí —pasó de largo y Teo vio cómo las lágrimas se le escaparon de las comisuras de sus hermosos ojos.

En un momento, y sin darse cuenta, se le había descolocado todo.

Teo se quedó quieto, clavado al suelo, sintiendo cómo cada palabra de Xenia se le incrustaba en el pecho como si hubiera recibido un golpe certero. La vio marcharse sin poder moverse, sin saber si debía detenerla o si ya había hecho demasiado daño como para intentarlo.

Su mente rompía patrones a toda velocidad.

¿Acababa de decir que ya no quería verlo?

¿Había arruinado algo que acababa de empezar?

¿Tan rápido?

¿Así?

Sintió un nudo en la garganta que no estaba preparado para gestionar. Era un hombre disciplinado, constante, firme… pero Xenia

le había tocado una fibra que no sabía ni que existía y le había señalado sus sombras.

Capítulo 19

Teo había dormido fatal.

La madrugada había sido una tortura hecha de imágenes inconexas del rostro dolido de Xenia, su respiración entrecortada cuando discutieron y aquella última mirada que lo había dejado clavado a la acera sintiendo que había perdido algo que apenas acababa de encontrar.

Cada vez que cerraba los ojos revivía la escena con más nitidez, y con ella llegaban oleadas de arrepentimiento que no conseguía acallar.

Xenia tenía razón en parte: él había sido injusto, y lo sabía. Había hablado desde el miedo, desde la mezcla brutal del agotamiento, la rabia por su compañero herido y ese sentimiento creciente —cada vez más difícil de ignorar— que lo conectaba a ella de manera visceral.

Pero Xenia no sabía eso, no sabía que él se estaba enamorando, que verla con otro hombre le había despertado un instinto protector tan potente que lo había vuelto torpe, brusco y desconfiado.

Y ahora esa torpeza podía costarle algo que ni siquiera había empezado del todo.

Aun así, el trabajo no esperaba a sus problemas emocionales.

A las cinco de la mañana ya estaba en comisaría, con la camisa aún arrugada, ojeras marcadas y un café hirviendo entre las manos.

El ambiente estaba cargado de ese tipo de tensión profesional que se puede usar, que ayuda a mantenerse alerta.

Los equipos iban llegando uno a uno, cargados con chalecos, radios, mochilas tácticas y el cansancio acumulado de días de investigación frenética.

Al menos una noticia buena: Camacho estaba fuera de peligro. Teo había podido hablar con él antes del *briefing*.

También Jano estaba estable. No había muertes que lamentar y eso, aunque no borraba lo ocurrido, aliviaba parte del peso que Teo llevaba en el pecho.

La operación del día iba a ser enorme.

Tres puntos distintos se intervendrían de manera simultánea: las panaderías MásPan, el taller Sobre Ruedas y la fiesta nocturna en Collserola. La coordinación era clave, así que las últimas instrucciones se dieron sin margen para dudas.

Otros dos grupos se encargarían de los registros en los locales, pero Teo había elegido adjudicarse la fiesta en Collserola. Sabía que ahí, en ese caos aparentemente festivo, era donde iba a ver las conexiones reales de toda la red.

Y donde, muy probablemente, aparecerían los peces gordos.

A las nueve y media de la noche, un convoy se desplazó en sigilo, camuflados entre vehículos corrientes para no levantar sospechas.

Cuando llegaron a la zona alta de Collserola, ya se veía el resplandor de focos y faros móviles iluminando la explanada del evento. Era una fiesta bien organizada: música electrónica atronadora, coches tuneados de lujo alineados como si fueran trofeos, chicas contratadas para posar con ellos, chicos jóvenes grabando vídeos para redes…

Una marea de jóvenes, mezclada con adultos demasiado tranquilos para aquel tipo de fiesta, pululaba entre motores abiertos, bailes improvisados y risas en las que se escondía una impaciencia invisible.

Teo caminaba por aquel terreno elevado como un depredador silencioso, con una sudadera sencilla, gorra calada y sus ojos caramelo atentos a cada gesto, cada intercambio, y cada anomalía del ambiente. Llevaba el comunicador bien encajado en la oreja, protegido por un auricular neutro.

Su equipo estaba distribuido entre los árboles, los senderos y las entradas improvisadas al recinto. Una operación en plena montaña requería precisión absoluta.

Teo se ajustó el chaleco por debajo de la sudadera, verificó la radio y se mezcló entre la multitud como un espectador más.

Su mirada calculadora se movía rápido, registrando comportamientos: chicos intercambiando bolsitas del tamaño de un dedo meñique, manos discretas que pasaban billetes enrollados y el brillo paranoico en los ojos de los que iban demasiado puestos. Había demasiada droga circulando. Y demasiada seguridad improvisada en torno a ciertos coches.

Entre la mezcla de luces, humo y música, un rostro llamó su atención: el amigo del universitario apuñalado. El que, en su día, habían decidido no seguir porque con Jano ya tenían suficiente. Ahora lo veía hablar con dos tipos que no conocía, nervioso, pendiente de todos los ángulos como si temiera que algo estallara en cualquier momento.

Pero entonces, entre el tumulto, lo vio.

Estif. Es decir, Arturo Piero.

Con su sonrisa falsa y esa expresión de superioridad que lo hacía parecer un rey barato rodeado de súbditos, estaba apoyado en su Porsche azul, hablando con dos hombres más, riendo, aceptando saludos y estrechando manos, controlando su territorio como si fuera intocable.

La sangre de Teo se encendió.

Era el momento.

Se llevó una mano al comunicador oculto en la oreja, pulsó el botón y murmuró con una calma que no sentía:

—Tengo al objetivo. Preparaos para actuar.

Al pasar cerca de un BMW negro, vio cómo dos chicos se intercambiaban discretamente pequeños paquetitos de polvo rosa, envueltos en un papel translúcido. Tussi. Y la probabilidad casi absoluta de que fuera la versión adulterada con burundanga era de un cien por cien.

Los ojos de Teo se entrecerraron. Era cuestión de minutos.

—Equipo tres, al sur. Están moviendo mercancía —murmuró entre dientes mientras seguía caminando.

—Recibido, inspector —respondió Ribes por el auricular.

Piero estaba junto a su Porsche azul eléctrico, el mismo modelo que Tunecar había nombrado en su factura. Sonreía, con una cerveza en la mano, rodeado de chicos que lo miraban como si fuera un ídolo.

Controlando el ambiente, el negocio. Se creía intocable. Teo sintió cómo su pulso, disciplinado, se aceleraba un punto.

Apretó el comunicador.

—Ya.

En menos de cinco segundos, un helicóptero apareció silencioso sobre el cielo oscuro, deteniéndose en suspensión con un foco blanco que partió la noche en dos. Al mismo tiempo, por los accesos del claro irrumpieron vehículos policiales sin sirenas, pero con luces internas destellando. Quince agentes con chalecos antibalas y armamento táctico rompieron la línea de espectadores como si fueran agua, desplegándose con profesionalidad quirúrgica.

—¡POLICÍA! ¡Que nadie se mueva! ¡Manos arriba! ¡Al suelo, ahora mismo!

Los gritos se superpusieron al estruendo de la música, que se detuvo de golpe cuando el DJ comprendió que aquello no era una broma. La multitud entró en pánico, algunos intentando correr, pero enseguida fueron reducidos por los agentes que bloqueaban todas las salidas.

Teo no apartó la vista de Piero, que se quedó paralizado apenas dos segundos antes de reaccionar. El traficante soltó la cerveza y corrió hacia atrás, empujando a dos chicos para abrirse paso hacia los árboles.

—¡El objetivo huye hacia el norte! —gritó Teo.

Dos hombres corpulentos, claramente guardaespaldas, se interpusieron en su camino. Uno lo agarró por la sudadera, pero Teo giró el cuerpo con una fuerza calculada, le encajó el codo en la tráquea y lo dejó sin aire.

El segundo intentó sujetarlo, pero Teo lo agarró del antebrazo, lo giró sobre sí mismo aprovechando su propio impulso y lo estampó contra el suelo con un movimiento limpio y contundente, después le

dio un puñetazo en la cara y lo dejó noqueado. Ambos quedaron fuera de combate.

Piero corría torpemente, resbalando con la tierra, pero no lo suficiente como para que Teo lo perdiera de vista. El inspector aceleró la marcha y sintió cómo los músculos se tensaban y la adrenalina le estallaba en el pecho.

Saltó una roca baja y se lanzó sobre él con un placaje impecable que los hizo rodar por el suelo unos segundos. Piero chilló y trató de soltarse, pero Teo ya le había inmovilizado un brazo en una llave que no daba opción.

—Quietecito, campeón —gruñó mientras lo esposaba, jadeando.

En el auricular entró una ráfaga de voces:

—Inspector, aquí equipo B: confirmadas las modificaciones en Sobre Ruedas. Compartimentos ocultos, idénticos a los que propuso a Tunecar.

—Equipo C desde MásPan: hemos encontrado las habitaciones ocultas. Hay maquinaria de laboratorio, precursores químicos y una mesa entera llena de Tussi rosa adulterada. Hemos recogido muestras. Coincide. Hay un cuarto con sistemas de ventilación propios. Esto era un laboratorio industrial.

Teo apretó los dientes, descargando la tensión que llevaba acumulada desde la agresión a Camacho.

—Perfecto. Que no salga nadie de los locales. Cerradlo todo. Asegurad documentación, servidores y ordenadores. —Pulsó el comunicador para despejar la línea y añadió, mirando a Piero, que se retorcía sin éxito bajo su rodilla—: Se acabó tu fiesta, campeón.

El New Beetle rojo descapotable avanzó por el camino privado flanqueado por hileras de cipreses. La casa —o mansión, en realidad — apareció al final del sendero como un espejismo de líneas modernas y cristaleras tintadas.

Xenia redujo la velocidad con una ceja ligeramente arqueada. Lujosa, pero no era el tipo de lugar donde ella habría imaginado una conferencia profesional. Ni de lejos.

Aparcó en un lugar discreto y se dirigió a la escalinata de mármol que subía hasta la entrada principal y apagó el motor. Se miró un instante en el retrovisor. Llevaba un vestido negro elegante, escote precioso sin ser vulgar, la americana negra ceñida, la coleta alta que dejaba todo su rostro despejado y unos labios apenas roseados. Tenía ese tipo de belleza limpia, decidida, que podía convertirse en arma si quería. Perfecta para una conferencia… y perfecta para no permitir tonterías.

Salió del coche y envió su ubicación a Lauren, Darren y también a Polo, del Femistocrazy, por si algo salía mal. Al menos, sabrían dónde estaba. No se la había enviado a Toni porque sabía cómo se pondría: era de la misma opinión de Teo.

Apenas puso un pie en el primer escalón cuando Ban Negro apareció en la puerta con una sonrisa exageradamente complaciente.

—Dómina Xenia… —dijo con voz entusiasmada, bajando dos escalones para recibirla—. Qué alegría verla. Está espectacular.

Xenia inclinó un poco la cabeza, educada pero alerta. La sonrisa de él le parecía demasiado ancha. Y la mansión… demasiado silenciosa.

—Gracias, Ban. —Miró alrededor—. Pensé que sería en un local más… académico.

—Bueno, bueno… —Ban abrió los brazos, invitándola a subir—. El mecenas de la asociación quiso que todo fuera de primer nivel. Y no podíamos decirle que no. Le entusiasma el BDSM y lo que representa. Esta es una de sus casas. Y está… encantado de tenerla aquí.

Xenia subió despacio la escalinata. No era estúpida: captaba el olor de una situación irregular a kilómetros. Y aquello olía demasiado a perfume caro encima de un animal muerto. Pero caminó segura, erguida, como si dominara cada piedra del suelo. *Si algo no me conviene, me voy*, se recordó. Y tengo a Lauren pendiente de mi ubicación. Darren también sabe que estoy aquí. No estoy sola.

Ban abrió las enormes puertas dobles de cristal. El interior era incluso más lujoso: suelos de mármol, techos altos, obras de arte carísimas, y música suave filtrándose desde alguna sala escondida. Sonaba jazz elegante y sofisticado… pero no armonizaba con su interior. Había una tensión subterránea, como una nota oculta que discordaba con una melodía demasiado perfecta.

—Están deseosos de conocerla —dijo Ban mientras caminaban por un pasillo largo—. Les he hablado maravillas de usted, Dómina Xenia. Están muy emocionados.

Ella sonrió apenas. Pero en sus ojos grises, finísimos, se notaba que era calculado. Observó las paredes, los detalles, el orden inquietante del lugar… Una casa privada, con una sala de conferencias improvisada… No era habitual. Ni sensato. Y aun así, seguía adelante.

Su mente evaluaba riesgos en silencio, como quien afila un cuchillo con la yema del dedo.

Ban abrió las puertas dobles de una sala enorme.

Xenia se detuvo un instante.

Veinte hombres. Todos hombres. Algunas sillas alineadas, otras más cercanas a la tarima. Todos de diferentes edades y físicos, pero con la misma expresión: atentos. Expectantes. Observándola pasar como si fuera algo que hubiesen estado esperando demasiado tiempo.

Joder… Teo tenía un poco de razón, pensó sin querer.

La sensación no era miedo. Era de alerta absoluta.

Ban avanzó con soltura y la condujo hacia un hombre que estaba sentado justo en primera fila. Se levantó al verla: alto, delgado, con facciones angulosas, mandíbula dura, pelo rubio repeinado hacia atrás y un bigote fino perfectamente delineado. Llevaba un traje de corte impecable y tenía los ojos azules, fríos y calculadores. Parecía un personaje de una película de mafia italiana, solo que aún peor: parecía mafioso de verdad.

—Dómina Xenia —presentó Ban con tono ceremonioso—. Él es el mecenas que hace posible este evento. El señor Aleix.

Aleix tomó su mano con delicadeza exagerada y se inclinó un poco en una reverencia anacrónica.

—Señorita… un honor. Espero que mi humilde casa sea de su agrado.

—Gracias por requerir mis servicios —respondió Xenia con educación, aunque sin inclinarse. Su tono era impecable, pero su mirada estaba blindada.

—Mi casa es su casa, Dómina —sonrió Aleix, dejando ver un brillo depredador en los ojos que no se molestó en ocultar.

Xenia subió los escalones hacia la tarima, entre aplausos que sonaban demasiado ordenados y demasiado sincronizados. Se detuvo frente al micrófono y los miró a todos, uno por uno. De repente, tenía veinte pares de ojos encima.

Demasiada atención.

—Vaya… —dijo ella con ironía suave—. Ni una sola mujer.

La risa discreta, casi ensayada, de la sala recorrió el ambiente. A ella no le gustó esa risa, pero sonrió con cortesía.

Ban subió detrás, ajustó el micrófono con rapidez y le colocó una botella de agua. Ella agradeció que el tapón hiciera clic cuando lo abrió. Eso significaba que no había sido abierto.

Comenzó a hablar. Fluida, profesional y segura.

Habló sobre la sumisión como acto valiente, sobre el vínculo entre la persona dominante y la sumisa, sobre la confianza, sobre la responsabilidad emocional, y también sobre lo que significaba entregarse desde un lugar consciente y sano. Los hombres escuchaban con intensidad; algunos tomaban notas y otros no apartaban la mirada.

Pero a la mitad de la charla… algo no encajó.

El borde de las luces se difuminó ligeramente. Xenia se obligó a parpadear.

Siguió hablando. Añadió dos frases más y la tarima osciló ligeramente, como si flotara.

Xenia tensó la mandíbula. *No. No…*

Un punto borroso en su visión periférica se abrió paso. Después otro. Las letras de sus notas se movieron como si una ola

invisible las arrastrara.

—…el sumiso encuentra su liberación… —intentó continuar, respirando más hondo de lo habitual.

Ban, desde un lado de la tarima, la observaba en silencio.

Era una mirada depredadora.

La botella de agua pesaba demasiado en su mano. La tapa… sí había hecho clic. ¿Entonces?

El corazón le empezó a latir más rápido*. No. No puede ser.*

Intentó dar un paso hacia atrás, pero el mundo se inclinó. Los murmullos crecieron y Aleix, desde primera fila, sonreía. Una sonrisa lobuna, una sonrisa de alguien que acaba de comprobar que su trampa funciona.

—Se…ñores… —intentó decir, pero la palabra se quebró.

El micrófono captó un jadeo involuntario y todo se volvió más borroso y todo se desdibujó hasta convertirse en negrura.

Ban dio dos pasos hacia ella, como si todo fuera parte del espectáculo.

—Tranquila, Dómina —susurró, justo antes de que las rodillas de Xenia cedieran.

Y cuando caía, él la tomó en brazos con suavidad teatral.

Ella quiso levantar un brazo, golpearlo, decir algo, cualquier cosa. Pero su cuerpo ya no le obedecía.

Solo vio, antes de que todo se apagara, el rostro satisfecho de Aleix. Y detrás de él, veinte rostros más.

Veinte lobos sonriendo.

Luego, nada.

La oscuridad la engulló.

Mientras un grupo de agentes llegaba a su posición para relevarlo, el helicóptero enfocó la escena desde arriba, iluminando como un escenario teatral la detención del traficante. A su alrededor, decenas de personas ya estaban en el suelo, con las manos en la

cabeza, mientras otros agentes tomaban notas, guardaban pruebas o registraban vehículos.

Era solo el principio de una operación gigantesca. Pero aquella pieza clave, Piero, ya no iba a ninguna parte.

Y Teo, aunque seguía con el corazón acelerado y la mandíbula en tensión, sintió por primera vez aquella noche que la balanza volvía a inclinarse hacia su lado.

La adrenalina aún le vibraba en los antebrazos cuando Piero, esposado y boca abajo en el suelo, rompió a llorar como un crío.

La música de la fiesta —ya apagada por la intervención policial — aún retumbaba en la noche lejana, como un eco distorsionado del caos del que lo habían sacado.

Teo le apoyó mejor la rodilla en la espalda, con los guantes tácticos puestos, las botas todavía marcadas de tierra y el chaleco antibalas abierto porque necesitaba respirar. Lo observó con esa calma fría que aprendió en la academia y perfeccionó después de demasiados operativos. Había sudor en la frente del chico, y tenía las pupilas dilatadas, y un temblor constante en los dedos que delataba más miedo que arrepentimiento.

—Arturo Piero —empezó Teo, sin rodeos—. Vamos a ahorrarnos un interrogatorio inútil. Sabemos lo del Tussi adulterado, sabemos lo de las entregas en los campus, sabemos que usasteis los garajes de Sobre Ruedas para los compartimentos ocultos, y sabemos que no trabajas solo. —Se inclinó hacia él, dejando que la luz del flexo resaltara sus rasgos duros—. Así que empieza a hablar.

El chico tragó saliva con tanta fuerza que casi se atraganta.

—Yo… no pensé… no creí que… —balbuceó, pero Teo lo cortó.

—Claro que no pensaste. Tú distribuías algo que llevaba burundanga mezclada, chaval. Y por culpa de eso hay chicas en urgencias abusadas por un tío al que llaman El Mulato y un compañero mío con un tiro en el costado. —Se agachó más, lo suficiente como para que Piero no pudiera apartar la mirada—. Y no me voy de aquí sin toda la verdad. Toda.

Arturo rompió a llorar otra vez, de un modo feo y sin dignidad.

—Yo solo seguía órdenes… —sollozó—. Solo hacía lo que me decían…

—¿Quién te lo decía? —dijo Teo, ya cansado de la escena.

El chico dudó. Y en ese segundo de duda, Teo le retorció el brazo con precisión, lo justo para provocar un dolor punzante y para hacerle entender que no estaba jugando. El grito de Arturo llenó la caseta.

—¡Vale! ¡Vale, vale, por favor! —gritó retorciéndose—. ¡Mi hermano! ¡Es Aleix! Él lleva todo… ¡él es el que manda!

Teo tensó más el brazo, sin llegar a dislocarlo, pero dejándolo peligrosamente cerca.

—¿Dónde está?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —volvió a chillar, con las venas del cuello ya marcadas—. Hoy no ha venido… siempre aparece al final de las fiestas, pero hoy no…

Teo apretó más.

—Piero, escúchame bien. Tus amigos no te van a salvar. Tu hermano tampoco. O me dices dónde encontrarlo o vas a salir de aquí sin un brazo útil para el resto de tu vida.

—¡En el Ganso Azul! —escupió por fin, doblándose de dolor—. ¡En el Ganso Azul, joder! ¡Una casa! ¡Una puta casa privada! Ahí está con todos.

Teo aflojó solo un poco.

—¿Qué es el Ganso Azul? ¿Quiénes son todos?

—Una mansión —lloriqueó—. Hacen fiestas privadas allí… cosas más… exclusivas. —Evitó la mirada, avergonzado—. Él se pasa allí las noches cuando no está aquí. A veces organiza reuniones… con clientes… o con chicas.

Teo sintió un nudo en el estómago.

El Mulato. Las chicas. Las drogas adulteradas. Todo encajaba.

—¿Dónde está esa casa, Piero?

—¡A cinco kilómetros de aquí! —chilló—. Por la carretera de Amigó… ¡número 17! ¡Te lo juro! ¡Para, por favor, para, me vas a arrancar el brazo!

Teo le dio un último giro seco, solo para recordarle que no olvidara la lección, y luego lo soltó.

El chico quedó jadeando, sudando, con el rostro torcido de dolor.

Teo hizo una señal a uno de sus hombres —un gesto rápido con dos dedos—.

—Llévatelo. Que lo revisen y que quede bajo custodia máxima.

El agente asintió y arrastró a Piero fuera.

Teo se quedó solo unos segundos, respirando profundo.

La bronca con Xenia, el ataque a Camacho, el universitario apuñalado, el Mulato desaparecido, Aleix oculto en una mansión privada…

Era demasiada mierda para un solo día.

Se giró hacia la salida y tomó el intercomunicador.

—Aquí Vidal. —Su voz sonó grave—. Preparen un equipo de cuatro. Vamos a movernos al punto que acabo de recibir. Necesito un coche blindado, luces apagadas y sin sirenas. Nos vamos al Ganso Azul.

—Recibido, jefe.

Teo apretó el paso.

Tenía el presentimiento—uno de esos que nunca fallaban—de que lo que iban a encontrar allí iba a cambiar toda la investigación.

Y que muchos cables sueltos… al fin iban a unirse. No se iba a librar ni uno.

Capítulo 20

Teo llegó al Ganso Azul, número 17, con el coche blindado deslizándose sobre la grava como un animal preparado para atacar.

El aire nocturno les azotó la cara mientras sentía cómo la adrenalina le hormigueaba en la espina dorsal.

—Rodead la casa. Quiero perímetro completo —ordenó con un gesto rápido. Su voz era firme, pero su cuerpo, tensión absoluta.

Había pedido refuerzos incluso antes de bajarse del vehículo. Algo no encajaba: demasiados vehículos caros en la entrada, demasiada calma en la fachada iluminada, demasiado silencio para lo que supuestamente debía ser una reunión o una futura fiesta.

Entraron por la parte lateral de la propiedad, resguardándose entre los setos recortados y las sombras que proyectaban las luces exteriores. Teo avanzaba con el arma en la mano y la mirada afilada, estudiándolo todo con detenimiento.

La casa tenía de todo: estaba llena de salas preparadas, zonas con música sonando a bajo volumen y estancias con luces ambientales que parecían listas para recibir gente. En una de ellas, Teo se detuvo:

—Una sala llena de sillas vacías…

Era obvio lo que significaba. Una conferencia. Una charla.

Y entonces pensó: Xenia.

No me jodas…

Notó cómo algo helado le recorría el estómago, pero siguió adelante.

—García, conmigo. López, flanquea la derecha —ordenó en un susurro.

Caminaron por un pasillo largo alfombrado. Todo era demasiado impecable. Y entonces, detrás de una puerta lateral, escucharon un leve crujido.

Un gigante humano apareció de la nada, era un mastodonte de casi dos metros, mandíbula cuadrada y ojos sin expresión. Debía ser el guardaespaldas de la casa.

El golpe vino sin aviso: un puñetazo directo al costado de Teo que habría tirado al suelo a cualquiera menos a él.

Teo retrocedió un paso, recuperó la estabilidad y se lanzó contra el tipo con una ferocidad que sorprendió incluso a sus compañeros.

Golpeó, bloqueó y esquivó. El tipo intentó agarrarlo del cuello, pero Teo se deslizó por debajo y le dio un rodillazo que hizo que el gigante gruñera como un toro.

Intercambiaron golpes brutales, mientras cada impacto resonaba contra las paredes. Finalmente, Teo encontró el ángulo perfecto, pasó su brazo por el cuello del hombre y aplicó un mataleón limpio, técnico e implacable.

El gigante cayó al suelo, inconsciente.

Eso solo significaba una cosa: estaba protegiendo algo que no querían que vieran.

Teo respiró hondo y señaló con la barbilla hacia la puerta más cercana.

—Esa es.

Retrocedió un paso, levantó la pierna y reventó la puerta de una patada. El equipo entró detrás de él como una ola armada.

La escena dentro parecía un cuadro grotesco: había muchos hombres, trajeados, con copas de whisky en la mano, observando un monitor gigantesco fijado en la pared, como si estuvieran viendo un espectáculo privado. Y frente al monitor estaba Ban Negro, y dos hombres más. Uno de ellos lo reconoció como el dueño de Sobre Ruedas, porque había visto una foto de él durante su búsqueda.

Y entonces, Teo lo vio.

Su cuerpo se paralizó.

En la pantalla, estaba Xenia inconsciente, colgada con las manos por encima de la cabeza y suspendida en una estructura metálica.

Un mulato enorme, con trenzas cortas pegadas al cráneo y camiseta con el logo de Tunecar la estaba manoseando, explorándola con una lentitud nauseabunda.

Teo sintió que la sangre le estallaba en los oídos.

Su visión se volvió roja y su mente… cortocircuitó.

Todas las piezas del puzle cayeron de golpe:

Esa era la casa de Aleix Piero, la conferencia era falsa, y era un lugar donde El Mulato se llevaba a sus víctimas para disfrute de todos los mirones que estaban en la otra sala.

Y Xenia había ido allí sola, para estar rodeada de depredadores.

—Detened a estos hijos de puta —rugió sin mirar siquiera a los hombres del whisky.

Su equipo los redujo con fuerza, y los obligó a tumbarse en el suelo bocabajo, mientras Teo ya salía por otra puerta como un animal desatado.

—¡Inspector, espere!

Pero Teo no escuchaba.

No podía.

Solo existía una cosa en su cabeza: Xenia.

Y el hecho de que ella estaba allí dentro, vulnerable, sola, y que cada segundo que él tardara en alcanzarla podía significar algo que jamás se perdonaría, lo reventaba.

La furia lo impulsó hacia el pasillo siguiente.

—Voy a por ella. Ahora. —Su voz fue un trueno mientras avanzaba decidido hacia la sala donde sabía que estaba el mulato.

Xenia trataba de mantenerse consciente, pero todo se le movía en oleadas lentas y pegajosas, como si su mente estuviera atrapada bajo un agua espesa. Sus brazos colgaban sobre su cabeza, sujetados por unas correas que no recordaba haber tocado jamás. El frío del metal en sus muñecas le devolvía pequeñas punzadas de lucidez, pero el resto del cuerpo le fallaba, como si estuviera pesado e inútil.

La música amortiguada resonaba como un latido oscuro bajo el suelo.

El Mulato estaba frente a ella. Gigantesco y silencioso. Y su respiración lenta y satisfecha le provocaba náuseas. Se le acercó con una calma que helaba. Sus manos enormes subieron por sus piernas, por su cintura, inspeccionándola como si no fuera un ser humano, sino un objeto recién adquirido.

Xenia intentó mover la cabeza. Intentó decir "No". Intentó retorcerse, girarse y patearlo. Pero su cuerpo no le respondía. Solo tuvo un leve temblor involuntario, como un espasmo, como si esa fuese toda la defensa que su conciencia conseguía dar.

«Tiene razón. Teo tenía razón…»

El pensamiento cruzó su mente como un dardo envenenado. Y dolió más que el tacto invasivo del hombre.

Había menospreciado el peligro. Había querido demostrarle que era autónoma, fuerte e inquebrantable. Y ahora… ahora solo tenía miedo.

Un miedo primitivo que le subía por la garganta y se estrellaba contra la imposibilidad de gritar.

Las manos del Mulato subieron más, crudas y muy invasivas, y la rabia impotente le llenó los ojos de lágrimas. Intentó mover un dedo, la lengua, algo. Cualquier cosa.

Pero la droga la tenía atrapada en una prisión dentro de su propio cuerpo.

Teo… Teo… por favor…

Y justo entonces, un ruido ensordecedor rompió la quietud. Como una explosión. Pero en realidad fue una patada contra una puerta.

Luego se escucharon órdenes cortadas y un estruendo de botas entrando.

El Mulato giró la cabeza, sorprendido. Xenia apenas pudo enfocar la mirada bien, pero vio algo moverse como un vendaval.

—¡¡Policía!! ¡¡Al suelo!! —rugió una voz que su alma reconoció antes que sus sentidos.

Teo entró como una tormenta desatada.

Su mirada fue directamente hacia ella, y la vio tan sometida que algo se rompió en su interior. Algo profundo, primordial. Su rostro se transformó en una máscara furiosa que no parecía posible contener.

El Mulato, al verse alcanzado, dio un paso atrás, pero Teo no le dio ni un segundo.

Se abalanzó sobre él con una violencia tan controlada como devastadora. Lo embistió con el hombro, ambos chocaron contra una mesa y cayeron.

El Mulato intentó incorporarse, pero Teo ya estaba encima, golpeándolo con puños que parecían martillos.

Una, dos, tres veces.

Cuatro. Cinco. Seis.

El Mulato trató de cubrirse, pero Teo era como un animal liberado tras una jaula demasiado pequeña.

—¡¡¿Cómo te atreves?!! ¡¡Hijo de puta!! —la voz de Teo rebotó en las paredes, visceral, rota.

Siete. Ocho. Nueve puñetazos. Teo tenía los nudillos ensangrentados, pero no sabía parar.

El Mulato apenas llegó a responder cuando Teo le estampó la cabeza contra el suelo y le inmovilizó el brazo con un giro seco.

El crujido del cráneo resonó como un disparo. El hombre gritó, pero Teo siguió apretando, incapaz de detener la furia que lo consumía.

Dos compañeros que llegaron corriendo tuvieron que intervenir.

—¡Teo, basta! ¡Ya está, tío, ya está!

Solo entonces, Teo soltó al Mulato, que quedó tendido, grogui, totalmente deformado y derrotado, casi inconsciente.

Teo sudaba y su cuerpo era preso de la rabia pura.

Hasta que volvió a verla a ella.

A Xenia.

Estaba medio inconsciente, con lágrimas silenciosas deslizándose por sus mejillas. Sus ojos buscaron a Teo con desesperación infantil, como si su sola presencia fuera la salvación.

Él corrió hacia ella sin pensarlo.

—Xenia… Xenia, amor, ya estoy aquí… —susurró con una voz que se quebraba.

Sus manos temblaban mientras desabrochaba las correas. Ella cayó hacia adelante, y Teo la recogió antes de que tocara el suelo, abrazándola como si temiera que se desvaneciera entre sus brazos.

Ella tembló y emitió un sollozo ahogado que escapó de sus labios.

Lo agarró del cuello de la camiseta, apretándolo con la poca fuerza que podía reunir, buscando algo firme y algo real.

—T… Teo… —susurró, muy débil—. Teo…

—Shhh, ya está. Ya está, nena. Estás conmigo. No te voy a soltar —la meció contra su pecho, acunándola con desesperación.

Ella lloraba en silencio, sin control del cuerpo y sin poder erguirse. Teo envolvió sus piernas con un brazo, su espalda con el otro, y la alzó como si fuera lo más frágil y precioso del mundo.

—Llamad a la ambulancia. ¡Ya! —ordenó sin apartar los ojos de ella—. ¡Rápido! ¡Que traigan suero, lo que sea! ¡Tiene esa mierda de Tussi y burundanga en el cuerpo!

Sus compañeros salieron corriendo.

Teo apretó a Xenia contra su pecho. Y ella apoyó la frente en su clavícula, temblorosa y perdida, aferrándose a él con la poca vida que le quedaba de lucidez.

Él bajó por el pasillo sin soltarla, como si el mundo entero fuese un enemigo del que debía protegerla.

—No te voy a dejar, ¿me oyes? —susurró sobre su cabello, con la voz rota—. No te voy a dejar nunca. Ya estás a salvo.

Fuera, las sirenas ya se oían aproximándose.

Y Teo, con Xenia en brazos, caminó hacia la ambulancia con una mezcla de terror, amor y violencia contenida que lo marcó para siempre.

Tres días después

Habían pasado tres días desde la redada.

Tres días en los que la ciudad seguía girando sin saber que, bajo su piel aparentemente tranquila, se había desmantelado un monstruo.

Para Teo y para todos los implicados, habían sido días de informes, confirmaciones, ruedas de prensa en comisaría y largas noches sin dormir. Para Xenia, habían sido días de silencio.

La operación había sido un éxito rotundo. Un caso cerrado perfecto, dijeron los comisarios, con orgullo y aire festivo, como si la perfección fuese capaz de borrar el horror. Y habían logrado atar todos los cabos: los hermanos Piero eran los dueños de una cadena de panaderías llamadas MásPan, que nada tenía de inocente salvo los croissants. Los laboratorios clandestinos en las salas ocultas revelaron la receta con la que habían estado drogando a tantas chicas: Tussi mezclado con burundanga, a porcentajes casi totales, diseñado para una noche salvaje, consentida o no.

Una droga creada para que ellas no pudieran defenderse.

Para convertirlas en sombras manejables.

A ese veneno se sumaba Sobre Ruedas, el taller que colaboraba en las modificaciones de los coches realizando compartimentos secretos, estructuras reforzadas y rutas trazadas. Tráfico nacional y tráfico europeo. Un engranaje perfecto, fundado sobre miserias.

Y aquel enemigo declarado de Tunecar —tan obsesionado con destrozar la reputación de Toni y de Darren— había encontrado, con los Piero, la oportunidad perfecta para intentar hundirlos.

Y luego estaba El Mulato, la mano derecha de Aleix Piero, un monstruo vestido de humano, responsable directo de los abusos, de las grabaciones, de las humillaciones. Habían encontrado discos duros llenos de vídeos, llenos de víctimas, llenos de noches que ninguna de ellas recordaría completas. Una colección de dolor almacenada como si fueran trofeos.

Si Teo no hubiera llegado a tiempo, Xenia habría sido la siguiente cinta en ese archivo inmundo.

La conexión había sido clara: el dueño de Sobre Ruedas, obsesionado hasta la enfermedad con destruir Tunecar, había hablado de la hermana de Toni, y la describió como «una pieza interesante, conocida en el ambiente BDSM».

La vieron en la fiesta de Tunecar y la eligieron como quien elige una presa, para Aleix, que le encantaba ese rollo y someter a las fuertes.

Teo llevaba toda esa información de un modo demasiado personal, como si cada línea del informe le ardiera en el pecho.

Los comisarios estaban encantados: felicitaciones, palmadas en la espalda, una propuesta para promoverlo a jefe de grupo. Era el sueño profesional de cualquiera… y, sin embargo, él no sentía absolutamente nada.

Solo tenía una imagen clavada como un cuchillo: Xenia colgada, inconsciente, la piel expuesta, mientras aquel hijo de la gran puta la tocaba.

Eso lo perseguía más que cualquier otra cosa.

Aun así, había sacado algo bueno de aquella pesadilla: se había ganado a Toni y a Darren. No solo la gratitud profesional, sino la personal. Ellos lo miraban con respeto y con agradecimiento sincero.

—Mi hermana necesita tiempo —le había dicho Toni, con ese tono racional que lo caracterizaba—. Con nosotros tampoco habla.

Teo tragó saliva. Estaba agotado, pero también se sentía culpable por no haberla sabido detener.

—Le pedí que si iba a ese lugar os llevara —respondió con un deje de frustración cansada.

—Pero fue sola. Cuantas más órdenes recibe, menos hace lo que le dicen —Toni alzó las cejas, como si aquello fuera la cosa más normal del mundo—. Ya la conoces.

—Sí… ya lo voy viendo —masculló Teo, en una mezcla de cariño impotente y rabia hacia sí mismo.

Toni, que entendía mejor que nadie la psicología de los Vidal, añadió mientras se cruzaba de brazos:

—Pero te digo algo: con mi hermana no valen las medias tintas. Si quieres hablar con ella, no lo alargues demasiado. Es muy fácil que cierre una puerta, porque el amor y la vulnerabilidad la asustan un poco—hizo una pausa, como si esa revelación fuese marca de identidad—. Es una Vidal. Somos esquivos, tío.

Teo lo entendió al instante. Él también estaba asustado, y ese miedo lo había hecho actuar mal. Había dicho cosas que jamás debió decir. Había proyectado su preocupación de la peor manera.

Pero necesitaba verla. Con todo lo que había pasado, con todo lo que habían sido, no acercarse ahora sería un error imperdonable.

Y sabía que existía la posibilidad de que Xenia le cerrase la puerta en la cara.

Se lo tenía ganado.

Pero eso no importaba.

Era martes, y él se había cogido el día libre… aunque, en realidad, no tenía ni un minuto libre en la cabeza.

Cada segundo sin verla era un segundo perdido.

Para ganar, debía arriesgar.

Los días posteriores se habían sentido como una especie de purgatorio. No era dolor físico, aunque su cuerpo aún conservaba marcas que aparecían y desaparecían como sombras recientes; era algo más profundo, más íntimo: una mezcla de vacío, incredulidad y rabia que se alternaba a cada minuto.

Salir del hospital había sido casi violento. El aire frío de la calle le había quemado la piel, como si fuese demasiado pronto para volver a un mundo normal. Y la revisión médica, con sus protocolos, sus preguntas, sus linternas en los ojos y su tono impersonal, no había hecho más que confirmar la única verdad que importaba: estaba viva, estaba consciente… y nadie sabía muy bien cómo debía sentirse. Y no había pasado lo peor que podía pasar.

Pero lo que más le pesaba —y no sabía si era orgullo o miedo— era no tener noticias de Teo. Ni un mensaje, ni una llamada. Nada. Y aunque se repetía que él tendría mil cosas encima por la redada, por su compañero herido, por los informes… el silencio perforaba.

Porque él era el único que sabía exactamente lo que le había pasado. El único que la había visto así. El único al que había visto llegar como si fuera de otro mundo, atravesando a puñetazos la oscuridad, sacándola de la sombra como si fuera algo sagrado.

Y, sin embargo, no estaba.

No había estado desde entonces.

Las noches estaban siendo terribles. Pesadillas densas, pegajosas, llenas de flashes desenfocados: luces cálidas de lámparas, música lejana, la voz grave de Aleix Piero diciendo algo que no recordaba, las manos del mulato recorriéndole el cuerpo como si fuera un objeto y no una persona.

Despertaba empapada en sudor, con la respiración cortada y el pulso martillándole las sienes.

¿Qué demonios había pensado al ir sola?

¿Qué clase de testarudez estúpida había sido esa?

¿Orgullo? ¿Soberbia? ¿Negación?

Se arrepentía, pero el arrepentimiento era como una piedra en el estómago: inútil, pesada y tarde.

Y, por más que lo negara, en su cabeza repetía la misma frase una y otra vez:

«Teo tenía razón.»

Joder, cuánto le costaba admitir eso. Ella, que presumía de controlar todas las variables, que se tenía estudiada la mente humana, que sabía leer a la gente como quien lee un libro abierto… había sido incapaz de ver lo que tenía delante. Lo que él había visto desde el primer segundo.

Recordó —aunque fuese como a través de un cristal empañado — el modo en que la había rescatado. No sabía cómo había entrado, ni cómo había encontrado esa sala, ni de dónde había sacado esa fuerza casi brutal para enfrentarse al Mulato, pero sí recordaba la imagen: Teo, furioso, invencible, derribándolo como si fuese un monstruo y él un héroe de cómic.

Los golpes, los gritos, las voces de los agentes intentando separarlo. Y ella… colgada, drogada, sin fuerza apenas para mantenerse consciente, incapaz de mover los dedos, pero sabiendo —de forma instintiva— que él había llegado por ella.

Que ella era su objetivo y que la sacaría de allí aunque se estuviera cayendo la casa entera.

La droga siguió en su sistema las primeras veinticuatro horas. Lo sabía por esa sensación extraña de mareo tardío, por cómo los sonidos a veces parecían más graves o más lentos… Los hijos de puta habían perforado la botella con una aguja.

Qué ironía: ella, que veía trampas en todas partes, no lo había visto.

Le daba asco pensarlo. Se le ponía la piel de gallina, le subía una ola de calor y una náusea profunda que la debilitaban.

Si los tuviera delante… Los haría gritar. Uno por uno. Sería implacable.

Ese pensamiento no la avergonzaba en absoluto.

La baja médica se la habían dado por dos semanas, quizá más, si ella lo necesitaba. Y el exceso de tiempo libre no la ayudaba.

Intentaba leer, ver series, limpiar, salir a caminar… pero la mente volvía siempre a Teo. A su voz, a su fuerza, a cómo había pronunciado su nombre cuando la descolgó de las correas, temblándole las manos, pero firme como una roca.

Le debía una disculpa.

Y él también a ella.

Ambos lo habían jodido la noche anterior a todo aquel infierno. Y, pese a todo, pese al desastre, pese a la rabia que aún le hervía en el pecho, lo echaba de menos.

Había duelo en su interior. Algo en ella había muerto en el Ganso Azul: quizás una parte de su orgullo, quizás una capa de su seguridad, quizás esa creencia arrogante de que siempre iba un paso por delante de todos.

Pero la muerte no siempre era destrucción. También era transformación.

Y había espacio —pequeño, pero creciente— para una resurrección.

Pensaba en Darren. Pensaba en Toni. Pensaba en cómo habían temblado cuando la vieron en el hospital. Ese miedo no lo quería ver nunca más reflejado en sus rostros. Tenía que escuchar más y aprender a confiar cuando alguien le daba una advertencia sincera. Incluso si esa persona era Teo.

Especialmente si era Teo.

La duda la corroía: ¿él querría verla? ¿O aquello los había roto?

¿La culparía?

¿La evitaría?

¿Habría cambiado algo entre ellos?

No sabía la respuesta. Y eso la asustaba todavía más que el propio recuerdo del Ganso Azul.

Pero su instinto —ese que nunca le fallaba salvo cuando se trataba de protegerse a sí misma— le decía una cosa clara:

Teo volvería.

Y cuando lo hiciera, ella tendría que decidir si se escondía… o si renacía.

Capítulo 21

Xenia oyó el timbre y, al principio, no reaccionó. El corazón le dio un vuelco violento, como si su cuerpo supiera antes que su mente quién podía estar al otro lado. Se incorporó del sofá, casi derrapando, porque la ansiedad que la había acompañado toda la semana le recorrió la espalda hasta la nuca en un latigazo de puro nervio.

Pero cuando abrió la aplicación del interfono y vio la imagen de Teo en la cámara —de pie, con las manos en los bolsillos, la mandíbula un poco tensa, los rizos despeinados por culpa del aire frío y esos ojos marrones enormes que parecían estar sosteniendo un mundo entero—, sintió que el corazón se le partía y se le recomponía en un mismo segundo.

Dios… era él.

Y estaba ahí.

Xenia tragó saliva, se miró sin realmente verse. Llevaba un pantalón de chándal ancho, bajo de cadera y un top negro que le dejaba la cintura descubierta. Tenía dos trenzas marcando sus pómulos, su flequillo liso caído perfecto y esos ojos grises que ahora mismo parecían enormes porque el susto y la emoción la amplificaba. Respiró hondo. No quería precipitarse. Él tenía que disculparse. Ella lo necesitaba. Su corazón lo necesitaba.

Abrió la puerta.

Teo la vio y se quedó inmóvil. Casi aturdido.

—Hola… —dijo con un hilo de voz ronco. No supo si era emoción, miedo o cansancio.

Ella no contestó. Solo lo observó, con esa mezcla tan suya entre dulzura y dignidad.

Teo tragó saliva, dio un paso al frente y alzó las manos despacio, sin tocarla, como si necesitara asegurarse de que ella lo permitía antes de acercarse más.

—Xenia… —susurró mirándola como si estuviera contemplando algo sagrado—, perdóname.

Ella parpadeó una vez, sorprendida por lo rápido en que se disculpó, y más sabiendo que él la había salvado… pero no dijo nada. Tenía que escucharlo. Él debía decirle todo lo que le quería decir.

—Perdóname —repitió Teo, hundiendo un poco la cabeza—. No supe decirte las cosas. Dudé de ti cuando jamás tendría que haberlo hecho. Y no fui el hombre que tú merecías en ese momento. Estaba asustado… —se llevó una mano al pecho—. Xenia, lo que me pasa contigo no me había pasado nunca.

El nudo que ella tenía en el corazón subió directo a su garganta.

Ese hombre… ese hombre había ido a su puerta para decirle justo lo que ella necesitaba oír. Sin excusas, sin medias tintas y sin orgullo.

Entonces no pudo contenerse.

Lo agarró de la camiseta con fuerza, tirando de él hacia adentro para meterlo en la casa, y le estampó un beso de tornillo que hizo temblar hasta las paredes.

Teo respondió como si estuviera volviendo a respirar después de días de vivir bajo el agua, rodeándole la espalda con los brazos y pegándola contra su cuerpo, como si temiera que ella se desvaneciera si la soltaba.

Cuando se separaron, Xenia lo abrazó por el cuello y volvió a besarlo, ahora más despacio, más profundo y más delicada.

—No digas nada más —dijo contra su boca, con los ojos brillantes—. Te perdono. Tenías razón. Y viniste a por mí. Me avisaste. Yo no te hice caso porque me dolió lo que dijiste… pero me dolió sobre todo porque tampoco entiendo lo que me está pasando contigo.

Teo la miró como si sus palabras fueran la llave exacta que había estado esperando.

—¿Y qué nos está pasando? —preguntó con el corazón en la garganta—. ¿Qué sentimos? Porque yo… —dio un suspiro casi quebrado—, desde que te vi, Xenia, supe que quería seguir

conociéndote. Que quería que me miraras. Que toda tu atención fuera para mí.

—Me llamaste amor —recordó.

—¿Qué?

—Cuando me liberaste y me cogiste en brazos, me llamaste amor… ¿Lo dijiste o estaba demasiado drogada y me lo inventé?

—Sí, te llamé amor porque… no… no solo me gustas —La mano de ella tembló sobre su pecho—. Me he enamorado. Estoy enamorado de ti.

Xenia apoyó su frente contra la de él, cerró los ojos y dejó escapar una risa suave, entre emoción y alivio.

—Teo… yo estoy sintiendo lo mismo. Es la primera vez que me enamoro.

Fue como si el aire se llenara de luz. Los dos rieron con esa risa íntima que solo surge cuando dos almas se reconocen.

Se abrazaron, se besaron otra vez, con hambre y también con una calidez tierna que los envolvía a ambos.

—Entonces, somos los dos nuevos en esto —susurró él nervioso—. ¿Y qué hay que hacer a partir de ahora?

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—Supongo que… después de todo lo que ha pasado, lo más inteligente es… vivirlo sin miedos —dijo ella con los ojos brillantes y emocionados. Lo abrazó por la cintura y murmuró en su oído—: ¿Quieres dormir esta noche conmigo en mi mazmorra? —Él se tensó de pura emoción, y ella sonrió porque lo sintió—. Vas a ser el primero en estrenarla. Pero siempre soñé con hacerlo algún día, con alguien que confiase en mí y que se atreviese a amarme.

Teo levantó la cabeza, la miró apasionadamente y asintió despacio:

—Por supuesto. Además… es un nuevo libro por escribir.

Xenia soltó una risa auténtica, emocionada, porque entendió la broma, porque le encantaba su sentido del humor y porque él la llenaba.

—Entonces empecemos con «Teo va a la mazmorra».

Le tomó la mano y lo guio por el pasillo, hacia la puerta secreta camuflada tras una estantería falsa.

Teo, al seguirla, sintió que estaba entrando en un capítulo totalmente nuevo de su vida.

Ella, con él detrás, sintió que por primera vez no tenía miedo de abrir esa puerta.

La mazmorra los esperaba y la historia que escribirían juntos también.

Moraleja:

El amor no es para los que nunca se equivocan, sino para los que tienen el valor de volver, pedir perdón, escuchar y elegir de nuevo.

Porque querer bien no es perfección: es presencia. Es coraje. Es quedarse. Y sobre todo… es reconocer que, a veces, el corazón también necesita su propia palabra de seguridad para abrirse.

Fin